



BAH 914
BIOGRAFIAS MISIONERAS

Autora

Susana Espinoza Chaves

Un curso del

**Seminario Internacional de Miami
Miami International Seminary
14401 Old Cutler Road
Miami, FL 33158
305-238-8121 ext. 315
email, MINTS@ocpc.org
web site, wwwMINTS.edu**

2008

TABLA DE CONTENIDOS

Introducción

Módulo 1: Misioneros en China

Módulo 2: Misioneros en India

Módulo 3: Misioneros en África

Módulo 4: Misioneros en Sudamérica

Módulo 5: Misioneros en Norteamérica

Módulo 6: Misioneros en Otros Lugares de América

Módulo 7: Misioneros en Otros Lugares de Asia

Bibliografía

Respuestas de los Cuestionarios

Introducción

I. Propósito

El curso pretende dar a conocer las vidas de algunos misioneros que dejaron algún registro de su labor.

II. Resumen

El curso ofrece un panorama de las vidas de varios misioneros alrededor del mundo, en países como la India, China, América del Norte, entre otros.

III. Materiales

- Antología “Biografías Misioneras” compilada por Susana Espinoza
- Santa Biblia (Reina Valera 1960)

IV. Objetivos

1. Conocer las vidas y experiencias de diversos misioneros que destacaron en su ministerio con las misiones mundiales.
2. Inspirar a los estudiantes en su vida de servicio y en su participación dentro de las misiones mundiales, ya sea como obrero directo o como apoyador desde su iglesia local.
3. Entrevistar a un misionero transcultural sobre su vivencia en el campo misionero.

V. Metodología

1. Modalidad Presencial:

- Conferencias magistrales
- Lecturas
- Cuestionarios y actividades para cada modulo
- Discusión en clase
- Examen Escrito
- Un informe de lectura
- Proyecto Final

2. Modalidad en línea:

- Lecturas

- Foros de dialogo
- Cuestionarios en línea
- Examen en línea
- Un informe de lectura
- Proyecto Final

VI. Requisitos

- Asistir a 15 horas de clase (modalidad presencial) o participar en todos los foros de dialogo (modalidad en línea)
- Hacer las lecturas asignadas
- Hacer los cuestionarios y actividades
- Participar en las discusiones
- Realizar el Proyecto Final
- Realizar el examen final

VII. Evaluación

- Asistencia o participación en los foros 15%
- Cuestionarios 15%
- Lectura Adicional* 20%
- Examen Final 20%
- Entrevista de un Misionero Transcultural 30%

* Los alumnos del programa de licenciatura deben leer 300 páginas y entregar un informe de lectura de 3 páginas. Los alumnos del programa de maestría deben leer 500 páginas y entregar un informe de lectura de 5 páginas.

Módulo 1:

Misioneros en China

Instrucciones:

1. Lea las siguientes lecturas:
 - Robert Morrison, el primer misionero protestante en China
 - Hudson Taylor
 - Dixon Hoste
 - Gladys Aylward, misionera en la China
2. Realice el cuestionario 1.

Robert Morrison, el primer misionero protestante en China

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2007/03/robert-morrison.html>

Robert Morrison nació en Escocia , en 1782, en una familia muy piadosa, miembros de la Iglesia Presbiteriana. Eran muy pobres y su padre trabajaba fabricando hormas de zapato. Robert tuvo que dejar la escuela siendo muy chico para poder ayudarle, pero como le gustaba aprender, siguió estudiando en su casa.

A los quince años comprendió lo que es más importante comprender: que él era un pecador, un hombre perdido, y que para salvarse debía aceptar a Jesús como su Salvador. Él lo hizo y, después de ello, comprendió que era su deber llevar a otros la historia de ese salvador para que todo el mundo pudiera librarse de sus pecados. Después de trabajar un tiempo en las Iglesias de Inglaterra, Morrison se enroló en la Sociedad Misionera de Londres con la idea de convertirse en un misionero a la China. Para ese tiempo ya dominaba el latín, el griego y el hebreo.

Por ese entonces, no había ningún misionero protestante en la China, pero Morrison se propuso ir y ser el primero. Como el principal trabajo que le habían encomendado era el de traducir toda la Biblia al chino, se puso a estudiarlo, mientras se preparaba en Medicina y Astronomía.

En una biblioteca encontró un manuscrito que contenía la traducción de algunas partes de la Biblia y lo copió y lo estudió detalladamente, con la ayuda de un chino que se ofreció para ayudarle. Ese esfuerzo le fue muy útil, porque le permitió ahorrar un tiempo precioso cuando estuvo en la China.

Para llegar allí tuvo que realizar un viaje de cinco meses. El 4 de septiembre de 1807 llegó a la ciudad de Cantón, al sur del país, enfrente de otra ciudad llamada Macao, una colonia portuguesa. Allí estuvo durante un tiempo. Conoció a Mary Morton, con quien se casó en febrero de 1809.

Morrison no se dio cuenta de lo grande que eran las dificultades que tenía que vencer para llegar allí. Lo que sabía del idioma no le permitía ponerse a traducir la Biblia, pero cuando buscó a alguien que le enseñara, no pudo encontrarlo, porque existía una ley que condenaba a muerte a cualquiera que le enseñara el chino a un extranjero.

Finalmente aparecieron dos hombres que habían conocido a unos misioneros católicos y que aceptaron el trabajo, aunque llenos de temor. El miedo que tenían no era tanto a la muerte misma, sino a la forma en que los mataban, en medio de terribles torturas. Hasta tal punto estaban asustados que siempre llevaban colgado en el cuello un pomo con veneno para suicidarse si los descubrían.

Aprender el chino no es cosa fácil y por aquel entonces era mucho peor, porque no existían diccionarios ni buenos profesores. John Wesley bromeaba diciendo que *“el chino era un invento del diablo para que no se pudiera predicar el Evangelio a los chinos”*. Milne, un misionero que más tarde sería el ayudante de Morrison, decía que *“para aprender el chino se necesita: un cuerpo de bronce, pulmones de acero, cabeza de roble, ojos de águila, corazón de apóstol, memoria de ángel ...y la vida de Matusalém”*.

Además de trabajar en la traducción de la Biblia, Morrison se ocupó de hacer una gramática y un diccionario, para que los misioneros que fueran después de él, pudieran aprender el idioma fácilmente.

El que verdaderamente lo ayudó mucho fue un chino llamado Tsae A-ko, que iba por las noches a su casa. Cerraban bien las puertas y las ventanas, para que desde afuera nadie viera lo que hacían, porque sino su vida corría peligro, y se ponía a traducir o corregir, mientras que Morrison enseñaba a su amigo chino las verdades del Evangelio.

Tardó catorce años en traducir la Biblia y dieciséis en hacer el diccionario, que era de cuatro tomos con unas cuatro mil quinientas páginas cada uno. Tsa A-Ko comprendió finalmente que lo que el misionero le enseñaba era la Verdad y se bautizó en 1814. **Tsae A-Ko fue así el primer evangélico chino.**

Después de haber traducido la Biblia, el problema era publicarla, porque las penas para el que imprimiera libros cristianos eran tan severas como para el que enseñara el idioma. Afortunadamente, luego de mucho trabajo, Morrison encontró quien lo hiciera, aunque secretamente. El miedo que tenía el impresor hacía que, cuando le mandaba los paquetes con Biblias, los envolvía rotulándolos con un título falso para disimular el “peligroso” contenido.

Pero Morrison no solo se dedicó a traducir, sino que llegó a establecer en 1818 una escuela que se llamó Colegio Anglo Chino, conocido después como Ying Wa College. Este colegio fue trasladado a Hong Kong en el año 1843 cuando este territorio pasó a ser controlado por los británicos. Esta institución permanece aún en la actualidad como una escuela secundaria.

Morrison nunca tuvo buena salud y, como trabajaba mucho, era imposible que se mejorara completamente. Murió casi repentinamente, el 1° de Agosto de 1834, en Cantón, China, cuando tenía cincuenta y dos años. Durante su vida consiguió la conversión de poca gente, pero el trabajo que hizo traduciendo la Biblia y preparando el diccionario y la gramática, hizo posible la conversión de miles después de su muerte.

Hudson Taylor

Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/09/hudson-taylor.html>

James Hudson Taylor nació el 21 de mayo de 1832 en un hogar cristiano. Su padre era farmacéutico en Barnsley, Yorkshire (Inglaterra), y un predicador que en su juventud tuvo una fuerte carga por China. Cuando Hudson tenía sólo cuatro años de edad, asombró a todos con esta frase: «Cuando yo sea un hombre, quiero ser misionero en China». La fe del padre y las oraciones de la madre significaron mucho. Antes de que él naciera, ellos habían orado consagrándolo a Dios precisamente para ese fin.

Sin embargo, pronto el joven Taylor se volvió un muchacho escéptico y mundano. Él decidió disfrutar su vida. A los 15 años entró en un banco local y trabajó como empleado menor donde, puesto que era un adolescente bien dotado y alegre, llegó a ser muy popular. Los amigos mundanos le ayudaron a ser burlón y grosero. En 1848 dejó el banco para trabajar en la tienda de su padre.

Conversión y llamamiento

Su conversión es una historia asombrosa. Una tarde de junio de 1849, cuando tenía 17 años, entró en la biblioteca de su padre. Echaba de menos a su madre que estaba lejos, y quería leer algo para pasar el rato. Tomó un folleto de evangelismo que le pareció interesante, con el siguiente pensamiento: «Debe haber una historia al principio y un sermón o moraleja al final. Me quedaré con lo primero y dejaré lo otro para aquellos a quienes le interese». Pero al llegar a la expresión «la obra consumada de Cristo» recordó las palabras del Señor «consumado es», y se planteó la pregunta: «¿Qué es lo que está consumado?». La respuesta tocó su corazón, y recibió a Cristo como su Salvador.

A esa misma hora, su madre, a unos 120 kilómetros de allí, experimentaba un intenso anhelo por la conversión de su hijo. Ella se encerró en una pieza y resolvió no salir de allí hasta que sus oraciones fuesen contestadas. Horas más tarde salió con una gran convicción. Diez días más tarde regresó a casa. En la puerta le esperaba su hijo para contarle las buenas noticias. Pero ella le dijo: «Lo sé, mi muchacho. Me he estado regocijando durante diez días por las buenas nuevas que tienes que decirme.» Más tarde Hudson se enteró de que también su hermana, hacía un mes, había iniciado una batalla de oración a favor de él. «Criado en tal ambiente, y convertido en tales circunstancias, no es de extrañar que desde el comienzo de mi vida cristiana se me hacía fácil creer que las promesas de la Biblia son muy reales».

Sin embargo, a poco andar, Hudson empezó a sentirse descontento con su estado espiritual. Su «primer amor» y su celo por las almas se había enfriado. En una tarde de ocio de diciembre de 1849 se retiró para estar solo. Ese día derramó su corazón delante del Señor y le entregó su vida entera. «Una impresión muy honda de que yo ya había dejado de ser dueño de mí mismo se apoderó de mí, y desde esa fecha para acá no se ha borrado jamás». Poco tiempo después, sintió que Dios le llamaba para servir en China.

Desde entonces su vida tomó un nuevo rumbo, pues comenzó a prepararse diligentemente para lo que sería su gran misión. Adaptó su vida lo más posible a lo que pensaba que podría ser la vida en China. Hizo más ejercicios al aire libre; cambió su cama mullida por un colchón duro, y se privó de los delicados manjares de la mesa. Distribuyó con diligencia tratados en los barrios pobres, y celebró reuniones en los

hogares.

Comenzó a levantarse a las cinco de la mañana para estudiar el idioma chino. Como no tenía recursos para comprar una gramática y un diccionario –muy caros en ese tiempo– estudió el idioma con la ayuda de un ejemplar del Evangelio de Lucas en mandarín. También empezó el estudio del griego, hebreo, y latín.

En mayo de 1850 comenzó a trabajar como ayudante del Dr. Robert Hardy, con quien siguió aprendiendo el arte de la medicina, que había comenzado con su padre. Sabía de la escasez de médicos en China, así que se esmeró por aprender. En noviembre del año siguiente, tomó otra decisión importante: para gastar menos en sí mismo y poder dar más a otros, arrendó un cuarto en un modesto suburbio de Drainside, en las afueras del pueblo. Aquí empezó un régimen riguroso de economía y abnegación, oficiando parte de su tiempo como médico autonombrado, en calles tristes y miserables. Se dio cuenta que con un tercio de su sueldo podía vivir sobriamente. «Tuve la experiencia de que cuanto menos gastaba para mí y más daba a otros, mayor era el gozo y la bendición que recibía mi alma».

La fe es probada

Sin embargo, por este tiempo Hudson Taylor tuvo una dolorosa experiencia. Desde hacía dos años conocía a una joven maestra de música, de rostro dulce y melodiosa voz. Él había alentado la esperanza de un idílico y feliz matrimonio con ella. Pero ahora ella se alejaba. Viendo que nada podía disuadir a su amigo de sus propósitos misioneros, ella le dijo que no estaba dispuesta a ir a China. Hudson Taylor quedó completamente quebrado y humillado. Por unos días sintió que vacilaba en su propósito, pero el amor de Dios lo sostuvo. Años más tarde diría: «Nunca he hecho sacrificio alguno». No habían faltado los sacrificios, es verdad, pero él llegó a convencerse de que el renunciar a algo para Dios era inevitablemente recibir mucho más. «Un gozo indecible todo el día y todos los días, fue mi feliz experiencia. Dios, mi Dios, era una Persona luminosa y real. Lo único que me correspondía a mí era prestarle mi servicio gozoso».

Entre tanto, la carga por la evangelización de China se hacía cada vez más fuerte en su corazón. A su madre le escribía: «La tarea misionera es la más noble a que podamos dedicarnos. Ciertamente no podemos ser insensibles a los lazos humanos, pero ¿no debemos regocijarnos cuando hay algo a lo que podemos renunciar por el Salvador? ¡Oh, mamá, no te puedo decir cómo anhelo ser misionero... Piensa, madre mía, en los doce millones de almas en China que cada año pasan a la eternidad sin Aquel que murió por mí!... ¿Crees que debo ir cuando haya ahorrado suficiente para el viaje? Me parece que no puedo seguir viviendo si no se hace algo por China».

Pero había algunas consideraciones –aparte del dinero para el viaje– que aún lo detenían. Él sabía que en China no tendría ningún apoyo humano, sino sólo Dios. No dudaba que Dios no fallaría, pero ¿y si su fe fallaba? Sentía que debía aprender, antes de salir de Inglaterra, «a mover a los hombres, por medio de Dios, sólo por la oración». Así que decidió ejercitar su fe, y estar así preparado para lo que vendría. Muy pronto encontró la manera de hacerlo.

Su patrón le había pedido que le recordara cuándo era el tiempo en que debía pagarle su sueldo trimestral, pero él se propuso no recordárselo, sino orar para que Dios lo hiciera. De esa manera vería la mano de Dios moverse en respuesta a su oración. Pero al llegar

la fecha, el patrón lo olvidó. Como aún le quedaba una pequeña moneda, y no tenía mayor necesidad, siguió orando sin decirle nada a su patrón. Ese domingo un hombre muy pobre fue a buscarlo porque su esposa agonizaba. Allí comprobó que esa familia con cinco niños tristes, y la madre con un bebé de tres días en sus brazos, se moría de hambre.

En su corazón él deseaba haber tenido su moneda convertida en sencillo para darle algo, sin quedar en blanco. Para el día siguiente, él mismo no tenía qué comer. Mientras intentaba alentar a la familia, su corazón le reprochaba su hipocresía e incredulidad. Les hablaba de un Padre amoroso que cuidaría de ellos, pero no creía que ese mismo Padre pudiera cuidar de él, si es que entregaba todo su dinero. Su oración le pareció falsa y vacía. Cuando ya se retiraba, el hombre le rogó: «Ya ve usted la situación en que estamos, señor. Si puede ayudarnos, ¡por amor de Dios hágalo!» Entonces Hudson sintió que el Señor le recordaba las palabras: «Al que te pida, dale». Así que, obedeciendo con temor, metió la mano en el bolsillo y le dio su única moneda. «Recuerdo bien que esa noche, al regresar a mi cuarto, el corazón lo sentía tan liviano como el bolsillo. Las calles desiertas y oscuras retumbaban con un himno de alabanza que no pude contener.»

A la mañana siguiente, mientras desayunaba lo último que le quedaba, le llegó una carta. Venía sin remitente y sin mensaje. En ella sólo venía un par de guantes de cabritilla. Y en uno de ellos había una moneda ¡de cuatro veces el valor de la que había regalado! Esa moneda lo salvó de la emergencia, y le enseñó una lección que nunca olvidaría. Sin embargo, el doctor seguía sin recordar su compromiso, así que siguió orando. Pasaron quince días, pero nada.

Desde luego, no era la falta de dinero lo que más lo mortificaba, pues podía obtenerlo con sólo pedirlo. El asunto era: ¿Estaba en condiciones de ir a China o su falta de fe le sería un estorbo? Y ahora surgía un nuevo elemento de preocupación. El sábado por la noche debía pagar el arriendo de su pieza, y no tenía dinero. Además, la dueña de la pieza era una mujer muy necesitada. El sábado en la tarde, poco antes de terminar la jornada semanal, el doctor le preguntó: «Taylor, ¿es ya el tiempo de pagarle su sueldo?». Él le contestó, con emoción y gratitud al Señor, que hacía algunos días ya había vencido el plazo. El médico le dijo: «Ah, qué lastima que no me lo recordara. Esta misma tarde mandé todo el dinero al banco. Si no, le hubiera pagado en seguida.»

Muy turbado, esa tarde Hudson tuvo que buscar refugio en el Señor para recuperar la paz. Esa noche, se quedó solo en la oficina, preparando la palabra que debería compartir al día siguiente. Esperaba que el llegar esa noche a su cuarto, ya la señora estuviese acostada, así no tendría que darle explicaciones. Tal vez el lunes el Señor le supliera para cumplir su compromiso.

Era poco más de las diez de la noche, y estaba por apagar la luz e irse, cuando llegó el médico. Le pidió el libro de cuentas, y le dijo que, extrañamente, un paciente de los más ricos había venido a pagarle. El doctor anotó el pago en el libro y estaba por salir, cuando se volvió y, entregando a Hudson algunos de los billetes que acababa de recibir, le dijo: «Ahora que se me ocurre, Taylor, llévese algunos de estos billetes. No tengo sencillo, pero le daré el saldo la próxima semana».

Esa noche, antes de irse, Hudson Taylor se retiró a la pequeña oficina para alabar al

Señor con el corazón rebosante. Por fin, supo que estaba en condiciones para ir a China.

El sueño comienza a cumplirse

En otoño de 1852, se trasladó a Londres, donde se matriculó como estudiante de medicina en uno de los grandes hospitales. Aunque la Sociedad para la Evangelización de China (CES por sus iniciales en inglés) le ayudó sufragándole parte de sus gastos, él continuó dependiendo en todo lo demás directamente del Señor. Cuando solamente tenía 21 años de edad, y aún no había acabado sus estudios, se le abrió inesperadamente la puerta, por lo que tuvo que embarcarse para Shanghai a la brevedad.

Desde China habían llegado informes de que el líder revolucionario de los Taiping solicitaba misioneros para la propagación del evangelio, que él mismo había abrazado tiempo atrás. Así que la CES decidió enviar a Hudson Taylor, esperando enviar a otro misionero un poco más adelante. Taylor se embarcó en Liverpool en septiembre de 1853, en el buque de carga Dumfries, llevando en su equipaje mucha de literatura en idioma chino para distribuir. Nunca olvidaría el grito desgarrador de su madre al verlo partir. Allí en la nave, era el único pasajero. Fue un viaje tempestuoso; en dos ocasiones estuvieron a punto de naufragar. La navegación se calmó cerca de Nueva Guinea. El capitán se desesperó cuando una corriente los llevaba rápidamente hacia los arrecifes de la costa, donde los caníbales les esperaban con fogatas encendidas. Taylor y otros se retiraron a orar y el Señor envió una fuerte brisa que los puso a salvo. Arribaron a Shanghai en marzo de 1854, tras seis largos meses de navegación. ¡El viaje normalmente tomaba cuarenta días!

Hudson Taylor no estaba preparado para la guerra civil que encontró a su arribo. La revolución había comenzado a degenerarse rápidamente. Muchos de los líderes rebeldes habían abrazado el cristianismo sólo por motivos políticos. «No conocían mucho del espíritu cristiano y no manifestaban ninguno». El destino de Taylor era Nanking, en el norte, pero sólo pudo establecerse en Shanghai, donde fue acogido por el doctor Lockhart. A su alrededor había miseria, violencia y muerte. Sus ojos se inflamaron, sufrió dolores de cabeza y pasaba mucho frío. En su gracia, Dios permitía que desde el principio estuviera rodeado de muchas dificultades, para así prepararlo en las tareas que habría de enfrentar más adelante.

Pese a estas dificultades, en los dos primeros años que estuvo Hudson Taylor en China, realizó diez viajes misioneros desde Shanghai, en pequeñas embarcaciones que servían a la vez de albergue. Con la llegada del misionero Parker pudo realizar una labor más amplia, distribuyendo 1800 Nuevos Testamentos y más de 2.000 tratados y folletos. Poco después, sin embargo, los Parker se trasladaron a Ningpo y él se quedó solo. En parte para explorar lugares de futura residencia y también para evitar los senderos de los nacionalistas, Hudson Taylor realizó un viaje por el Yangtze en barco. Visitó 58 pueblos, de los cuales sólo siete habían visto a un misionero alguna vez. Predicó, removió tumores y distribuyó libros.

A veces, las personas huían de él, o le lanzaban barro y piedras. Su aspecto occidental, cómico y carente de dignidad para los chinos, distraía continuamente a las audiencias. Esto le llevó a tomar una decisión radical, que habría de hacerle acepto a los chinos, pero casi abominable a los ingleses: Se vistió a la usanza china, con la cabeza rasurada por el frente y con el cabello de la parte posterior tomado en una larga trenza. Desde ese día, pudo realizar la obra con mayor eficacia.

En octubre de 1855 dejó Shanghai para ir a Tsungming, una gran isla en la desembocadura del Yangtze, con más de un millón de habitantes y ningún misionero. Allí fue muy bien recibido por la gente, en parte por sus labores médicas. Sintió que ése sería un buen lugar para establecerse y volvió a Shanghai para reabastecerse de medicamentos, recolectar cartas y proveerse con ropa de invierno. Sin embargo, las autoridades le ordenaron abandonar Tsungming, pues los doctores locales se quejaron porque estaban perdiendo su negocio a causa del doctor extranjero. Además, según los acuerdos binacionales, los extranjeros sólo podían morar en los puertos, y no en el interior del país. Estas seis semanas en la isla fueron su primera experiencia en el «interior».

En este tiempo, Hudson Taylor habría de hallar un motivo de mucho gozo y compañerismo cristiano. Conoció a William Burns, un evangelista escocés, con quien congenió en seguida, pese a la disparidad de sus edades. Burns era un hombre muy eficaz en la Palabra y de mucha oración. Durante siete meses trabajaron juntos con mucho provecho. Pronto, Burns se dio cuenta que su compañero lograba un mayor acercamiento a la gente, así que él también decidió rasurarse y vestirse como ellos.

En febrero de 1856, ambos fueron llamados a Swatow, 1.500 kilómetros al sur. Tras 4 meses de servicio allí, y pese a las muchas dificultades, Dios bendijo su trabajo, así que pensaron establecerse en ese lugar. Burns pidió a Taylor que fuese a Shanghai a buscar su equipo médico, que les era de gran necesidad. Cuando éste llegó encontró que casi todos sus suministros médicos habían sido destruidos accidentalmente en un incendio. Entonces vino la penosa noticia de que Burns había sido arrestado por las autoridades chinas y enviado hasta Cantón, y que a él se le prohibía regresar a Swatow. «Esos meses felices fueron de inexpresable gozo y consuelo para mí. Nunca tuve un padre espiritual como el Sr. Burns. Nunca había conocido una comunión tan segura y tan feliz. Su amor por la Palabra era una dicha, y su vida santa y reverente, y su constante comunión con Dios hicieron que su compañerismo satisficiera las ansias más profundas de mi ser».

Poco después, Swatow estuvo en el ojo del huracán, a causa de la guerra anglo-china, por lo que Hudson Taylor pudo comprobar que todas las circunstancias son ordenadas por Dios para favorecer a los que le aman. Taylor decidió quedarse en Ning-po, donde el doctor Parker había establecido un hospital y un dispensario farmacéutico. Por ese tiempo, Hudson Taylor había quedado casi en la indigencia. Le habían robado su catre de campaña, ropa, dos relojes, instrumentos quirúrgicos, su concertina, la fotografía de su hermana Amelia y una Biblia que le había dado su madre. Además, la CES estaba en bancarrota. Había tenido que conseguir dinero para pagar a sus misioneros, así que Hudson se vio impelido a renunciar, por motivos de conciencia. «Para mí era muy clara la enseñanza de la Palabra de Dios «No debáis a nada nada»... Lo que era incorrecto para un solo cristiano, ¿no lo era también para una asociación de cristianos?... Yo no podía concebir que Dios era pobre, que le faltaban recursos, o que estaba renuente a suplir la necesidad de cualquier obra que fuera suya. A mí me parecía que, si faltaban los fondos para una determinada obra, entonces hasta allí, en esa situación, o en ese tiempo, no podría ser la obra de Dios». El paso de fe de renunciar al sueldo de la Sociedad, lo llenó de gratitud y gozo. Desde entonces, confiaría solamente en Dios para su sustento.

Noviazgo y matrimonio

En Ningpo, una nueva familia, los Jones, había llegado y la comunidad misionera era ferviente en espíritu. Una vez a la semana ellos cenaban en la escuela dirigida por la Srta. Mary Ann Aldersey, una dama inglesa de 60 años, reputada por ser la primera mujer misionera en China. Ella tenía dos jóvenes ayudantes, Burella y María, hijas de Samuel Dyer, uno de los primeros misioneros en China.

El día de Navidad de 1856, el grupo misionero tuvo una celebración donde comenzó una amistad entre Hudson y María. Esta joven era muy agraciada y simpática, además de una ferviente cristiana. Muy pronto compartieron los mismos anhelos y aspiraciones de santidad, de servicio y acercamiento a Dios, y aun la indumentaria oriental que llevaba Taylor. Taylor tuvo que cumplir una importante misión en Shanghai, pero le escribió a María pidiéndole formalizar un compromiso. Obligada por la Srta. Aldersey – que menospreciaba al joven– María se negó.

Ante esto, ambos se abocaron a la obra del Señor, y oraron. Más tarde, al comprobar que el sentimiento mutuo persistía, decidieron pedir la autorización al tutor de ella, que vivía en Londres. Tras cuatro largos meses de espera, llegó la respuesta favorable. El tutor se había enterado en Londres de que Hudson Taylor era un misionero muy promisorio. Todos los que le conocían daban buen testimonio de él.

Así, con todo a favor, decidieron comprometerse públicamente en noviembre de 1857. En enero de 1859, poco después de que María cumpliera los 21 años, se casaron y se establecieron en Ningpo. «Dios ha sido tan bueno con nosotros. En realidad, ha contestado nuestras oraciones y ha tomado nuestro lugar en contra de los fuertes. ¡Oh, que podamos andar más cerca de él y servirle con mayor fidelidad!».

El trabajo en el grupo continuó. John Jones fue el pastor, María dirigió la escuela de niños mientras el pequeño grupo de Taylor en Ningpo continuó la obra misionera en la gran ciudad inconversa. Por este tiempo se convirtió un chino, presidente de una sociedad idólatra, que gastaba mucho tiempo y dinero en el servicio de sus dioses. Luego de escuchar la Palabra por primera vez dijo: «Por mucho tiempo he estado en busca de la verdad, sin encontrarla. He viajado por todas partes, y no he podido hallarla. No he podido encontrar descanso en el confucianismo, el budismo ni en el taoísmo. Pero ahora sí he encontrado reposo para mi alma en lo que hemos oído esta noche. De ahora en adelante soy creyente en Jesús». En seguida fue un fiel testigo de Cristo entre sus antiguos compañeros.

Un día le preguntó a Taylor: «¿Cuánto tiempo han tenido las Buenas Nuevas en su país?». «Algunos centenares de años», le respondió Hudson algo vacilante. «¿Cómo dice? ¿Centenares de años? Mi padre buscaba la verdad y murió sin conocerla. ¡Ah! ¿Por qué no vino antes?». Ese fue un momento doloroso para Hudson Taylor, que jamás pudo borrar de su conciencia, y que profundizó en él su ansia de llevar a Cristo a aquellos que aún podían recibirlo.

El tratado de Tientsin, en 1860, dio nuevas libertades a los misioneros. Por fin se había abierto la puerta de entrada a las provincias del interior. Por ese tiempo, el doctor Parker tuvo que dejar sus labores en el hospital y en dispensario que dirigía, y Hudson Taylor se vio constreñido a tomar también esa responsabilidad. Los nuevos creyentes chinos se ofrecieron para colaborar y, contra todo lo humanamente esperado, la atención mejoró,

los recursos no faltaron, y aun se comenzó a respirar en el ambiente la vida de Cristo. En los nueve meses siguientes hubo 16 pacientes bautizados, y otros 30 se incorporaban a la iglesia.

Un paréntesis necesario

Sin embargo, la salud de Taylor se quebrantó gravemente, tanto, que un descanso parecía ser su única esperanza de vivir. Así que dejaron Shanghai, llegando a Inglaterra en noviembre, 1860, siete años después de que él había partido para China. Vivieron en Bayswater, donde nació su primer hijo varón, Herbert, en abril de 1861 (Grace había nacido el año anterior). Comprendiendo que no podría volver tan pronto, Hudson emprendió varias tareas. Primero, la revisión del Nuevo Testamento de Ningpo, por petición de la Sociedad Bíblica. Luego, la reanudación de sus estudios de medicina. La atención, a la distancia, de la obra en Ningpo, y la realización de reuniones con juntas misioneras denominacionales, instándoles a asumir la evangelización del interior de China. Esta última tarea era la que más le urgía; sin embargo, aunque por todas partes lo escuchaban con simpatía, pronto quedó de manifiesto que ninguna de ellas estaba dispuesta a asumir la responsabilidad por tan grande empresa.

Por petición del redactor de una revista denominacional, Hudson comenzó a escribir una serie de artículos para despertar el interés en la Misión en Ningpo, el que más tarde se transformó en un libro. Con el mapa de China en una pared de su pieza, Hudson oraba y soñaba con una evangelización a fondo por todas las provincias de ese gran país. La oración llegó a ser la única forma en que pudo aliviar la carga de su alma.

Poco a poco, empezó a brillar una luz en su espíritu. Ya que todas las puertas se cerraban, tal vez Dios quería usarlo a él para contestar sus propias oraciones. ¿Qué pasaría si él buscara sus propios obreros, y fuera con ellos? Pero su fe también parecía flaquear ante tamaña empresa. Por el estudio de la Palabra aprendió que lo que se necesitaba no era un llamamiento emocional para conseguir apoyo, sino la oración fervorosa a Dios para que él enviara obreros. El plan apostólico no era conseguir primero los medios, sino ir y hacer la obra, confiando en Dios.

Sin embargo, sentía que su fe aún no llegaba a ese punto. Pronto la convicción de su propia culpabilidad se agudizó más y más, hasta llegar a enfermar. Pero he aquí que Hudson Taylor tuvo una experiencia que habría de cambiar la historia.

Un día, un amigo le invitó a Brighton para pasar unos días junto al mar. El domingo fue a la reunión de la iglesia, pero el ver a la hermandad que, despreocupada, se gozaba en las bendiciones del Señor, no lo pudo soportar. Le pareció oír al Señor hablarle de las «otras ovejas» allá en China, por cuyas almas nadie se interesaba. Sabía que el camino era pedir los obreros al Señor. Pero una vez que Dios los enviase, ¿estaba él en condiciones de guiarlos y hacerse cargo de ellos? Salió apresuradamente para la playa, y se puso a caminar por la arena.

Allí Dios venció su incredulidad y él se entregó enteramente a Dios para ese ministerio. «Le dije que toda responsabilidad en cuanto a los resultados y consecuencias tendría que descansar en Él; que como siervo suyo a mí me correspondía solamente obedecerle y seguirle; a Él le tocaba dirigir, cuidar y cuidarme a mí y a aquellos que vendrían a colaborar conmigo. ¿Debo decir que en seguida la paz inundó mi corazón?» Allí mismo le pidió a Dios 24 obreros, dos para cada una de las provincias que no tenían misionero,

y dos para Mongolia. Escribió la petición en el margen de la Biblia que llevaba y regresó a casa, lleno de paz. Muy pronto Dios habría de comenzar a ordenar el escenario para contestar esta petición.

Nace la Misión al Interior de China

Muy pronto la casa de los Taylor en Inglaterra comenzó a llenarse de candidatos. La publicación del libro «La necesidad espiritual y las demandas de China» ayudó a despertar el interés por la obra de Dios en ese país. Sin embargo, las peculiaridades de la nueva Misión (denominada «Misión al Interior de China») alejaba a muchos, porque ella no solicitaba dinero, ni aseguraba un sueldo a sus misioneros. Pese a esto fue tal la respuesta, que hubo que avisar que cesaran las donaciones, porque las necesidades estaban cubiertas.

El 26 de mayo de 1866 Hudson Taylor salió con el primer grupo de 16 colaboradores rumbo a China. Este primer viaje no estuvo exento de peripecias, pues estuvieron a punto de naufragar en más de una oportunidad. Pero, gracias a Dios, llegaron sanos y salvos, y se establecieron en Hang-chow. Al año siguiente la familia Taylor vivió una profunda tristeza por la partida de su hija Gracie, de ocho años; sin embargo, la obra se extendía rápidamente por el Gran Canal hacia el interior.

Hudson Taylor enfrentó por ese tiempo otras pruebas muy fuertes. Una fue el motín de Yangchow, en que estuvo a punto de perder la vida, y otro, el descrédito que sufrió a manos de algunos miembros de su propio equipo, quienes regresaron a Inglaterra y lograron desanimar a algunos colaboradores. Debido a esto hubieron de enfrentar algunas estrecheces económicas, pero fue entonces que se manifestó la fidelidad de un conocido hombre de Dios: George Müller. Su nombre se había hecho conocido, pues sostenía por la sola fe y la oración, sin aportes fijos ni solicitar fondos, un orfanato de unos dos mil niños y niñas. Müller no sólo tenía carga por los huérfanos de Inglaterra, sino también por la evangelización en China, y así lo hizo notar en muchas ocasiones. Con sus oraciones, sus cartas y sus aportes, muchas veces infundió ánimo a los misioneros a la distancia. Las contribuciones de Müller durante los años siguientes alcanzaron la no despreciable suma de casi diez mil dólares anuales, ¡pese a que necesitaba mirar al Cielo diariamente por el sustento de sus propios huerfanitos!

La gran experiencia espiritual

En septiembre de 1869 Hudson Taylor entró en una experiencia espiritual que marcó su vida, y de la cual habría de compartir a muchos durante sus años siguientes. Él la llamó de la «vida canjeada». Poco antes había estado muy desanimado, por la falta de comunión con su Señor, y por la escasez de frutos, y no sabía cómo podría mejorar. Pero la llegada de una carta de su amigo Juan McCarthy en que le contaba su propia experiencia, gatilló en él la solución tan anhelada. ¿En qué consistió? En ver, a partir de Juan capítulo 15, cómo permanecer en Cristo, y recibir de él la fuerza necesaria para una vida victoriosa. Después de esto, Hudson Taylor fue otro hombre. ¡Aquella fue una experiencia que sería capaz de resistir todos los embates del tiempo!.

Pruebas y expansión

Pronto se acercaban, sin embargo, algunas experiencias familiares aún más dolorosas que las ya vividas. En medio de una época muy agitada en la vida de China –la matanza de Tientsin– el matrimonio Taylor tuvo que separarse del resto de sus hijos para enviarlos a Inglaterra para su educación. Y poco después, en julio de 1870, muere un

hijo recién nacido y, a los pocos días, María Dyer, quien contaba apenas con treinta y tres años. En estas circunstancias, Hudson Taylor tuvo que echar mano más que nunca el consuelo procedente de sus experiencias espirituales.

«¡Cuánta falta me hacía mi querida esposa y las voces de los niños tan lejos allá en Inglaterra! Fue entonces que comprendí por qué el Señor me había dado ese pasaje de las Escrituras con tanta claridad: ‘Cualquiera que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás’. Veinte veces al día, tal vez, al sentir los amagos de esa sed, yo clamaba a él: ‘¡Señor, tú prometiste!’ Me prometiste que jamás tendría sed otra vez’ Y ya fuera de noche o de día, ¡Jesús llegaba prestamente a satisfacer mi corazón dolorido! Tanto fue así que a veces me preguntaba si mi amada estaría gozando más de la presencia del Señor allá, que yo en mi cuarto, solitario y triste». Al año siguiente, Taylor tuvo severos dolores del hígado y del pulmón, y muchas veces tuvo dificultades para respirar. Sin embargo, junto a cada dolor físico había el profundo consuelo de una vivencia más íntima con Cristo.

La renuncia del matrimonio Berger, que dirigía la Misión en Inglaterra, obligó a Taylor a viajar a ese país en 1872. Allí, en los próximos quince meses, organizó un Consejo de apoyo a la Misión, mientras oraban intensamente en reuniones realizadas en su casa. F. W. Baller, un joven creyente que llegó a ser después un íntimo colaborador, escribió lo siguiente cuando le vio por primera vez en una de esas reuniones: «El Sr. Taylor inició la reunión anunciando un himno, y sentándose al armonio, dirigió el canto. Su aspecto no era muy imponente. Era pequeño de estatura y hablaba en voz baja. Como todo joven, quizá yo asociaba la importancia con la bulla y buscaba mejor presencia de un líder. Pero cuando dijo «oremos», y procedió a dirigir la oración, cambié de opinión. Nunca había oído a nadie orar así. Había una sencillez, una ternura, una audacia, un poder que me subyugó y me dejó mudo. Me di cuenta que Dios le había admitido en el círculo íntimo de comunión con él».

Cierto día, parado frente al mapa de China, Taylor se volvió hacia unos amigos que le acompañaban y dijo: «¿Tienen fe ustedes en pedir conmigo a Dios dieciocho jóvenes que vayan de dos en dos a las nueve provincias que aún quedan por evangelizar?». La respuesta fue afirmativa; así que allí mismo, tomados de las manos delante del mapa, se pactaron con toda seriedad para orar diariamente por los obreros que se necesitaban. Poco después, de regreso en China, Taylor pudo comprobar con tristeza que la obra trastabillaba. En vez de hacer planes para su adelanto, apenas pudo atender lo necesario para robustecer lo que había. En esa circunstancia, su nueva esposa, Jenne Faulding, prestaba una gran ayuda. Al cabo de unos nueve meses pudo visitar cada centro y cada punto de predicación de la Misión. La obra cobró nueva fuerza.

Nuevos sueños

Un día lo siguió un anciano hasta donde él alojaba y le dijo: «Me llamo Dzing, y tengo una pregunta que me atormenta: ¿Qué voy a hacer con mis pecados? Nuestro maestro nos enseña que no hay un estado futuro, pero encuentro difícil creerlo... ¡Ah Señor! De noche me tiro en la cama a pensar. De día me siento solitario a pensar. Pienso, y pienso, y pienso más, pero no sé qué hacer con mis pecados. Tengo setenta y dos años. No espero terminar otra década. ¿Puede usted decirme qué debo hacer con mis pecados?». Esta conversación, más el ver las multitudes en las grandes ciudades sin testimonio de Dios, produjo en Hudson Taylor una nueva urgencia por más obreros. En una de sus Biblias escribió: «Le pedí a Dios cincuenta o cien evangelistas nacionales y otros tantos

misioneros como sean necesarios para abrir los campos en los cuatro Fus y cuarenta y ocho ciudades Hsien que están aún desocupados en la provincia de Chekiang. Pedí en el nombre de Jesús». Era el 27 de enero de 1874.

Poco después le fue entregada a Taylor una carta que traía una donación de 800 libras «para la obra en provincias nuevas». ¡La carta había sido enviada aún antes de que Taylor escribiera su petición en la Biblia!. Sin embargo, un llamado urgente desde Inglaterra por parte de la Srta. Blatchley –que estaba a cargo de los niños– lo obligó a viajar de inmediato. Luego supo que ella había muerto. Allí en Inglaterra le sobrevino una grave enfermedad a la columna, a causa de una caída que había tenido poco antes de salir de China. Como consecuencia, estuvo paralizado de sus piernas, totalmente postrado.

Allí, solo, en su lecho de dolor –su esposa estaba lejos atendiendo otras necesidades–, con la carga de la inmensa obra sobre su corazón y con poca esperanza de volver a caminar, surgió, sin embargo, el mayor crecimiento para la Misión al Interior de China. En 1875 publicó un folleto titulado: «Llamamiento a la oración a favor de más de 150 millones de chinos», en el cual solicitaba la cooperación de dieciocho misioneros jóvenes que abrieran el camino. En poco tiempo se completó el número solicitado, y él mismo, desde su lecho, comenzó a enseñarles el idioma chino. ¿Cómo explicaba Taylor las extrañas circunstancias en que se dio esta expansión? «Si yo hubiera estado bien (de salud) y pudiera haberme movido de un lugar a otro, algunos hubieran pensado que era la urgencia del llamamiento que yo hacía y no la obra de Dios lo que había enviado a los dieciocho a China».

Las formas cómo el Señor proveía para las necesidades para la Misión eran variadas y asombrosas. Cierta vez viajaba con un noble amigo ruso que le había escuchado hablar. «Permítame darle una cosa pequeña para su obra en China», le dijo, extendiéndole un billete grande. Taylor, pensando que tal vez se había equivocado, le dijo: «¿No pensaba darme usted cinco libras? Permítame devolverle este billete, pues es de cincuenta». «No puedo recibirlo», le contestó el conde no menos sorprendido. «Eran cinco libras lo que pensaba darle, pero seguramente Dios quería que le diera cincuenta, de manera que no puedo tomarlo otra vez.» Al llegar a casa, Taylor halló que todos estaban orando. Era fecha de enviar otra remesa para China, y aún faltaban más de 49 libras. ¡Ahí entendió Taylor por qué el conde le había dado 50 libras y no 5!

Durante los próximos años, los pioneros de la Misión viajaron miles de kilómetros por todas las provincias del interior. Sin embargo, lo mucho que ellos hacían era, en verdad, tan poco comparado con los millones de chinos que diariamente morían sin Cristo. Taylor se percató de que la única manera de alcanzar a toda China era incorporando al servicio a los mismos chinos. «Yo miro a los misioneros (extranjeros) como el andamio alrededor de un edificio en construcción; cuanto más ligero pueda prescindirse de él, tanto mejor».

El desbordamiento

En 1882 Taylor oró al Señor por setenta misioneros, los cuales Dios fielmente proveyó en los tres años siguientes, con su respectivo sustento. El reclutamiento de los Setenta trajo una gran conmoción en toda Inglaterra, notificando a todo el pueblo cristiano de la gran obra que Dios estaba realizando en China. Otros conocidos siervos de Dios, como Andrew Bonar y Charles Spurgeon, se sumaron al apoyo a la Misión. Cuatro años más

tarde, Taylor da otro paso de fe, y pide al Señor cien misioneros. Ninguna Misión existente había soñado jamás en enviar nuevos obreros en tan gran escala. En ese tiempo, la Misión tenía sólo 190 miembros y pedirle a Dios un aumento de más del cincuenta por ciento ¡era algo impensable! Sin embargo, durante 1887, milagrosamente, seiscientos candidatos venidos de Inglaterra, Escocia e Irlanda, se inscribieron para enrolarse. Así, el trabajo de la Misión se esparció por todo el interior del país según era el deseo original de Taylor. ¡Al final del siglo XIX, la mitad de todos los misioneros del país estaban ligados a la Misión!

En octubre de 1888, Taylor visita Estados Unidos, donde fue recibido afectuosamente en Northfield por D. L. Moody, desde donde emprendió el regreso a China, pero no solo: le acompañaban 14 jóvenes misioneros más, procedentes de Estados Unidos y Canadá. Durante los próximos años, Taylor vio extenderse su ministerio a todo el mundo. Compartió su tiempo visitando América, Europa y Oceanía, reclutando misioneros para China. Fueron los años del desbordamiento espiritual, que ahora se extendía por todos los confines de la tierra.

Un carácter transformado

El carácter de Taylor había alcanzado una gran semejanza con su Maestro. He aquí el testimonio de un ministro anglicano que le hospedó: «Era él una lección objetiva de serenidad. Sacaba del banco del cielo cada centavo de sus ingresos diarios – ‘Mi paz os doy’. Todo aquello que no agitara al Salvador ni perturbara su espíritu, tampoco le agitaría a él. La serenidad del Señor Jesús en relación a cualquier asunto, y en el momento más crítico, era su ideal y su posesión práctica. No conocía nada de prisas ni de apuros, de nervios trémulos ni agitación de espíritu. Conocía esa paz que sobrepuja todo entendimiento, y sabía que no podía existir sin ella... Yo conocía las ‘doctrinas de Keswick, y las había enseñado a otros, pero en este hombre se veía la realidad, la personificación de la ‘doctrina Keswick’, tal como yo nunca esperaba verlo». La lectura de la Biblia era para él un deleite y un ejercicio permanente. Un día, cuando ya había pasado los setenta años, se paró, Biblia en mano, en su hogar en Lausanne, y le dijo a uno de sus hijos: «Acabo de terminar de leer la Biblia entera por cuarentava vez en cuarenta años». Y no sólo la leía, sino que la vivía.

En abril de 1905, a la edad de 73 años, Taylor hizo su último viaje a China. Su esposa Jennie había fallecido, y él había pasado el invierno en Suecia. Su hijo Howard, que era médico, acompañado de su esposa, decidieron acompañar a Taylor en este viaje. Al llegar a Shangai, él visitó el cementerio de Yangchtow, donde estaba sepultada su esposa María y cuatro de sus hijos.

Mientras recorrían las ciudades chinas, Howard pudo comprobar el gran amor que todos le dispensaban a su padre, y también conocer cuál era el secreto de su prodigiosa vida espiritual. Para Taylor, el secreto estaba en mantener la comunión con Dios diaria y momentáneamente. Y esto se podía lograr únicamente por medio de la oración secreta y el alimentarse de la Palabra. Pero ¿cómo obtener el tiempo necesario para estos dos ejercicios espirituales? «A menudo, cuando tanto los viajeros como los portadores chinos habían de pasar la noche en un solo cuarto (en las humildes posadas chinas), se tendían unas cortinas para proveer un rincón aislado para nuestro padre, y otro para nosotros.

Y luego, cuando el sueño había hecho presa de la mayoría, se oía el chasquido de un fósforo y una tenue luz de vela nos avisaba que Hudson Taylor, por más cansado que estuviera, estaba entregado al estudio de su Biblia en dos volúmenes que siempre llevaba. De las dos a las cuatro de la madrugada era el rato generalmente dedicado a la oración – el tiempo cuando podía estar seguro de que no habría interrupción en su comunión con Dios. Esa lucecita de vela ha sido más significativa para nosotros que todo lo que hemos leído u oído acerca de la oración secreta; esto significaba una realidad – no la prédica, sino la práctica».

Después de haber recorrido todas las misiones establecidas por él, Hudson Taylor se retiró a descansar una tarde de junio de 1905, y de este sueño despertó en las mansiones celestiales.

Dixon Hoste

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2007/04/dixon-e-hoste.html>

Dixon Edward Hoste fue un misionero protestante británico destacado en China, y el que más años vivió de "Los Siete de Cambridge" -The Cambridge Seven-, un grupo de jóvenes universitarios que aceptaron el desafío de misionar en China, que integraban además de Dixon Hoste, C.T. Studd, Harry Beauchamp, Stanley Smith, Arthur Polhill-Turner, Cecil Polhill-Turner y William Wharton Cassels .

Dixon Hoste sucedió a James Hudson Taylor como Director General de la Misión Interior de China, desde 1902 hasta 1935. Dixon había nacido en Inglaterra el 23 de Julio de 1862. Su padre era un importante militar, general del ejército británico.

Fue educado en la Universidad de Clifton y en la Academia Militar Real en Woolwich. Destacado estudiante, a la edad de 18 años fue comisionado como teniente en la artillería real. En 1882 experimentó la conversión influenciado por la obra de uno de los más grandes predicadores de su tiempo y de la historia de la Iglesia Protestante, Dwight Lyman Moody.

En 1883 se interesó por el trabajo de la Misión Interior de China, y al poco tiempo se constituyó en el primero de los Siete de Cambridge que se embarcaron a China (1885). El primer destino de Dixon fue probablemente Quwo, al sur de Linfen en Shanxi meridional. En 1886 fue ordenado como pastor por Hudson Taylor, y se trasladó a Hungtung (ahora Hongdong u Hongtong) para trabajar junto a Stanley Smith que había abierto un refugio para el opio allí por invitación del pastor Hsi Mo Shen. Allí trabajó bajo la supervisión de Hsi, creyendo firmemente que para que la estrategia evangelizadora sea más efectiva, debía comprender la idiosincrasia de los chinos asimilando sus costumbres. Así es que usó vestimenta china y comió el alimento chino. Hoste fue uno de los pioneros en la idea de plantar Iglesias y, tan pronto como sea posible, otorgarles autonomía, para que sean los mismos chinos quienes prediquen a otros compatriotas.

En 1893, se casó con **Gertrude Broomhall**, hija del Secretario General Benjamin Broomhall y su esposa Amelia, hermana de Hudson Taylor. A causa de sus problemas de salud, Dixon Hoste regresó por un tiempo a Inglaterra en 1896.

Antes de regresar a China, pasó por Australia, en donde estuvo por un tiempo. Una vez vuelto a China se estableció en Shangai, donde estaba situada la base de operaciones de la Misión Interior. Luego de una intensa y fructífera labor, y concluida la Guerra con Japón, regresó a Inglaterra en 1946, donde habría de fallecer el 11 de mayo de ese mismo año. Su esposa Gertrude, había muerto aproximadamente dos años antes en Shangai.

Refiriéndose al legado de Dixon Hoste, dice el historiador **Daniel Pisoni**: "Creo que su vida es digna de ser considerada un ejemplo de integridad y humildad cristiana, por muchos motivos, pero podría resumirlo sólo en tres puntos. Primero que fue elegido sucesor, como decíamos, del recordado Hudson Taylor; por lo que su listón estaba ya muy alto desde el comienzo; que le tocó una época de tremenda dificultad en un lugar siempre complicado como es China. Segundo, que paradójicamente, él vivió para ser olvidado. En medio de una sociedad que muchas

veces reclama el estrellato, la fama y que te recuerden siempre, Dixon Hoste decía :
" vive para que tú seas olvidado y Cristo recordado." Tercero, por su indudable sabiduría,
pasión de evangelista y fidelidad. Durante su período como director la Misión en China
creció de 780 a 1360 misioneros, de 364 iglesias a 1200, de 400 puntos de misión a
2200, de 1700 bautismos al año, a 7500 (Datos aportados por Sinclair Ferguson OMF)".

Gladys Aylward: Misionera en China

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/11/gladys-aylward.html>

Gladys Aylward, hija de un cartero, nació cerca de Londres **1902**. Cuando tenía 18 años asistió a una reunión de avivamiento en la cual el predicador invitó a dedicar las vidas a Dios. Gladys respondió al mensaje, y pronto después se convenció de que tenía el llamado para predicar el evangelio en China.

Cuando tenía 26 años intentó ingresar a la Misión a China pero no fue aceptada. Sin rendirse, ella trabajó duramente y ahorró dinero. Entonces oyó hablar de una misionera de 73 años, la señora Jeannie Lawson, que buscaba a mujer más joven para continuar su trabajo. Gladys escribió a señora Lawson y fue aceptada por ésta, con la condición de que debía costearse los gastos del viaje de Inglaterra a China. Debido a que ella carecía de fondos suficientes como para pagar el precio de la travesía en barco, se propuso viajar por tierra, en tren.

En octubre de 1930 inició su viaje con apenas su pasaporte, la Biblia, los boletos, y dos libras de alimentos. Viajando en el tren Transiberiano, finalmente llegó en Vladivostok en el costa este de Siberia. Ésta no era la ruta más directa a su destino, pero debido a una guerra sin declarar entre Rusia y China, ella tenía pocas opciones. Ella navegó de allí a Japón y de Japón a Tientsin, y entonces por tren, autobús y mula hasta la ciudad interior de Yangchen, en la provincia montañosa de Shansi, al sur de Pekín (Beijing).

La mayor parte de los residentes no habían visto a ningún europeo con excepción de señora Lawson y ahora de Srta. Aylward. Desconfiando de ellas por ser extranjeras, los pobladores no se mostraron dispuestos a escucharlas. Yangchen solía ser una parada de noche para las caravanas a mula que llevaban carbón, algodón crudo, escencias, y mercancías de hierro, en viajes que duraban de seis semanas a tres meses.

A las dos mujeres se les ocurrió que la manera más eficaz para predicar sería instalar un mesón. El edificio en el cual vivieron había sido una vez un mesón, y con un poco trabajo de la reparación se podría utilizar como uno otra vez. En una fuente pusieron alimento para mulas. Cuando apareció la primer caravana, Gladys salió hacia fuera, asió la rienda de la mula del guía, y la hizo caminar por el patio. Las otras mulas la siguieron hasta la cubeta con alimento. Los muleteros tenían poca opción. Las mulas no avanzarían hasta comer.

Entonces dieron a los hombres alimento y camas calientes por un precio estándar, y atendieron a sus animales. Por la tarde contaban historias sobre un hombre llamado **Jesús**.

Después de unas semanas, Gladys no necesitó “secuestrar” a sus clientes, ellos regresaban por la buena atención. Algunos aceptaron bien a estas cristianas, y prontamente los caravaneros fueron corriendo la voz sobre la posada.

Gladys practicó su chino por horas cada día, y llegó a expresarse con gran fluidez. Cierta día la señora Lawson sufrió una caída severa, y murió algunos días después. Gladys Aylward quedó sola para hacer funcionar la misión, con la ayuda de un cristiano chino, Yang, el cocinero.

Pocas semanas después de la muerte de señora Lawson, la Srta. Aylward se reunió con el mandarín de Yangchen. Él llegó en una silla del seda, con un cortejo impresionante, y le dijo que el gobierno había decretado extremar la práctica de caminar sin calzado (para erradicar la ancestral costumbre de achicar los pies). El gobierno la obligó a cumplir con el decreto y a la vez inspeccionar que éste se cumpla. Ella debió aceptar. No sabía las impensadas oportunidades de predicar el Evangelio que sobrevendrían a tal decisión.

Durante su segundo año en Yangchen, el mandarín convocó a Gladys. Había explotado un alboroto en la prisión de los hombres. Cuando ella llegó encontró que los reclusos actuaban con una violencia inusitada, y habían matado a varios de ellos. Los soldados estaban asustados y no se atrevían a intervenir. El Jefe de guardias de la prisión la había oído predicar que los que confían en Cristo no tienen nada temer. Entonces le pidió si podía intervenir. Ella caminó en el patio y gritó: - *¡Silencio! No puedo oír cuando todos gritan a la vez. Elijan a uno o dos delegados y permítanme hablar con ellos-*.

Los hombres bajaron la voz y eligieron a un delegado. Después de escuchar lo que tuvo que decir el hombre, ella actuaba como enlace entre el Jefe de los guardias y los internos. Con el tiempo llegó a ser un instrumento de cambios positivos en el funcionamiento de la prisión.

La gente comenzó a llamar a Gladys Aylward “Ai-weh-deh” que significa la “virtuosa”.

Cierto día, Gladys vio a mujer pidiendo limosnas, acompañado por una niña obviamente dolorida y severamente desnutrida. De alguna manera se alegró que la mujer no sea la madre. Ésta había secuestrado a la niña para usarla con su fin de limosnear. Gladys “compró” a la niña, una muchacha cerca de cinco años.

Un año más adelante, la pequeña vino adentro con un muchacho abandonado en el remolque, pensando “yo comeré menos, de modo que él pueda tener algo.” Así el Ai-weh-deh adquirió a segundo huérfano. Y su familia comenzó a crecer....

Ella era una visitante regular y bienvenida en el palacio del mandarín, que encontraba su religión ridícula. Simplemente le agradaba conversar con ella. En 1936, Gladys Aylward se hizo oficialmente un ciudadana china. Vivió frugalmente y vistió como la gente alrededor de ella, y esto era un factor importante en la eficacia de su predicación.

Durante la primavera de 1938, los aviones japoneses bombardearon la ciudad de Yangcheng, matando a muchas personas y provocando que los sobrevivientes huyan en las montañas. Después de cada bombardeo había una ocupación intermitente de la ciudad por parte del ejército japonés. Durante una de las ausencias del ejército, el mandarín reunió a sobrevivientes y los hizo retirar a las montañas para habitar allí durante un largo tiempo.

Mientras tanto, Gladys nunca dejó de ocuparse de las cuestiones de los presos. La política tradicional establecía la decapitación de todo aquel que intentara escapar. El mandarín pidió el consejo de Ai-weh-deh, y organizaron un programa para los parientes y los amigos del condenado para fijar un enlace que garantice su buen comportamiento y pensar, en algún tipo de reinserción social.

A medida que la guerra continuó Gladys se encontró a menudo detrás de líneas japonesas, y a menudo trabajó pasando información al ejército de China, el país que la adoptó. Gladys se encontró y entabló amistad con el “General Ley” un sacerdote católico de Europa que había tomado las armas durante la cruel y despiadada invasión japonesa, y ahora estaba encabezando un comando de guerrilla. Finalmente él le envió un mensaje. - Los japoneses están viniendo con todas sus fuerzas. Nos estamos retirando. Ven con nosotros. Enojada, ella garrapateó una nota china, PU TWAI del CHI TAO TU, **“los cristianos nunca se retiran!”**

Ella decidió participar ayudando al gobierno en Sian, trayendo con ella a los niños que ella había adoptado, cerca de 100. (Otros 100 se habían ido unos días antes con un colega.) Con los niños en remolque, ella caminó por doce días. Algunas noches encontraron el abrigo de anfitriones amistosos. Algunas noches pasaron desprotegido en las laderas de la montaña. En el duodécimo día, se toparon con el Río Amarillo, sin manera de cruzarlo. Todo el tráfico de barcos había parado, y todos los barcos civiles habían sido confiscados para guardarlos fuera de las manos del invasor japonés. **Los niños desearon saber, “¿Qué hacemos que no cruzamos?” Ella dijo, “no hay barcos.” Entonces los niños dijeron dijieron, “Dios puede hacer cualquier cosa. Pidámosle que nos consiga uno”** Se arrodillaron y oraron. Entonces cantaron.

Un oficial chino con una patrulla oyó cantar y montó río arriba. Él oyó su historia y dijo, “pienso que puedo conseguirte un barco.” Cruzaron el Río Amarillo, y después de algunas dificultades más, Ai-weh-deh entregó su preciada carga en manos seguras en Sian. Días más tarde, literalmente se derrumbó enferma con fiebre del tífus y padeció de delirio por varios días.

Cuando su salud mejoró gradualmente, ella comenzó una iglesia cristiana en Sian, y trabajó en otros lugares, incluyendo un establecimiento para los leprosos en Szechuan, cerca de las fronteras de Tíbet.

Su salud fue deteriorada permanentemente por lesiones recibidas durante la guerra, y en 1947 ella volvió a Inglaterra para una operación gravemente necesaria. Ella permanecería en Inglaterra, predicando allí.

En 1955, ella volvió al Oriente y abrió un orfanato en Formosa (Taiwán), que continuó funcionando mientras ella vivió.

La Srta. Gladys Aylward, Ai-weh-deh, murió el 3 de enero de 1970.

En 1957, Alan Burgess escribió un libro acerca de ella, *The Small Woman*. Fue condensado en *The Reader's Digest*, y transformado en una película llamada *The Inn of The Sixth Happiness*, protagonizada por a Ingrid Bergman.

Aunque la película haya estado bien producida, y conmovedoramente actuada por la gran actriz Ingrid Bergman, esta realización fué una espina en el zapato para Gladys Aylward. La película la desconcertó profundamente porque estaba plagada de inexactitudes. Hollywood se tomó grandes libertades con su relación con el coronel chino Linnan, incluso cambiándolo en un eurasiático. Pero horrorizó a Gladys, la más

casta de las mujeres, ver que la película la había retratado en “escenas de amor”. Ella sufrió grandemente sobre lo que ella consideraba su reputación manchada.

CUESTIONARIO #1

1. ¿Cómo se llamó el primer evangélico chino?

- Tsaie A-Ko Ying Wa Canton

2. ¿Cuál fue el otro nombre con que se le conoció a la escuela que fundó Robert Morrison?

- Colegio Anglo Chino Ying Wa College Canton College

3. ¿Quién es el primer misionero que se vistió como chino?

- Roberth Morrison Dixon Hoste Hudson Taylor

4. ¿Cómo se llamó a la primera mujer misionera en China?

- Mary Ann Aldersey Gladys Aylward María Dyer

5. ¿Cuál misionero leyó la Biblia cuarenta veces?

- Dixon Hoste Hudson Taylor Roberth Morrison

6. ¿Quién fue el pionero en la idea de plantar iglesias en China?

- Hudson Taylor Robert Morrison Dixon Hoste

7. ¿Quién fue el sucesor de Hudson Taylor en la Dirección General de la Misión al Interior de China?

- Dixon Hoste Robert Morrison Howard Taylor

8. ¿A quien llamaron los chinos “la virtuosa”?

- Gertrude Broomhall Gladys Aylward Jeannie Lawson

9. ¿Cuántos niños adoptó Gladys Aylward?

- Una niña 100 niños 200 niños

10. ¿Sobre la vida de quién se hizo una película?

- Hudson Taylor Jeannie Lawson Gladys Aylward

Módulo 2:

Misioneros en India

Instrucciones:

1. Lea las siguientes lecturas:
 - Guillermo Carey
 - Henry Martyn
 - Samuel Hebich
 - La secuestradora amistosa: Amy Carmichael
2. Realice el cuestionario 2.

Guillermo Carey

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/10/guillermo-carey.html>

Guillermo Carey es considerado el Padre de las Misiones Modernas. Nació en Inglaterra en 1762, hijo de anglicanos y criado en la Iglesia. Desde muy joven comprobaba tener una inteligencia cuya sed de saber no parecía saciarse nunca. Especialmente le fascinaban los idiomas.

Trabajando de zapatero desde los 16 años, siempre tenía algún libro de estudio al lado de los zapatos.

Un día un compañero le invitó a una reunión no anglicana. Tenía 18 años y el sermón que oía sobre Hebreos 13:13-14 hizo que entregara la vida a Cristo. Cuando después entendía que Dios le guiaba fuera de la Iglesia Anglicana obedeció, aunque le costaba. Seguían trece años de duros trabajos como zapatero, como maestro de niños, como predicador ferviente y, sobre todo, como incansable estudiante. Además se casó y tenía familia.

Cada vez le pesaba más la indecible necesidad de los paganos. Mirando atrás, entendemos que Guillermo estaba experimentando algo como 'dolores-de-parto'. Pero al hablar de esta 'carga' con otros siervos de Dios, no era siempre comprendido o bien recibido. Una vez, en una reunión de pastores bautistas, cuando enfatizaba la necesidad de llevar el evangelio a los paganos, un pastor de más edad y experiencia quedó exasperado. Le espetó: "¡Joven, siéntese, siéntese! Usted es un entusiasta, pero cuando a Dios le complazca convertir a los paganos, Él sabrá hacerlo sin consultar ni a usted, ni a mí."

No obstante, el 2 de octubre de 1792, Carey y otros doce siervos de Dios, 'dan a luz' la Sociedad Misionera Bautista. Y ya, el siguiente año, después de grandes pruebas, el mismo Guillermo y joven familia, junto con un compañero, zarpan en un velero danés. Este necesitó cinco meses para llegar a Calcuta en la India.

Durante este viaje Guillermo Carey aprendió suficiente bien el bengalí como para entenderse con el pueblo. Poco después de desembarcar comenzó a predicar, y los oyentes venían a escucharlo en número siempre creciente. Carey percibió la necesidad imperiosa de que el pueblo tuviese una Biblia en su propia lengua y, sin demora, se entregó a la tarea de traducirla. La rapidez con que aprendió las lenguas de la India, es motivo de admiración para los mejores lingüistas.

Nadie sabe cuántas veces nuestro héroe experimentó grandes desánimos en la India. Su esposa no tenía ningún interés en los esfuerzos de su marido y enloqueció. La mayor parte de los ingleses con quienes Carey tuvo contacto, lo creían loco; durante casi dos años no le llegó ninguna carta de Inglaterra. Muchas veces Carey y su familia carecieron de dinero y de alimentos. Para sustentar a su familia, el misionero se volvió labrador, y trabajó como obrero en una fábrica de añil.

Durante más de treinta años Carey fue profesor de lenguas orientales en el Colegio de Fort Williams. Fundó también el Colegio Serampore para enseñar a los obreros. Bajo su dirección el colegio prosperó, y desempeñó un gran papel en la evangelización del país. Al llegar a la India, Carey continuó los estudios que había comenzado cuando era niño.

No solamente fundó la sociedad de agricultura y Horticultura, sino que también creó uno de los mejores jardines botánicos; escribió y publicó el Hortus Bengalensis. El libro Flora Indica, otra de sus obras, fue considerada una obra maestra por muchos años.

No se debe pensar, sin embargo, que para Guillermo Carey la horticultura era sólo una distracción. Pasó también mucho tiempo enseñando en las escuelas de niños pobres. Pero, sobre todo, siempre ardía en su corazón el deseo de llevar adelante la obra de ganar almas.

Cuando uno de sus hijos comenzó a predicar, Carey escribió: “Mi hijo, Félix, respondió al llamado de predicar el evangelio.”

Años más tarde, cuando ese mismo hijo aceptó el cargo de embajador de la Gran Bretaña en Siam, el padre, desilusionado y angustiado, escribió a un amigo: “Félix se empequeñeció hasta volverse un embajador!”

Durante los cuarenta y un años que Carey pasó en la India, no visitó Inglaterra. Hablaba con fluidez más de treinta lenguas de la India; dirigía la traducción de las Escrituras en todas esas lenguas y fue nombrado para realizar la ardua tarea de traductor oficial del gobierno. Escribió varias gramáticas hindúes y compiló importantes diccionarios de los idiomas bengalí, maratí y sánscrito. El diccionario bengalí consta de tres volúmenes e incluye todas las palabras de la lengua, con sus raíces y origen, y definidas en todos los sentidos.

Todo esto fue posible porque Carey siempre economizó el tiempo, según se deduce de lo que escribió su biógrafo:

“Desempeñaba estas tareas hercúleas sin poner en riesgo su salud, porque se aplicaba metódica y rigurosamente a su programa de trabajos, año tras año. Se divertía pasando de una tarea a la otra. El decía que pierde más tiempo cuando se trabaja sin constancia e indolentemente, que con las interrupciones de las visitas. Observaba, por lo tanto, la norma de tomar, sin vacilar, la obra marcada y no dejar que absolutamente nada lo distrajera durante su período de trabajo.”

Lo siguiente, escrito para pedirle disculpas a un amigo por la demora en responderle su carta, muestra cómo muchas de sus obras avanzaron juntas: “Me levanté hoy a las seis, leí un capítulo de la Biblia hebrea; pasé el resto del tiempo, hasta las siete, orando. Luego asistí al culto doméstico en bengalí con los sirvientes. Mientras me traían el té, leí un poco en persa con un munchi que me esperaba; leí también, antes de desayunar, una porción de las Escrituras en indostaní. Luego, después de desayunar, me senté con un pundite que me esperaba, para continuar la traducción del sánscrito al ramayuma. Trabajamos hasta las diez. Entonces fui al colegio para enseñar hasta casi las dos de la tarde. Al volver a casa, leí las pruebas de la traducción de Jeremías al bengalí, y acabé justo cuando ya era hora de comer. Después de la comida, me puse a traducir, ayudado por el pundite jefe del colegio, la mayor parte del capítulo ocho de Mateo al sánscrito. En esto estuve ocupado hasta las seis de la tarde. Después de las seis me senté con un pundite de Telinga, para traducir del sánscrito a la lengua de él. A las siete comencé a meditar sobre el mensaje de un sermón que prediqué luego en inglés a las siete y media. Cerca de cuarenta personas asistieron al culto, entre ellas un juez del Sudder Dewany Dawlut. Después del culto el juez contribuyó con 500 rupias para la construcción de un nuevo

templo. Todos los que asistieron al culto se fueron a las nueve de la noche; me senté entonces para traducir el capítulo once de Ezequiel al bengalí. Acabé a las once, y ahora te estoy escribiendo esta carta. Después, clausuraré mis actividades de este día en oración. No hay día en que pueda disponer de más tiempo que esto, pero el programa varía.”

Al avanzar en edad, sus amigos insistían en que disminuyese sus esfuerzos, pero su aversión a la inactividad era tal, que continuaba trabajando, aun cuando la fuerza física no era suficiente para activar la necesaria energía mental. Por fin se vio obligado a permanecer en cama, donde siguió corrigiendo las pruebas de las traducciones.

Finalmente, el 9 de Junio de 1834, a la edad de 73 años, Guillermo Carey durmió en Cristo.

La humildad fue una de las características más destacadas de su vida, Se cuenta que, estando en el pináculo de su fama, oyó a cierto oficial inglés preguntar cínicamente: “¿El gran doctor Carey no era zapatero?” Carey al oír casualmente la pregunta respondió: “No, mi amigo, era apenas un remendón.”

Cuando Guillermo Carey llegó a la India, los ingleses le negaron el permiso para desembarcar. Al morir, sin embargo, el gobierno ordenó que se izasen las banderas a media asta, para honrar la memoria de un héroe que había hecho más por la India que todos los generales británicos. Se calcula que Carey tradujo la Biblia para la tercera parte de los habitantes del mundo. Así escribió uno de sus sucesores, el misionero Wenger: “No sé cómo Carey logró hacer ni siquiera una cuarta parte de sus traducciones. Hace como veinte años (En 1855) que algunos misioneros, al presentar el evangelio en Afganistán (país del Asia Central), encontraron que la única versión que ese pueblo entendía, era la Pushtoo hecha en Sarampore por Carey.”

La traducción de la Biblia destacaba en la obra de Carey, y cuando moría en 1834 a la edad de 73 años, la Biblia entera, o partes de ella, habían sido traducidas e impresas en nada menos que 44 idiomas y dialectos. Su ejemplo de vida y obra fue el instrumento en la mano de Dios para ‘desencadenar’ movimientos misioneros en Inglaterra y en varios otros países. En los siguientes dos siglos estos habían de llegar con el evangelio a incontables rincones del mundo.

El cuerpo de Guillermo Carey descansa, pero su obra continúa siendo una bendición para una gran parte del mundo.

Henry Martyn

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/11/henry-martyn.html>

1781 – 1812. Arrodillado en una playa de la India, Henry Martyn derramaba su alma ante el Maestro y oraba: “Amado Señor, yo también andaba en el país lejano; mi vida ardía en el pecado....quisiste que yo regresase, ya no más un tizón para extender la destrucción, sino una antorcha que resplandezca por ti (Zacarías 3:2) ¡Heme aquí entre las tinieblas más densas, salvajes y opresivas del paganismo. Ahora, Señor quiero arder hasta consumirme enteramente por ti!”

El intenso ardor de aquel día siempre motivó la vida de ese joven. Se dice que su nombre es: “el nombre más heroico que adorna la historia de la Iglesia de Inglaterra, desde los tiempos de la reina Isabel”. Sin embargo, aun entre sus compatriotas, él no es muy conocido.

Su padre era de físico endeble. Después que él murió, los cuatro hijos, incluyendo Henry, no tardaron en contraer la misma enfermedad de su padre, la tuberculosis. Con la muerte de su padre, Henry perdió el intenso interés que tenía por las matemáticas y más bien se interesó grandemente en la lectura de la Biblia.

Se graduó con honores más altos de todos los de su clase. Sin embargo, el Espíritu Santo habló a su alma: “Buscas grandes cosas para ti, pues no las buscas.” Acerca de sus estudios testificó: “Alcancé lo más grande que anhelaba, pero luego me desilusioné al ver que sólo había conseguido una sombra.”

Tenía por costumbre levantarse de madrugada y salir a caminar solo por los campos para gozar de la comunión íntima con Dios. El resultado fue que abandonó para siempre sus planes de ser abogado, un plan que todavía seguía porque “no podía consentir en ser pobre por el amor de Cristo”.

Al escuchar un sermón sobre “El estado perdido de los paganos”, resolvió entregarse a la vida misionera. Al conocer la vida abnegada del misionero Guillermo Carey, dedicaba a su gran obra en la India, se sintió guiado a trabajar en el mismo país.

El deseo de llevar el mensaje de salvación a los pueblos que no conocían a Cristo, se convirtió en un fuego inextinguible en su alma después que leyó la biografía de David Brainerd, quien murió siendo aún muy joven, a la edad de veintinueve años. Brainerd consumió toda su vida en el servicio del amor intenso que profesaba a los pieles rojas de la América del Norte.

Henry Martyn se dio cuenta de que, como David Brainerd, él también disponía de poco tiempo de vida para llevar a cabo su obra, y se encendió en él la misma pasión de gastarse enteramente por Cristo en el breve espacio de tiempo que le restaba. Sus sermones no consistían en palabras de sabiduría humana, sino que siempre se dirigía a la gente, como “un moribundo, predicando a los moribundos”.

A Henry Martyn se le presentó un gran problema cuando la madre de su novia, Lidia Grenfel, no consentía en el casamiento porque él deseaba llevar a su esposa al extranjero. Henry amaba a Lidia y su mayor deseo terrenal era establecer un hogar y trabajar junto con ella en la mies del Señor.

Acerca de esto él escribió en su diario lo siguiente: “Estuve orando durante hora y media, luchando contra lo que me ataba...Cada vez que estaba a punto de ganar la victoria, mi corazón regresaba a su ídolo y, finalmente, me acosté sintiendo una gran pena.”

Entonces se acordó de David Brainerd, el cual se negaba a si mismo todas las comodidades de la civilización, caminaba grandes distancias solo en la floresta, pasaba días sin comer, y después de esforzarse así durante cinco años volvió, tuberculoso, para fallecer en los brazos de su novia, Jerusha, hija de Jonathan Edwards.

Por fin que Henry Martyn también ganó la victoria, obedeciendo al llamado a sacrificarse por la salvación de los perdidos. Al embarcarse, en 1805, para la India, escribió: “Si vivo o muero, que Cristo sea glorificado por la cosecha de multitudes para EL”

A bordo del navío, al alejarse de su patria, Henry Martyn lloró como un niño. No obstante, nada ni nadie podían desviarlo de su firme propósito de seguir la dirección divina. El también era un tizón arrebatado del fuego, por eso repetidamente decía: “Que yo sea una llama de fuego en el servicio divino.”

Después de una travesía de nueve largos meses a bordo y cuando ya se encontraba cerca de su destino, pasó un día entero en ayuno y oración. Sentía cuán grande era el sacrificio de la cruz y cómo era igualmente grande su responsabilidad para con los perdidos en la idolatría que sumaban multitudes en la India.

Siempre repetía: “Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra” (Isaías 62:6,7).

La llegada de Henry Martyn a la India, en el mes de abril de 1806, fue también en respuesta a la oración de otros. La necesidad era tan grande en ese país, que los pocos obreros que habían allí se pusieron de acuerdo en reunirse en Calcuta de ocho en ocho días, para pedir a Dios que enviase un hombre lleno del Espíritu Santo y de poder a la India. Al desembarcar Martyn, fue recibido alegremente por ellos, como la respuesta a sus oraciones.

Es difícil imaginar el horror de la tinieblas en que vivía ese pueblo, entre el cual fue Martyn a vivir. Un día, cerca del lugar donde se hospedaba, oyó una música y vio el humo de una pira fúnebre, acerca de las cuales había oído hablar antes de salir de Inglaterra. Las llamas ya comenzaban a subir del lugar donde la viuda se encontraba sentada al lado del cadáver de su marido muerto. Martyn, indignado, se esforzó pero no pudo conseguir salvar a la pobre víctima. En otra ocasión fue atraído por el sonido de címbalos a un lugar donde la gente rendía culto a los demonios. Los adoradores se postraban ante un ídolo, obra de sus propias manos, ¡al que adoraban y temían! Martyn se sentía “realmente en la vecindad del infierno”.

Rodeado de tales escenas, él se esforzaba más y más, incansablemente, día tras día en aprender la lengua. No se desanimaba con la falta de fruto de su predicación, porque consideraba que era mucho más importante traducir las Escrituras y colocarlas en las manos del pueblo.

Con esa meta fija en su mente perseveraba en la obra de la traducción, perfeccionándola cuidadosamente, poco a poco, y deteniéndose de vez en cuando para pedir el auxilio de Dios. Cómo ardía su alma en el firme propósito de dar la Biblia al pueblo, se ve en uno de sus sermones, conservado en el Museo Británico, y que copiamos a continuación “Pensé en la situación triste del moribundo, que tan sólo conoce bastante de la eternidad como para temer a la muerte, pero no conoce bastante del Salvador como para vislumbrar el futuro con esperanza. No puede pedir una Biblia para aprender algo en que afirmarse, ni puede pedir a la esposa o al hijo que le lean un capítulo para consolarlo. ¡La Biblia, ah, es un tesoro que ellos nunca poseyeron! Vosotros que tenéis un corazón para sentir la miseria del prójimo nosotros que sabéis cómo la agonía del espíritu es más cruel que cualquier sufrimiento del cuerpo, vosotros que sabéis que está próximo el día en que tendréis que morir. ¡OH, dadles aquello que será un consuelo a la hora de la muerte!”

Para alcanzar ese objetivo, de dar las Escrituras a los pueblos de la India y de Persia, Martyn se dedicó a la traducción de día y de noche, en sus horas de descanso y mientras viajaba. No disminuía su marcha ni cuando el termómetro registraba el intenso calor de 50°, ni cuando sufría de fiebre intermitente, ni debido a la gravedad de la peste blanca que ardía en su pecho.

Igual que David Brainerd, cuya biografía siempre sirvió para inspirarlo, Henry Martyn pasó días enteros en intercesión y comunión con su “amado, su querido Jesús”.

“Parece”, escribió él, “que puedo orar cuanto quiera sin cansarme. Cuán dulce es andar con Jesús y morir por EL...” Para él la oración no era una mera formalidad, sino el medio de alcanzar la paz y el poder de los cielos, el medio seguro de quebrantar a los endurecidos de corazón y vencer a los adversarios.

Seis años y medio después de haber desembarcado en la India, a la edad de 31 años, cuando emprendía un largo viaje, falleció.

Separado de los hermanos, del resto de la familia, rodeado de perseguidores, y su novia esperándolo en Inglaterra, fue enterrado en un lugar desconocido.

¡Fue muy grande el ánimo, la perseverancia, el amor y la dedicación con que trabajó en la mies de su Señor! Su celo ardió hasta consumirlo en ese corto espacio de seis años y medio.

Nos es imposible apreciar cuán grande fue la obra que realizó en tan pocos años. Además de predicar, logró traducir parte de las Sagradas Escrituras a las lenguas de una cuarta parte de todos los habitantes del mundo.

El Nuevo Testamento en indí, indostaní y persa, y los evangelios en judaico-persa son solamente una parte de sus obras.

Cuatro años después de su muerte nació Fidelia Fiske en la tranquilidad de Nueva Inglaterra. Cuando todavía estudiaba en la escuela, leyó la biografía de Henry Martyn. Anduvo cuarenta y cinco kilómetros de noche, bajo violenta tempestad de nieve, para pedir a su madre que la dejase ir a predicar el evangelio a las mujeres y les habló del

amor de Jesús, hasta que el avivamiento en Oroomiah se convirtió en otro Pentecostés.

Si Henry Martyn, que entregó todo para el servicio del Rey de reyes, pudiese hoy visitar la India y Persia, cuán grande sería la obra que encontraría, obra realizada por tan gran número de fieles hijos de Dios, en los cuales ardió el mismo fuego encendido por la lectura de la biografía de ese precursor.

Samuel Hebich

Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/10/samuel-hebich.html>

Samuel Hebich nació en Hellingen, Alemania en **1803**. Su padre fue un pastor en la aldea que lo vió nacer.

Pero los aldeanos decían que había sido "más un experto en el manejo de la espada de acero, que en la espada del Espíritu".

Cuando los oficiales de Napoleón fueran acuartelados en su casa, el pastor y los oficiales practicarían la esgrima. "¡Ninguno de los oficiales de Napoleón le ganaría jamás!" - dijo –

Este hombre fue el padre de siete hijos. **Samuel** fue el cuarto. Samuel era de carácter tan suave, que sus padres decidieron que también debía ser pastor; y puesto que eran muy pobres para enviarlo a la escuela, su padre le enseñó latín y francés, pero no la Biblia.

Una vez escucho decir a su padre: "Todo lo que hay en la Biblia no debe creerse. Pero, sin embargo, por el bien de la gente común, es mejor continuar enseñando la vieja creencia".

Cuando aún era un adolescente, Samuel luchó con el conocimiento de que era un pecador e indigno delante de un Dios santo y recto. Esto lo deprimió mucho. El **13 de junio de 1821**, en un campo de coles fuera de la ciudad, finalmente hizo las paces con el Señor.

Su padre y sus hermanos se mostraron muy inconformes con el cambio realizado en la vida de Samuel. Lo culpaban de perder mucho tiempo en la iglesia y en la lectura de su Biblia. Su padre escribió: "¡Mi hijo, te has descarriado!"

Samuel continuaba siendo un fiel obrero de la iglesia, y se unió a una sociedad misionera. Al leer los informes de la misión llegó a emocionarse con la conversión de los paganos.

En el año **1829** decidió convertirse en misionero al extranjero. Entró en el Colegio Misionero Basel en el año **1831**. Su más importante lección en este colegio fue la humildad, pues tuvo que hacer labores de limpieza, junto con todos los miembros del cuerpo estudiantil.

Un hombre acaudalado ofreció dar a la Misión de Basel una fuerte suma de dinero, para enviar tres hombres a establecer una escuela en la India. Samuel Hebich, fue seleccionado como uno de los tres, y fue ordenado en marzo de 1834; partió en julio del mismo año.

Para **1836**, estos misioneros alemanes habían iniciado su primera escuela, con cuatro estudiantes. El señor Hebich iba de casa en casa, rogaba a los padres de familia que enviaran a sus hijos a la escuela. Un rumor se esparció, de que los misioneros forzarían a los niños a comer carne y a convertirse al cristianismo. Debido a esto, la escuela se utilizó como iglesia hasta que algunos de los padres se convirtieron en cristianos.

Con el tiempo, la Misión Basil se ganó la confianza de la gente. De alguna manera, el señor Hebich se convirtió en el líder. Organizó la entrega de ropa y alimentos para los pobres, así como los esfuerzos para proveer a los leprosos. También fue tocado para alcanzar a los desmoralizados ingleses de las estaciones militares de la India. Daba testimonio sin ningún temor, especialmente a los oficiales. Continuamente dejaba a sus grupos, se arrodillaba a orar y entonces se levantaba a testificar.

En el año **1850**, Samuel Hebich recibió una carta de la Misión Basel: lo habían nombrado primer presidente de la Misión. Hebich solo podía moverse y trabajar en una atmósfera de oración. Nunca se apresuró a predicar a menos que tuviera la seguridad en su alma de que el Espíritu de Dios le daría la victoria. Cuando dirigía la oración, durante el servicio de la iglesia, a menudo oraba por toda una hora; mencionaba al menos a cincuenta personas y lugares.

Otro secreto del éxito del señor Hebich en el ministerio fue su habilidad para rodearse de un grupo de entusiastas obreros hindúes. Realmente amaba a esta gente, y a veces les escogía las esposas.

Cuando viajaba, siempre tenía los ojos bien abiertos para escoger muchachas buenas y piadosas, que pudieran llegar a ser buenas esposas para sus asistentes.

En septiembre de **1859**, después de veinticinco años en la India, el señor Hebich dijo adiós a sus hijos espirituales y zarpó para Inglaterra. Las noticias de que había dejado la India se desparramaron rápidamente, y un sombrío sentimiento cubrió a esta tierra, al pensar que él había muerto.

Inclusive los periódicos escribieron sobre él y su trabajo, con el mayor de los honores. Pasó sus años de retiro predicando y enseñando en Inglaterra, al igual que lo había hecho en la India. Murió en **1868**.

La Secuestradora Amistosa: Amy Carmichael

Tomado de: Reforma Siglo XXI, Marzo 2004

Tú puedes dar sin amar. Pero no puedes amar sin dar. Amy solía decir esto mucho, y lo vivió verdaderamente. De hecho, lo vivía tan profundamente, que a veces la metió en grandes problemas. Una vez parecía seguro que Amy Carmichael sería arrestada por las autoridades de la India y echada presa por secuestradora.

Realmente Amy fue secuestradora. ¡Y lo fue muchas veces! Trece años antes, en 1901, Amy alojó su primer refugiado, huyendo del templo hindú. Las niñas del templo eran jóvenes “dedicadas” a los dioses y obligadas a servir como prostitutas para ganar dinero para los sacerdotes. Durante muchos años, Amy había rescatado a muchas niñas, a veces con el costo de gran cansancio y aún riesgo para su vida.

El rescate más recién era Kohila, de cinco años. Los padrinos de Kohila la estaban pidiendo, pero Amy se negó a devolver la niña, sabiendo que la volverían a abusar de ella. Amy hizo planes para “desaparecerla”, y enviarla a un lugar seguro. Amy era demasiado conocida para hacer el secuestro, y por lo tanto hizo arreglos para que otro lo hiciera. Pero la descubrieron, y la acusaron. Amy enfrentaba la posibilidad de pasar siete años en la cárcel.

Candidata sorpresiva

Amy padecía de neuralgia, una enfermedad de los nervios muy dolorosa, que debilitaba todo su cuerpo con tanto dolor que a veces debía estar en cama durante semanas. Sus amigos creían que la faltaba sabiduría cuando declaró que iba a ser misionera. Ellos predijeron que pronto regresaría a Inglaterra para quedarse. Pero Amy estaba segura que Dios la había llamado a las misiones foráneas. Durante muchos años ella había estado aprendiendo a escuchar la voz de Dios.

Orando por ojos celestes

Uno de los primeros incidentes ocurrió cuando Amy era niña. Su madre le había dicho que si Amy oraba, Dios le contestaría. Amy tenía ojos color castaño. Esa noche oró por ojos celestes. En la mañana saltó de la cama para fijarse en el espejo. La sra. Carmichael oró el lamento de desaliento. Ella duró varios minutos en explicarle a Amy que “no” era una respuesta de Dios también. Su madre le explicó que Dios quería que Amy tuviera ojos castaños por alguna razón. Tal vez nunca supiera la razón. Pero mientras tanto, ojos castaños eran muy hermosos, le explicó su madre. Amy no estaba tan segura de eso, y azul irlandés sería su color favorito para siempre, ¡aunque Dios había dicho que no!

Travesuras juveniles

Amy era bien intrépida. Si hubiera tumulto en el hogar Carmichael, era seguro que Amy estaba envuelta. Como el tiempo que unos sonidos interrumpieron el tiempo de devocionales familiares. Amy fingía ignorancia, pero pronto la descubrieron: el ratón congelado en su bolsillo había revivido.

En otra ocasión Amy dirigió a sus hermanos y hermanas en un reto de ver cuántas semillas venenosas podía comer antes de que murieran. Afortunadamente salieron de la prueba con poco más de un malestar estomacal. En otra ocasión, ella dirigió la tropa en una expedición peligrosa a través de una tragaluz al techo de la casa

Cambios críticos en su vida

Como niña, Amy se consideraba Cristiana, pero un día un evangelista le enseñó que un compromiso personal con Cristo era necesario. Ella dio su corazón a Cristo. Después de esto, el centro y pasión de su vida era servirle a Dios.

Después de tres años de asistir a un internado, regresó a casa porque sus padres ya no podían pagar por su educación. La sra. Carmichael llevó a Amy, ahora de 16 años, a comprar un vestido. Amy encontró uno muy lindo - azul real - pero lo devolvió. Su madre estaba sorprendido, pero Amy explicó que la ropa no tenía tanta importancia para ella que antes tenía. Ahora Cristo le había dado otro propósito para su vida. Ella esperaba otro año hasta que sus padres mejor podían comprarle un vestido. Nunca lo obtuvo, porque al año siguiente, el sr. Carmichael murió repentinamente.

Buscando y hallando a los “shawlies”

Este fue el año que Amy comenzó clases y reuniones de oración para los niños de la calle en Belfast. También comenzó a trabajar con los “shawlies,” las niñas que laboraban en las fábricas, que eran tan pobres que no podían comprar sombreros para ir a la iglesia y por tanto usaban “shawls”, o bufandas para taparse la cabeza. La gente ‘respetable’ no tenían nada que ver con ellas. Pero Amy entendía que necesitaban de Cristo al igual que los ‘respetables.’ Eventualmente tantas “shawlies” asistían a las clases de Amy que tuvo que buscar otro edificio más grande donde cabían trescientas o más personas.

La familia Carmichael perdió todo su dinero por medio de una serie de reversas económicas, y tuvieron que buscar un cambio. La sra. Carmichael decidió trasladarse a Inglaterra para trabajar para el tío Jacob. Amy y otra hermana se unieron a ella. El tío Jacob le pidió a Amy que enseñara el mensaje de Cristo a sus trabajadores de su textilera. Amy se entregó a este trabajo, viviendo en un apartamento cercano infestado de cucarachas y otros insectos. Pero a menudo la atacaba la neuralgia, y debía estar en cama durante días. Tuvo que dejar su trabajo.

¡Vaya, muchacha, vaya!

Durante años Amy había querido ser misionera. Ahora el deseo había crecido tanto que llegó a ser un dolor dentro de ella. Ella oraba a Dios, y apuntaba las razones que ella creía comprobaba que no podía ser la voluntad de Dios. Una de las cosas en esta lista era su enfermedad. Pero en sus oraciones le parecía que oía la voz del Señor, como si estuviera en su cuarto diciendole «ve.»

«Pero verdaderamente, Señor, no es para mí,» ella dijo.

Otra vez oyó su voz diciendo, «ve.»

Bueno, ¿ahora qué?

Amy cedió, ¿pero adónde debía ir? ¿Y qué pasaría con su madre que era viuda? Le escribió a su madre, y la sra. Carmichael le escribió que el Señor ya había tratado con ella, manifestándole que la dejara ir. Por más de un año Amy buscaba un campo misionero, pero nadie la quería.

A pesar de estas circunstancias, se embarcó con otras tres misioneras, que viajaban a Japón. Ella había enviado una carta ofreciendo su ayuda a los misioneros ahí. Las lágrimas corrieron cuando salió la nave el 3 de Marzo, 1893.

Amy tenía una pasión constante por compartir el evangelio. Aún el capitán se convirtió a la fe Cristiana al observar cómo Amy enfrentaba con gozo la suciedad y los insectos de su barco.

Cambios en Japón

Una vez que había llegado a Japón, Amy salió a evangelizar aún antes de que aprendiera el idioma. Su intérprete, Musaki San, sugirió que se pusiera un kimono, pero por el frío y su neuralgia, Amy prefirió salir con su ropa occidental. Las dos visitaron a una señora anciana que estaba enferma, y mostraba interés en el evangelio de Cristo. Justo cuando Amy iba a preguntarle si deseaba arrepentirse, la mujer vio su guantes de piel, y preguntó qué eran.

Rumbo a casa Amy lloró amargamente. Nunca más arriesgaría tanto por algo tan insignificante. De ese día en adelante ella usó ropa japonesa cuando evangelizaba.

Orando por las almas perdidas

En otra ocasión se les pidió a Amy y Misaki San que sacaran el espíritu de zorro que poseía a un hombre violento y homicida. Los sacerdotes del pueblo habían aplicado sus fórmulas y torturas sin éxito. Confiando en el poder del Señor sobre espíritus malignos, las dos mujeres oraron y entraron a su cuarto con confianza. Cuando mencionaron el nombre de Jesús, el hombre se enfureció incontrolablemente. Se hubiera lanzado sobre ellas, pero estaba amarrado con cuerdas. Las dos mujeres fueron expulsados del cuarto. Estaban perplejas, pero pronto recobraron confianza. Le aseguraron a la esposa que orarían hasta que el espíritu dejara al hombre, y le pidieron que mandara un mensaje cuando fuera liberado. Dentro de la hora recibieron el mensaje. Al día siguiente el hombre mismo mandó por ellas, y durante los próximos días le explicaron el camino de Cristo y el hombre se convirtió.

A la India

La neuralgia de Amy se agravó mucho, y el doctor le aconsejó que dejara Japón. Después de una lucha, ella aceptó que estaría mejor en la India. Cuando llegó, se dio cuenta de las niñas del templo. Aún los otros Cristianos se le opusieron cuando Amy comenzó a luchar para terminar el servicio malvado que se le exigía a estas niñas. Ellos decían que Amy exageraba la situación. Y en verdad era muy difícil desenmascarar lo que pasaba dentro de los templos hindú. Para ello, Amy tuvo que disfrazarse como india y visitar a los templos. Vestida en un sari con su piel teñida, pasaba como una mujer hindú. Ahora ella comprendió por qué Dios le había dado ojos castaños. ¡Ojos celestes la hubieran puesto al descubierto muy fácilmente!

Amy no fue encarcelada. El día 7 de Febrero, 1914 llegó un telegrama que decía, “Cargos criminales anulados.” Nunca hubo otra explicación, pero los que conocían al Dios de Amy sabían que El tenía que ver en la decisión.

Traducido con permiso de Glimpses, #132, una publicación de Christian History Institute.

CUESTIONARIO #2

1. ¿A quién se le conocio como el Padre de las Misiones Modernas?

- Guillermo Carey Henry Martin Samuel Hebich

2. ¿Cuántas lenguas hablaba Guillermo Carey?

- Dos lenguas Más de Treinta lenguas Treinta lenguas

3. ¿Cuántas traducciones de la Biblia hizo Guillermo Carey?

- Treinta idiomas y dialectos Dos idiomas y dialectos Cuarenta y cuatro idiomas y dialectos

4. ¿De quién se dice que su nombre era el “más heroico que adorna la historia de la Iglesia de Inglaterra, desde los tiempos de la reina Isabel”?

- Henry Martin Samuel Hebich Guillermo Carey

5. ¿Quién biografía inspiro a Henry Martin para ser misionero?

- Guillermo Carey David Brainerd Jonathan Edwards

6. ¿Quién fue inspirada por la vida de Henry Martin para ir a predicar el evangelio a las mujeres?

- Lidia Grenfel Amy Carmichael Fidelia Fiske

7. ¿Cuál sociedad misionera era el misionero alemán Samuel Hebich?

- Misión Basel Misión al Interior de la India Misión Bautista

8. ¿a quienes secuestraba Amy Carmichael?

- Niños de familias grandes Niñas de los templos hindues Huerfanos de la calle

9. ¿Cuál fue el primer país donde Amy Carmichael fue misionera?

- India Inglaterra Japón

10. ¿Cómo descubrio Amy Carmichael lo que hacian con las niñas de los templos hindues?

- Se disfrazó de india y visito los templos
 Por las hindues de su barrio que asitian a los templos
 Por lo que le contaban las niñas del templo

Módulo 3:

Misioneros en Africa

Instrucciones:

1. Lea las siguientes lecturas:
 - Roberto Moffat
 - David Livingstone
 - Harmon Schmelzenbach
 - María “Ma” Slessor
 - Eliza Davis-George
2. Realice el cuestionario 3.

Roberto Moffat

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/10/robert-moffat.html>

Roberto Moffat fue uno de los primeros misioneros al África. Nació de padres muy pobres en Ormiston, **Escocia**, en **1795**. En el hogar se le enseñó las materias regulares de la escuela, y también a tocar el violín.

Cuando Moffat dejaba el hogar paterno, su padre le dijo las siguientes palabras de despedidas, las cuales jamás se le olvidaron: "*Trabaja duro, Roberto, y sigue estudiando*".

Tal consejo llegó a ser una especie de desafío para Roberto, y procuró cumplirlo en todo lo que hacía. Su madre también le dijo unas palabras de despedida inolvidables: "*Lee un capítulo de la Biblia todos los días por la mañana, y otro por la tarde*". Todo eso le sería de mucho provecho, posteriormente, en el campo misionero.

A poco de haberse convertido, se interesó en las misiones, y solicitó admisión en la **Sociedad Misionera de Londres**. No pudo ser admitido, debido a su limitada educación formal. Sin embargo, después de recibir algo de instrucción especial, fue aceptado, y fue enviado a la Ciudad del Cabo, África del Sur.

En **1816**, después de un peligroso y largo viaje por mar, Roberto Moffat llegó finalmente a la tierra en donde iba a pasar casi toda su vida. Habiendo arribado al país, luego atravesó casi mil kilómetros tierra adentro, en una carreta tirada por bueyes. Esto quiere decir que tuvo que cruzar muchos ríos y pantanos; lo cual juntamente con el intenso calor, y la posibilidad de ser atacado por bestias salvajes, hizo que el viaje fuera en extremo peligroso.

Pero él sabía que Dios lo había llamado a aquella tierra, y nada iba a desalentarlo o hacerlo desistir de seguir el viaje. Lo acompañaba un grupo de nativos, los cuales le enseñaron el idioma de aquel lugar.

En **1817** partió hacia Namaqualand, en donde vivía un celebre bandido, llamado Afrikaner. Para sorpresa de todos, Roberto Moffat ganó al temido bandido para Cristo. Afrikaner murió poco después, pero la historia de su conversión ha sido, desde aquel día, un testimonio vibrante de la obra de la gracia en el campo misionero.

Durante sus jornadas de tribu en tribu, Moffat a notar que los ancianos a menudo eran tratados con suma crueldad. A veces se les dejaba abandonados en el desierto, con alimentos suficientes para una sola comida. Fue por medio de la enseñanza de Moffat, que los africanos aprendieron a cuidar de sus ancianos.

Después de haber estado un año en la obra, Moffat envió a traer desde Londres a María Smith, su prometida. Se casaron, y durante los siguientes cincuenta años, María de Moffat ayudó a su esposo en la obra misionera. Dios bendijo el matrimonio dándoles una niña. Lejos estaba de imaginarse que aquella pequeña damita, andando el tiempo, llegaría a casarse con David Livingstone, el gran misionero y explorador de África.

Un día, en uno de sus viajes, se encontró con un grupo de hombres que estaban cavando una sepultura, en donde iban a enterrar a una mujer que acababa de morir. La difunta había dejado a dos hijos muy pequeños. La sorpresa y el horror de Moffat fueron enormes, al enterarse de que los nativos iban a sepultar a los niños juntamente con la

madre muerta. De inmediato se hizo cargo de los niños, haciéndolos parte de su propia familia.

Después de muchos años de ardua labor, el ministerio de Roberto Moffat empezó a rendir resultados, y hubieron más convertidos. Por tal razón, puso manos a la tarea de poner por escrito el idioma de los nativos. Cuando por fin completó la compilación del vocabulario, empezó a **traducir** el Nuevo Testamento. Esta fue una labor larga y lenta. En ese tiempo María se enfermó gravemente, y tuvieron que regresar a Ciudad del Cabo. Estando allí, Moffat decidió que debía imprimir su traducción. Cuando dirigió la solicitud al gobierno, las autoridades correspondientes le dijeron que podrían a su disposición las prensas, pero no los impresores.

Moffat no se amilanó, sino que, con la ayuda de un amigo, empezó a aprender el arte de la imprenta. Con mucho esmero compuso los tipos, colocando letra por letra, individualmente, en su lugar.

Así pudo darle a los africanos, en su propio idioma, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, y también la historia *El Progreso del Peregrino*. Además, compiló un himnario, y escribió dos libros misioneros sobre el África del Sur. Un día, mientras observaba a un grupo de personas, Moffat notó que los maestros nativos usaban música para enseñar el alfabeto.

La tonada era la de un canto escocés tradicional, la cual repetía vez tras vez, haciendo concordar las notas con las letras del abecedario.

La obra de Roberto Moffat fue creciendo cada día más, y con ello su fama se extendía igualmente. Empezó a recibir invitaciones de aldeas, en todas partes del continente, de parte de personas que pedían que llegara para traerles el mensaje de Dios. Los ejemplares del Nuevo Testamento llegaron a tener aún más importancia para alcanzar a la gente para Cristo.

Después de muchos años en África del Sur, Roberto y María decidieron regresar a su tierra, para descansar un poco. Al llegar a Inglaterra en **1839**, hallaron de todo, menos el descanso que buscaban. La fama del misionero se había extendido por toda Inglaterra. Roberto dirigió muchísimas reuniones, atendiéndolas conforme le llegaban las invitaciones. Aunque esto le resultaba agotador, sin embargo, al mismo tiempo, le proveía de muchas oportunidades para interesar a la gente en la causa de las misiones africanas.

Mientras estaba en Inglaterra conoció a David Livingstone, un joven creyente, que también tenía interés en las misiones.

"¿A dónde piensas ir?" - le preguntó Moffat.

"A la China" - contestó Livingstone." ¿Por qué a la china? - Preguntó Moffat.

Luego comenzó a hablarle sobre las necesidades en el África. Le explicó que él mismo, como misionero de mayor edad, podría indicarle el sendero, pero que tocaría a los más jóvenes caminar por esa senda y proseguir con la obra.

Pocos meses después, Livingstone se embarcó hacia el "continente negro", para empezar su obra misionera.

Cuando Moffat y su esposa regresaron al campo misionero se enteraron de que David Livingstone había sido atacado por un león, habiendo quedado con el brazo izquierdo seriamente lesionado.

Livingstone fue llevado al hogar de los Moffat, y la joven María, la hija, se encargó de cuidarlo. Algunos meses después, una vez que David se hubo recuperado, se casó con María, y se fueron hacia el norte del continente, para realizar allí su labor misionera.

Roberto Moffat y su esposa tenían por delante muchos días trágicos. Primeramente falleció su hijo mayor. Poco después, David Livingstone les mandó a contar que María, su esposa había fallecido como consecuencia de la fiebre.

Sin embargo, a pesar de numerosos contratiempos, los Moffat siguieron adelante en su obra de evangelismo y traducción. Roberto Moffat tenía, para entonces, más de sesenta años, y se sentía muy cansado.

Un día predicó su último sermón en la pequeña capilla que había ayudado a construir en la aldea; y luego, con su esposa, emprendió el largo viaje a Inglaterra, en **1870**.

Al año siguiente, María de Moffat se fue para estar con el Señor. El anciano misionero quedó muy triste por la muerte de su esposa; sin embargo, continuó con su trabajo, escribiendo, dando conferencias, y predicando, hasta bien entrado en sus ochentas.

En **1872**, la Universidad de Edimburgo le otorgó el título honorario de Doctor en Divinidades. Una noche, sentado en su cama, tomó su reloj y le dio cuerda. "*Esta será la última vez*" - dijo. Y así fue.

Al día siguiente, el **10 de agosto de 1883**, a la edad de ochenta y ocho años, Roberto Moffat se fue para estar con el Señor. Había acabado su obra en África y en Gran Bretaña.

David Livingstone

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/09/david-livingstone.html>

David Livingstone (1813-1873), médico y misionero escocés, considerado como uno de los más importantes exploradores de África. Nació el 19 de marzo de 1813, en Blantyre, Escocia. En 1823 empezó a trabajar en una fábrica textil. Más tarde, mientras estudiaba medicina en Glasgow, asistió también a clases de teología. En 1838, ofreció sus servicios a la Sociedad Misionera de Londres, y cuando terminó sus estudios de medicina en 1840, se ordenó y partió para su primer servicio como misionero médico a África del Sur. En 1841 llegó a Kuruman, una colonia en Bechuanalandia (en la actual Botsuana) que había sido fundada por el misionero escocés Robert Moffat.

Livingstone empezó a trabajar con la población de Bechuanalandia, y desde allí pretendía continuar avanzando hacia el norte, a pesar de la declarada hostilidad que ejercían los bóers, colonos de raza blanca, principalmente de ascendencia holandesa. Contrajo matrimonio con Mary Moffat, hija de Robert Moffat, en 1845, y empezaron a trabajar juntos, adentrándose en regiones donde ningún europeo había llegado antes que ellos. En 1849 cruzó el desierto de Kalahari y descubrió el lago Ngami. En 1851, en compañía de su mujer y sus hijos, descubrió el río Zambeze.

En otra de sus expediciones (1852-1856), cuando buscaba una ruta para cruzar desde la costa este hasta la oeste, viajó hacia el norte desde Ciudad de El Cabo hasta el río Zambeze, y después hacia el oeste hasta Luanda, en la costa atlántica. Cuando hacía el viaje de vuelta al Zambeze, Livingstone siguió su cauce hasta la desembocadura en el océano Índico, lo que le permitió descubrir las cataratas Victoria (1855). Las exploraciones de Livingstone sirvieron para hacer una revisión de los mapas existentes en aquel tiempo. Cuando regresó al Reino Unido en 1856 fue recibido como un gran explorador, y además, gracias a su libro Misiones e investigaciones en el sur de África (1857) se hizo famoso. En 1858 abandonó la compañía misionera y el gobierno británico le nombró cónsul en Quelimane (actual Mozambique), en la costa este de África, y jefe de una expedición de exploración por la región central y oriental de África. Cuando volvió al continente africano en 1858, se dirigió con la expedición a la cabecera del río Shire, un tributario del Zambeze, y descubrió el lago Nyasa (denominado en la actualidad lago Malawi). En 1859 exploró el río Rovuma y descubrió el lago Chilwa. Cuando exploraba las tierras que rodean el lago Nyasa, Livingstone empezó a tomar conciencia de las terribles consecuencias que estaban padeciendo los indígenas africanos por el tráfico de esclavos al que eran sometidos por parte de árabes y portugueses.

En 1865, durante una de sus visitas a Inglaterra, escribió Relato de una expedición al Zambeze y sus afluentes, que era una condena del comercio de esclavos y un estudio de las posibilidades comerciales de la región (que actualmente ocupa la mayor parte de Malawi y Mozambique). En 1866, gracias principalmente a la financiación desinteresada de amigos y admiradores, Livingstone dirigió una expedición que pretendía descubrir las fuentes del río Nilo y explorar la línea divisoria de las aguas de África central. Después, siguió el cauce del río Rovuma, descubrió los lagos Moero y Bangweulu, y llegó al lago Tanganica en 1869.

Durante el tiempo que duró la expedición se tuvieron muy pocas noticias de Livingstone, lo que provocó una situación de preocupación internacional por la suerte que hubiera podido correr el explorador. Mientras tanto, en 1870, Livingstone emprendía viaje desde Ujiji, en el lago Tanganica, hacia las tierras situadas al oeste del

lago, y se convirtió en el primer europeo que llegó al río Lualaba, en la actual República Democrática del Congo. Después de haber sufrido grandes penalidades, regresó a Ujiji, donde se encontró con una partida de rescate que dirigía Henry Morton Stanley, un periodista angloamericano, de quien se cuenta la anécdota que saludó al explorador con el famoso comentario: “el doctor Livingstone, supongo”.

Después, los dos exploraron juntos las tierras del norte del lago Tanganica. Livingstone, esta vez en solitario, continuó su búsqueda del nacimiento del Nilo. Falleció en Chitambo (en lo que actualmente es Zambia), seguramente el 30 de abril de 1873, y su cuerpo fue encontrado el día 1 de mayo. Sus sirvientes enterraron su corazón bajo el árbol en que había fallecido y trasladaron su cuerpo a Zanzíbar, en la costa este africana. En abril de 1874, sus restos fueron definitivamente enterrados en la abadía de Westminster. Livingstone es considerado en la actualidad uno de los más importantes exploradores de África y uno de los pioneros en lucha contra la abolición del comercio de esclavos.

Harmon Schmelzenbach

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/11/harmon-schmelzenbach.html>

La historia de la vida de Harmon Schmelzenbach (1882-1929) está plena de acción y emociones como para realizar una taquillera obra de cine. Es absolutamente posible que sea la persona más importante en la historia de las misiones de los Nazarenos.

Si lugar a dudas fue uno de los autosacrificados hombres que con su muerte ha pasado a vivir para siempre en la memoria.

A través de la obra de Harmon han cambiado una cantidad innumerable de vidas, ya sea producto directo del contacto misionero o de la semilla que dejó, especialmente cuando pasó por Estados Unidos, justo un año antes de su muerte.

Su historia de acción realmente comienza en la edad doce años. Harmon, su hermano y hermana quedaron huérfanos y esto obligó a Harmon a trabajar haciendo cerámica. Debido a esto, él tuvo que, eventualmente, dejar la escuela. La llegada a sus manos de un libro sobre la obra de Livingstone marcó un punto de inflexión en su vida. Harmon sintió el llamado de Dios para el trabajo misionero. Así pues, se dirigió a una escuela situada al nordeste de Texas llamada la Universidad Peniel (precursora de la actual Universidad Nazarena del Sur).

Schmelzenbach mantuvo ardiendo su llamado a África de manera inocultable. El Presidente E.P. Ellyson lo ayudó a conseguir el apoyo financiero suficiente para cinco años. Así pues, el 5 de mayo de 1907, Harmon y nueve otros misioneros iniciaron su viaje a Africa.

Poco después de llegar en África, Harmon dilucidó que el texto declarado en Deuteronomio 32:30 - “¿Cómo podría perseguir uno a mil, y dos hacer huir a diez mil...? ” - se podría interpretar que su trabajo sería más productivo si él tenía una esposa.

Así pues, el 19 de junio de 1908, Harmon se casó con **Lula Glatzel**, una de las otras misioneras de Peniel.

Comenzaron a trabajar en aprender la lengua de los swazis y atestiguar a ellos. En abril de 1908, la parte trasera de su casa en Peniel, se transformó en la Iglesia Nazarena de Texas. Eso significó que Harmon y Lula ahora eran nazarenos.

Así como se aplicaron para reclutar misionarios oficiales, ellos se preocuparon en consolidar el trabajo de la iglesia nazarena en África. Para el momento en que los aceptaran como misioneros nazarenos, ya habían decidido enfocar su trabajo en Swazilandia.

El ministerio en Swazilandia comenzó duramente ya que el pueblo swazi no los aceptó inicialmente. Poco antes del invierno de 1911 debieron mudarse a una residencia permanente fuera de Swazilandia, porque la Reina de este país, había hecho un voto, que no permitiría a ninguna persona blanca permanecer en el país.

Es así que hasta ordenó a un grupo de guerreros que busquen a Schmelzenbach para matarlo.

Después de que Harmon moviera a su familia a un hogar permanente, él comenzó el trabajo sobre el primer edificio de la iglesia.

Cuando tuvo los materiales para construir la Iglesia fue atacado y quemaron su casa y los materiales en dos oportunidades. Harmon comenzó a pensar que la gente no vendría a él.

Entonces comenzó día tras día a caminar hasta los lugares en donde solían andar los swazis, en sus trabajos o en sus casas. De esta manera, recorriendo vastos kilómetros día tras día, continuó su trabajo como misionero por el resto de su vida. Finalmente la brecha se achicó y la gente de Swazilandia comenzó a entender el amor que impulsaba el trabajo de Harmon.

Su obra comenzó a echar raíces a través del país. Muchísima gente venida de la más profunda oscuridad espiritual vino a Cristo en número cada vez más creciente. Harmon utilizó su propio dinero y construyó cuantas iglesias pudo. Cuanto más construía iglesias, debía entrenar a más predicadores. Pues él entrenó a más predicadores. Así que necesitó darles una cobertura para ellos. Cada solución se transformaba en una nueva necesidad. Pero esto no detenía la visión de Harmond.

Los problemas siguieron a Schmelzenbach a través de los años. Él también tuvo que hacer frente a la pérdida de algunos de sus niños y ocuparse de su propia salud que declinaba. La gente a la que él amó rogaba por él. Apenas conseguía “salir del pozo” continuaba arduamente con su trabajo. Aunque su salud total disminuyó con pasar de los años, su impulso y deseo de ganar a la gente de Swazilandia aumentó. En todos los años, él nunca se dio por vencido.

Un año antes de su muerte la Asociación de Misioneros lo convocó para que regrese a Estados Unidos. Allí quedaron su esposa y sus hijos sobrevivientes. Él regresó a Africa

Continuó yendo a dondequiera que escuchara la gente. Su sueño para África era aún más grande que cuando comenzó su carrera. La gran esperanza que él tenía para su “hijos adoptivos” lo condujo allanar el camino en muchos campos en África para que otros misionarios sigan sus pasos.

El 22 de mayo de 1929, enfermo de malaria, Harmon Schmelzenbach partió a los brazos del Señor, en la tierra que amó y junto a los que llamaba “sus hijos adoptivos”.

María “Ma” Slessor

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2007/02/en-una-fra-maana-de-diciembre-del-ao.html>

En una fría mañana de diciembre del año 1848, nació María, en Aberdeen, Escocia. Días más tarde, y conforme a la costumbre de la Iglesia Presbiteriana, fue bautizada y así presentada a Jesucristo.

Su padre era un humilde zapatero y su madre, una mujer pulcra y aunque de recursos limitados era una mujer preocupada por brindarle la mejor formación a sus hijos. De niña sus juegos dejaban entrever su destino. Gustaba de jugar con muñecas y con niños más pequeños con quienes desarrollaba su juego predilecto: Enseñar.

La Iglesia Presbiteriana Unida de Escocia, había enviado muchos hombres y mujeres valerosos a varias partes del mundo para combatir los males del paganismo, y precisamente entonces, se había empezado una Misión nueva entre un pueblo de raza salvaje, en un país selvático llamado Calabar, en el África occidental, y todo el mundo en Escocia hablaba de aquel suceso y de los peligros y penalidades que tenían que sufrir aquellos misioneros.

La señora Slessor solía traer a casa todas las noticias de aquella obra, y los niños se reunían alrededor de ella y escuchaban historias de las costumbres extrañas y crueles de aquellos indígenas, y de cómo mataban a los niños mellizos: y oyendo aquellas historias abrían desmesuradamente los ojos, y llenos de miedo, se apretaban contra su madre.

María, algunas veces decía:

- Madre, yo quiero ser misionera, para ir a enseñar a los niños negros a portarse como es debido.

A lo cual su hermano Roberto respondía, con ese tono de importancia que los muchachos emplean a menudo cuando hablan con sus hermanas:
- Tu no eres más que una niña, y las niñas no pueden ser misioneras. Yo seré misionero, y tu podrás venir conmigo; y si eres buena, te dejaré que subas a mi púlpito y te sientes a mi lado.

A la señora Slessor le divertía oírlos hablar así y le agradaba, pues ella tenía el anhelo de que su hijo trabajara al servicio de Jesús entre los paganos cuando sea hombre. Pero aquel deseo no había de realizarse, porque Roberto enfermó poco después y murió, quedando María como la mayor de los hermanos.

Una nube oscura cayó sobre la familia. Su padre se entregó a la bebida y su madre tuvo que salir a trabajar para conseguir el sustento. Al poco tiempo, la crisis económica severa llevó a María, que apenas era una niña, a buscar empleo en una fábrica textil.

Al tiempo, y producto de su severo alcoholismo, falleció el padre de María. La señora Slessor dejó ahora la fábrica y puso una tiendecita, que conservó durante un tiempo, en la que María solía ayudar.

María era aficionada a los libros y en especial tenía el hábito de leer la Biblia. Esto la hacía destacar en la Escuela Dominical provocando la admiración de sus maestros. No bien tuvo edad, pasó a ser una de las maestras a cargo de una de las clases de la Escuela Bíblica.

Un día cruzó como un relámpago, un telegrama que causó gran conmoción y tristeza. Había muerto en el corazón del Africa un héroe entre los héroes, otro misionero escocés, David Livingstone.

Todos se preguntaban: “¿Que se va a hacer ahora? ¿Quién va a tomar la obra del gran explorador...? Entre aquellos, cuyos corazones saltaban ante tal llamamiento, estaba María Slessor. Sus amigas decían: ¡”Pero si le da miedo hasta de los perros!”. Era verdad, pero olvidaban que el amor echa fuera el temor.

Inicio de su viaje

Una mañana de otoño del año 1876, la señorita Slessor, de pié sobre el puente del vapor Etiopía, en el muelle de Liverpool, daba el último adiós con su pañuelo a dos de sus compañeras que habían ido desde Dundee para verla partir.

Al cabo de un mes de viaje, arribó a Calabar. Allí fue recibida por los Anderson, un matrimonio de misioneros que llevaban tiempo en el lugar. María permaneció con ellos hasta que supo algo acerca de los naturales y pudo trabajar en beneficio de ellos. Se sentía muy feliz.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que toda aquella luz, belleza y color del país que la había fascinado, pareciera desvanecerse para dar lugar al horror de una gran oscuridad. Fue a ver los hogares y los patios de los indígenas que vivían en la ciudad y en la selva, y vio un paganismo salvaje que la llenó de asombro y horror. No se había imaginado que la gente pudiera ser tan miserable, degradada e ignorante.

Esto, lejos de amedrentarla fue un impulso para su trabajo. Inmediatamente puso manos a la obra y comenzó a enseñar, sobre todo a las niñas. Los jefes tribales pensaban que no se debía educar a los niños.

Luego de tres durísimos años, María cayó severamente enferma, por lo que regresó a Escocia. No estuvo mucho tiempo, ya que ni bien se repuso emprendió viaje a África. Cuando llegó a Calabar de nuevo, tuvo el gozo de ver que se realizaba su sueño de ser una verdadera misionera, porque le encargaron una obra entre la mujeres en Old Town, un lugar dos millas más al interior, que tenía fama por su maldad.

Allí comienza una historia llena de aventuras, proezas y milagros. Con la muerte rondándola a cada paso, María se fue abriendo camino entre los corazones de piedra de los lugareños.

Cierta vez, una terrible tormenta arrasó con la misión y la lucha de María desembocó en un agotamiento que la enfermó casi hasta la muerte. Decidió otra vez retornar a Escocia para recobrar fuerzas. Esta vez llevó consigo a Juanita, una niña que había sido salvada de ser asesinada por el hecho de tener una hermana gemela.

Otra vez, Má, como solían llamarla los nativos, regresó a África. Esta vez la apuesta sería mayor. Decidió ir a Okoyong, un territorio inexplorado por el hombre blanco. Los lugareños de Okoyong practicaban el canibalismo y las más inimaginables crueldades. Má conocía sus costumbres, estaba ansiosa de ir en medio de ellos y enseñarles a vivir de otro modo.

Así lo pidió a los directores de la Misión en Duke Town.

- No tengo temor alguno – les dijo -. Ahora soy sola y no hay nadie que esté intranquilo por mi causa. Dijo esto porque recientemente habían fallecido su madre y su hermana.

Pero los misioneros sacudieron la cabeza.

- No, no – le dijeron -, es una empresa demasiado peligrosa.

Y sus amigos los comerciantes del decían:

- Lo que esa gente necesita, María, es un cañonero, no una misionera.

Así es que María se dispuso a ir sola, provista sola de una canoa hecha de un tronco ahuecado y algunas pocas pertenencias. Enfrentando los peligros del río y de la jungla, se dirigió a Okoyong. Allí el pueblo sería en principio hostil a su presencia. María había escrito una carta antes de partir: “Voy a una tribu a la cual no se ha ido nunca, en el interior, gente cruel y feroz, y todos dicen que van a matarme allí. Pero yo no temo daño alguno, aunque sé que para combatir sus costumbres salvajes necesitaré valor y firmeza”.

No fue fácil. Pero Dios tenía un plan. Cierta vez, un problema surgido entre dos tribus guerreras, estuvo a punto de provocar una masacre. María, llena de la Gracia de dios, jugándose la vida, se interpuso entre los jefes tribales y ofició de mediadora. El resultado fue bueno y cientos o miles de personas salvaron sus vidas.

Una y otra vez, María hizo lo mismo. Si bien muchos la miraban con recelo, se fue ganando el respeto de los jefes y de la gente en general. Por supuesto, su tarea fundamental, la de educar y presentar a Cristo, iban de la mano de su misión conciliadora.

Hacia 1890, vivió una de las mayores dichas de su vida, se construyó la primera capilla en Okoyong.

No era fácil. Se daba un paso hacia delante y dos hacia atrás. La gente, a pesar de respetar cada vez más a Má, se obstinaba en continuar con sus crueles costumbres paganas. Con solo la fuerza de amor, Má pasó a gobernar el corazón de millones de africanos. Comenzaron a llamarla “La Reina de Okoyong”.

Cónsul de Gran Bretaña

Con el tiempo vino un cambio, porque la Gran Bretaña tomó posesión de aquella tierra y colocó cónsules en varios distritos.

Cuando Má lo oyó dijo:

- No deben enviar aquí un cónsul. Si lo hacen habrá conflicto, porque mi pueblo es orgulloso y fiero, y querrá pelear.
- Bueno Miss Slessor – respondió el gobernador-.; Usted los conoce mejor que nadie. ¿Por qué no realiza Usted misma esta misión?

Y lo hizo. Vino a ser lo que el Dr. Livinstone había sido. El había llevado una gorra azul de visera, con una cinta de oro para indicar su calidad de cónsul británico. Ma no llevaba gorra, pero como actuaba como cónsul; estableció un Tribunal indígena, y como Débora en el pueblo de Israel, juzgó al pueblo, encaminándolos por el sendero de las nuevas leyes que se establecían. Era la primera vez en la historia del Imperio británico que una mujer hacía tal cosa. El resultado fue completamente bueno. Indómitos salvajes

como los indígenas eran, obedecieron a Ma, y así el dominio británico sobre ellos comenzó en paz.

María se comportaba con dignidad regia, pero realmente muy humilde. Hacía aquella obra solamente porque creía que Jesús quería que lo hiciera. “Yo no soy más que una pobre mujer débil –decía-, no tengo nada de reina”. Los funcionarios del Gobierno veían mejor las cosas; cuando visitaban quedaban asombrados del poder que tenía sobre el pueblo y del profundo respeto y admiración que el pueblo sentía hacia ella.

- ¡Es un milagro –exclamaban- esta Reina blanca de Okoyong!

Su nombre comenzó a trascender por toda Gran Bretaña y pronto llegó ayuda con recursos materiales y humanos. Esto aliviaba un poco las cosas, pero los desafíos no terminaban.

Cerca de Okoyong, existía un pueblo muy grande, aún más feroz y agresivo que, merced a su violencia había extendido sus dominios en la zona. Se llamaba Ibolandia. María sentía en su corazón que, una vez sembrado el Evangelio en Okoyog, era el tiempo de Ibolandia.

¿Cómo hacer para llegar al corazón de esa gente?

Sucedió que el gobierno había establecido la *Pax Británica*, una forma de asegurar que no haya matanzas y guerras mientras esté garantizado el dominio británico. Pero los ibolenses no estaban dispuestos a ser dominados, así que se prepararon para la guerra. Otros pueblos que se habían resistido habían sido derrotados por el ejército real. Pero esto no amedrentó a los ibolenses.

María sabía que una resistencia de la gente de Ibolandia, por más feroces que sean, resultaría en su derrota y en una masacre. Así que ella misma, en persona, se adentró en Ibolandia, para persuadir a la gente de la futilidad de intentar una defensa. Con María Slessor en Ibolandia, los británicos no se atrevieron a lanzar su ataque. Finalmente se estableció la Paz Británica y miles de ibolenses salvaron sus vidas. Así comenzó el trabajo misionero en esas tierras.

Cruz de Plata

Aunque Ma estaba escondida en medio de la selva africana y pensaba que era una persona sin importancia, había otros que, sabiendo lo que había hecho, se propusieron que sus historia fuera conocida. Escribieron su historia, que llegó a manos del Gobernador General de Nigeria, el cual, asombrado, la envió a Inglaterra para que fuera puesta en conocimiento del Rey.

Enterado Jorge V, le otorgó la Cruz de Plata. Cuando fue a Duke Town a recibir el galardón fue recibida con honores propios de una princesa. Cuando le tocó hablar, dijo que el honor se le concedía a la Misión y no a ella.

Su muerte

Era el mes de Agosto de 1914 y corrían rumores de guerra en Europa. Un día estaba sentada en su casa cuando llegó un cartero con la correspondencia. Entonces supo Ma las noticias de los comienzos de la guerra, con todos sus horrores, y de la entrada de Gran Bretaña en la lucha. “Gracias a Dios –exclamó ella-; nosotros no tenemos la culpa”.

Pero las terribles noticias la impresionaron tanto, que cayó enferma y no pudo levantarse.

El 13 de Enero de 1915, en su casa en Use, Ma entregó su alma al Señor. Una vez más viajó río Cross abajo, hasta Duke Town, donde fue sepultada, en el collado de la Misión, saliendo todo Calabar, jóvenes y viejos, a ver pasar el cortejo fúnebre y manifestar su profundo dolor. A la cabeza de la sepultura estaba la anciana May Fuller, una negra de Jamaica, criada en la Misión, que había dado la bienvenida a Ma hacía treinta y nueve años, cuando la misionera, una joven feliz y llena de vida, llegó por primera vez al África, y la había amado desde entonces.

Había muerto La Reina Blanca de Okoyong.

Eliza Davis-George

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/12/eliza-davis-george.html>

Rechazada! Una palabra que se mofaba de ella. Rechazaron su solicitud misionera sin hacer siquiera una evaluación seria y ella lo sabía. Si en aquel momento se hubiera dado cuenta de los años de rechazo que le esperaban antes de ir al campo misionero, tal vez hubiera llorado de frustración. No obstante, Eliza tenía el ejemplo perfecto para seguir. **"Él fue despreciado y rechazado por los hombres"** (Is 53:3). ¡Jesús caminó la senda del rechazo antes que ella!

Abriéndose el sueño de servir a Jesucristo en África, Eliza se familiarizó con el amargo sabor de la desilusión mucho antes que su sueño se hiciera realidad. No era solamente su condición de mujer y, además soltera, lo que obraba en su contra, sino también el prejuicio racial y las presuposiciones estrechas sobre quién sí y quién no reunía las cualidades para ser misionero. Sin el apoyo de sus líderes espirituales Eliza se aferró a la esperanza que un día creerían en ella.

Tuvieron que pasar diez años antes que su esperanza se viera recompensada y Eliza pudiera viajar a Liberia, una nación fundada pro antiguos esclavos.

Eliza fue la primer misionera afroamericana en Liberia. Había nacido un 20 de Enero de 1879.

En 1918 se casó con Charles Thompson George, un estudiante de Medicina en Guiana. Sus raíces espirituales se formaron en la Iglesia Bautista Antioquía en Hills Prairie. Ella era una joven bella, educada, que decidió renunciar a su cargo como maestra en la Escuela Guadalupe para convertirse en Misionera al extranjero.

En sus palabras explicaba las razones:

"Estas son las razones que tengo para ir. Debo ir porque

1- Siento el llamado del Espíritu Santo para ir.

2- He encontrado el sentido de mi vida

3- En Africa hay millones de "hermanos" perdidos

4- Africa es el hogar de nuestros antepasados"

El 12 de diciembre de 1913, Eliza Davis abordó un barco rumbo a Africa junto a otros seis misioneros. Arribó a Monrovia, Liberia, el 20 de Junio de 1914. Ciento cincuenta personas aceptaron a Cristo en la primera Reunión

Durante los años cincuenta y cinco años que vivió en África, Eliza vio a millares de liberianos convertirse a Jesucristo y estableció más de cien iglesias. Sin embargo, también fueron años llenos de desilusiones y retrocesos. El hombre con quien se casó no pudo soportar la presión emocional y murió por abuso del alcohol. Sus campos de batalla fueron numerosos: las almas de los africanos, su esposo destrozado y la falta de ayuda de la asociación misionera de su país natal, hecho que puso en peligro constante su trabajo.

Eliza se negó a abandonar el campo misionero y buscó su propio respaldo financiero para poder continuar su trabajo en Liberia hasta superar con creces los noventa años de edad.

Con la esperanza firmemente puesta en aquel que fue rechazado por los hombres, Eliza

Davis-George se convirtió en la primera mujer negra que desarrolló una obra pionera en el campo de las misiones en África.

El 8 de marzo de 1979, a la edad de 100 años, Eliza pasó a vivir en las moradas de su Padre Celestial.

CUESTIONARIO #3

1. ¿Quién fue el más importante explorador en Africa?

- David Livingstone
- Roberto Moffat
- Harmon Schmelzenbach

2. ¿Cuál es la semejanza entre David Livingstone y Roberto Moffat?

- Edad
- Sociedad Misionera de Londres
- Lugar de muerte

3. ¿Qué tradujo Roberto Moffat para los africanos?

- La Biblia
- Antiguo Testamento y El Progreso del Peregrino
- Antiguo y Nuevo Testamento y El Progreso del Peregrino

4. ¿Quién inspiró a ser misionero en Africa a David Livingstone?

- Roberto Moffat
- Harmon Schmelzenbach
- Henry Morton Stanley

5. ¿Qué fue lo primero que aprendieron los africanos por medio de las enseñanzas de Roberto Moffat?

- Cuidar a sus niños
- Cuidar a sus ancianos
- Respetar a sus mujeres

6. ¿Quién fue posiblemente el misionero más importante de las misiones de los Nazarenos?

- David Livingstone
- Roberto Moffat
- Harmon Schmelzenbach

7. ¿Quiénes eran los “hijos adoptivos” de Harmon Schmelzenbach?

- Africanos
- Ingleses
- Escoceses

8. ¿Cómo era conocida María Slessor por los africanos?

- Miss Slessor
- La Reina de Okoyong
- La Reina Blanca de África

9. ¿Quién fue la primera mujer británica en ser Cónsul?

- Eliza Davis-George
- María Muffat
- María Slessor

10. ¿Quién fue la primer misionera afroamericana en Liberia, África?

Eliza Davis-George

María Muffat

María Slessor

Módulo 4

Misioneros en Suramérica

Instrucciones:

1. Lea las siguientes lecturas:
 - James “Jim” Elliot
 - Bruce Olson
 - Thomas Bridge
2. Realice el cuestionario 4.

James “Jim” Elliot

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2007/01/james-jim-elliott.html>

Jim Elliot formaba parte de un equipo interdenominacional de cinco personas que se había propuesto emprender la arriesgada misión de alcanzar el Evangelio a tribu auca en Ecuador.

Hace ya 45 años que estos jóvenes norteamericanos, un grupo de cinco, murieron fuera de su patria por la causa de Cristo, dejando tras sí cinco viudas, también jóvenes, y varios niños de corta edad.

Todavía hoy conmueve leer el relato de este heroico episodio y contemplar las fotografías del inesperado y luctuoso desenlace. No obstante, y a pesar del dolor que indudablemente ocasionan dramas como estos, no cabe duda de que su sacrificio rindió frutos que sus propias familias han tenido la satisfacción de conocer, a semejanza de lo que aconteció con el heroico grupo de ingleses que murió de inanición en el otro extremo del continente poco más de cien años antes. Uno de los integrantes del equipo era James Elliot (1927-1956).

Este mártir del Evangelio nació en Portland, Oregon, en 1927. Convertido a los seis años de edad, dedicó su vida a conocer a Dios y a buscar y cumplir su voluntad. Cuando tenía sólo veinte años se había expresado así en una oración íntima: «Señor, prospera mi camino, no para que adquiriera una posición social elevada, sino para que mi vida sea una demostración del valor de conocer a Dios». Sostenía que para conocer a Dios primero hay que obedecerle.

Después de los estudios primarios Elliot pasó a un politécnico, en el que escogió el dibujo arquitectónico entre otras asignaturas técnicas. Vinculado a iglesias de los «hermanos libres» procuró mantenerse apartado de toda actividad frívola (no así de los deportes, incluida la lucha, en la que se destacó hasta el punto de que se lo describiera como el «hombre de goma»), así como de cualquier actividad bélica o política.

Posteriormente siguió estudios universitarios en el conocido Wheaton College, de orientación evangélica, y con el tiempo fue comprendiendo que su postura rígidamente ortodoxa, mantenida con cierta arrogancia, le impedía tener contactos fructíferos con sus compañeros de estudio y otras personas a las que intentaba evangelizar. Tuvo siempre, según dan testimonio sus escritos privados, una intensa vida devocional y de estudio de la Palabra de Dios.

Concluidos sus estudios formales en 1949, estudios de cuyo valor en algún momento comenzó a dudar, realizó un curso de lingüística práctica en el Instituto Lingüístico de Verano en la Universidad de Oklahoma (donde por primera vez oyó hablar de los aucas), curso destinado a futuros misioneros deseosos de aprender a hablar lenguas indígenas y finalmente elaborar alfabetos para las mismas con el fin de que los hablantes de ellas pudieran tener acceso a las Sagradas Escrituras.

Terminados todos estos estudios y habiendo realizado bastantes actividades evangelísticas (incluido un programa radial) y de enseñanza bíblica en distintas partes de los Estados Unidos, buscó la voluntad de Dios en cuanto al campo misionero hacia el cual debía dirigirse, no sin resistencia de su familia y sus amigos que consideraban que

tenía cualidades intelectuales y la capacitación adecuada para ser de mucha utilidad en las iglesias y en los grupos universitarios en su propio país.

A lo largo de sus años de estudio se había destacado como organizador, orador, escritor y actor, sin dejar de dar su testimonio cristiano a quien quisiera escucharlo. Entre los argumentos que esgrimió en esas circunstancias, y que contribuyeron a convencerlo del paso que había decidido dar, estaba el de que «hay un obrero cristiano para cada 50.000 personas en otras tierras, en tanto que hay uno por cada 500 en los Estados Unidos». «La población de la India –escribió también en su diario- equivale a la de Norte América, África, y Sud América combinados, y hay un misionero por cada 71.000 personas allí». Ante estas realidades no encontraba justificativo alguno para quedarse en su propia tierra.

Llegó así el momento en que se sintió guiado al Ecuador, país al que se trasladó en 1952. Iba soltero porque entendía que sólo así podía iniciar actividades misioneras sin impedimentos. Dispuesto a afrontar el celibato, no descartaba la posibilidad de contraer matrimonio más adelante con la joven a la que se sentía atraído.

Entre 1952 y 1956 Elliot estuvo en diversos lugares del Ecuador, junto a su compañero Fleming, y luego también junto a Youderian y McCully, aprendiendo el castellano y el quichua de la región, como también colaborando en tareas misioneras (de predicación, de evangelización, de enseñanza bíblica, de auxilio médico a los naturales). Paralelamente colaboraba en la preparación de lugares techados para la realización de cultos y clases de doctrina y de lectura y escritura, como de viviendas para las diversas familias misioneras (aunque le impacientaba tener que dedicar demasiado tiempo a estas últimas actividades, que lo distraían de lo fundamental de la misión a la que había sido llamado). Las actividades incluían viajes de reconocimiento de varios días o semanas por la selva, a veces a pie y otras en canoas. Además, habiendo llegado al Ecuador con el pensamiento de alcanzar algún día a los aucas, se dedicó a aprender frases útiles para los primeros contactos, para el caso de que se presentara esa posibilidad.

La oportunidad se presentó finalmente y Elliot, el «lingüista» del grupo, tuvo la posibilidad de emplear a voz en cuello las frases aprendidas, con la esperanza de que fueran oídas por los aucas, como efectivamente ocurrió. Una vez instalado el grupo en un campamento a orillas del río Curaray, a distancia prudencial del asentamiento auca, procuraron atraer su atención. El primer contacto les dejó la impresión de que se iniciaría un vínculo fructífero, pero sorpresivamente los cinco hombres fueron atacados y muertos a lanzazos.

El triunfo de la causa de Cristo quedó demostrado menos de tres años después cuando un grupo de aucas hizo llegar a dos mujeres (Raquel Saint, hermana de «Nate», y Elizabeth de Elliot, viuda de Jim) un mensaje con una invitación a vivir entre ellos.

Poco después la segunda de estas mujeres escribía así: «Hoy me hallo sentada en una chozita de paja ... a pocos kilómetros al suroeste de 'Palm Beach'. En otra casucha de paja, a menos de cinco varas [unos cuatro metros] de distancia, se hallan sentados dos de los siete hombres que dieron muerte a mi esposo»

Bruce Olson

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/12/bruce-olson.html>

Bruce Olson misionero entre los indios motilonos de Colombia, durante diez años. Dios lo llamó siendo muy chico, aunque con dudas y temores obedeció.

Con treinta años y a pesar de haber terminado la universidad por correspondencia, realizó conferencias en las Naciones Unidas, almorzó con el presidente de los Estados Unidos, fue amigo de cuatro presidentes de Colombia; habla quince idiomas. Revistas de lingüística han publicado sus estudios y es el indiscutido pionero en la traducción, con el auxilio de la computadora, de idiomas de tribus indígenas.

Los motilonos era una tribu que daba muerte a todo extraño que se internaba en su territorio, pero Dios tenía un precioso plan de salvación para ellos y a través de Bruce Olson lo haría.

La familia de Bruce Olson, nacido en Minnessotta, Estados Unidos, estaba compuesta por un papá de carácter fuerte, muy autoritario, y apegado a su iglesia; su mamá era una persona dedicada a su casa y a su familia; tenía un hermano más chico. Asistía a la iglesia luterana tradicional.

Tenía 14 años cuando comenzó a tener la inquietud de saber quien era “su”Dios. Una noche estaba muy mal, se sentía rechazado, tenía muchas dudas con respecto a si el Jesús que él leía en la Biblia podía actuar ahora como antes, si podría ayudarlo. Sintió la necesidad de hablar con Cristo, si bien lo había hecho seguido ahora le parecía que era diferente, lo hizo como si fuese su amigo, le pidió que lo cambiara, que le sacara todos los temores.

Estaba orando cuando sintió su presencia en el dormitorio, supo que lo estaba salvando, la paz estaba en su corazón, lo estaba cambiando. Fue en ese momento cuando tuvo la certeza de quien era su Dios personal.

Él tenía un amigo que se había cambiando de colegio y hacía un tiempo que no lo veía, después de su vivencia, éste lo visitó. Para su sorpresa también había tenido esa experiencia, pero asistía a la iglesia interdenominacional, así que decidió ir. Se maravilló, las reuniones eran diferentes, el pastor sí sabía quien era Jesús, la gente estaba con gozo, alabando con gritos y aplausos. Todo era extraño. Pero se sentía cómodo, Jesús estaba ahí.

Olson comenzó a ir a las dos iglesias, por eso tuvo muchas presiones, de parte de su padre, se burlaba de él y de esa iglesia. Muchas noches cuando volvía no le habría la puerta de la casa, y se tenía que ir a dormir a la casa de un compañero, en el frío invierno, con heladas tenía que recorrer la gran distancia que lo separaba de esta casa. A los 16 años, la iglesia interdenominacional que asistía organizó una conferencia misionera. Todo era nuevo para él, en ella habló uno de los misioneros que había venido de Nueva Guinea. Al final de su charla hizo un llamado para todos aquellos que quisieran comprometerse con Cristo para que el mundo lo conozca.

A partir de ese momento tuvo sueños; sentía que Dios lo perseguía para ser misionero, pronto se esfumaron su anhelo de ser profesor en lengua y de obtener un doctorado en

filosofía, dando paso a la idea de ir a países lejanos para hablarles de Dios a los salvajes, obviamente que sus padres no entendían nada de eso. Dios trató con él de una manera especial, sin darse cuenta comenzó a sentir compasión por los habitantes de Sudamérica. Cuando tenía 19 años tomó un avión y se fue a Caracas, convenció a sus padres que era un país apto para sus estudios. Allí lo esperaba un misionero llamado Sanders, que solo conocía por medio de correspondencia. Al llegar no estaba esperándolo, estaba solo, no hablaba castellano, comenzó a deambular por las calles hasta que encontró un hotel donde pasaría la noche, se gastó casi todo el dinero que llevaba.

Al otro día mientras caminaba se le acercó un joven, que sabía algo de inglés, después de un rato de conversación lo invito a su casa. Descubrió que era inimaginable, para latinos responsables, permitir que una persona joven como él este solo. También creían que haciendo el bien a otros, alguno cuidarían a sus hijos cuando estén lejos del hogar. Mientras vivía con la numerosa familia, aprendió el idioma y las costumbres. Por intermedio de su nuevo amigo conoció a un medico que estaba contratado por el gobierno para atender a las tribus que vivían cerca del río Orinoco.

Estuvieron conversando un rato y viendo que estaba interesado en los indios el médico lo invitó a Olson para que lo acompañara durante un mes a entregar medicamentos y alimentos a la región del río. Trato de disimular su emoción y aceptó inmediatamente.

Después de varios días de ir un trecho por río y otro de a pie y de ver sólo vegetación. Llegaron a la aldea. Llegó hasta él el olor a excremento humano y nubes de moscas zumbando sobre la basura que estaba a pocos pasos de las chozas. El médico les aplicó inyecciones, les dio pastillas y trataba de explicarles de la mejor manera como mejorar las condiciones sanitarias.

Olson se quedó en la aldea, porque ahí estaba el misionero Sanders, pero al encontrarlo lo desalentó diciéndolo que si no era apoyado por una agencia misionera era imposible que se quedara, dando a entender que ellos no lo mantendrían, así que se quedó por poco tiempo.

El doctor lo llevó hasta el norte del río, a una aldea donde los indios no eran cristianos, eran muy amables y le permitieron que los acompañara a cazar, compartían su comida y hamacas con él. Conversando con ellos se dio cuenta que no querían ser cristianos porque les habían cambiado las costumbres a los indios que los habían aceptado, desde las vestimentas hasta cantar algo que ellos no entendían. Trato de explicarles como era el Dios verdadero, pero ellos tenían la imagen de los otros y no querían. De todas maneras se quedó con ellos tres semanas, lo trataban como a uno más.

Cuando regresaron, el doctor lo alojó en su casa, ahí conoció a los hijos de los misioneros. Al principio salían y se divertían juntos, pero cuando llegó una carta donde decía que lo habían excomulgado, porque se negó volver a Estados Unidos, para afiliarse a una agencia y esperar a que lo enviaran, lo dejaron solo y todos los misioneros de Venezuela lo despreciaron.

Se hospedó en la casa de un estudiante por un tiempo, porque después de las vacaciones tenía que ir a Caracas a retomar los estudios, y para no quedarse solo decidió irse también. No tenía dinero pero de todas formas reservó un pasaje en avión; estaba con su equipaje pensando que hacer, cuando el hermano del estudiante le entregó una carta,

esta era de una familia amiga de Estados Unidos, en ella había un cheque, era el sostén que la iglesia le había prometido. Entonces pagó su pasaje, esta ayuda llegó justo en el preciso momento, Dios estaba desarrollando su plan.

Al llegar se hospedó en el hotel que ocupaban los estudiantes, se hizo de amigos, compartía una habitación con un integrante de la línea comunista. Pasaron diferentes situaciones, Olson, le hizo entender que necesitaba a Jesús, al principio se negó pero al tiempo comprendió y lo aceptó.

No tenía dinero para pagar el alquiler ni para sustentarse, se lo pagaban los estudiantes, con quien compartía el hotel, pero esta situación lo hacía sentir incomodo. Le pregunto a Dios sobre esto, no había recibido ningún dinero, y no podía trabajar porque era visitante en Venezuela, pero no obtuvo respuesta.

En cierta oportunidad conoció a Miguel Nieto, jefe del Ministerio de Salud Pública, él estaba buscando a alguien que enseñara hablar inglés a unos estudiantes que se preparaban para asistir a la Universidad de Harvard, aceptó el trabajo con la condición que Nieto se haría responsable de la situación de visitante, en ese momento le pago el mes por adelantado. Olson estaba viendo como la provisión de Dios siempre llegaba a tiempo.

Como Nieto conocía las intenciones de Olson con respecto a los indios, un día hablando de ellos, le comentó que los motilones vivían entre el límite de Venezuela y Colombia, como los contactos que se habían hecho con ellos habían sido pocos no se sabía como era su aspecto, y mucho menos su cultura e idioma. Sabían que todo aquel que se aproximaba a su territorio lo mataban.

Quiso olvidarse, ocuparse de otras cosas, pero, había olvidado que Dios le hace la vida imposible al que no quiere colaborar con Él, perdió la capacidad de concentración o hacer cualquier otra cosa que no sea pensar en los motilones. Cierta día, cuando estaba sentado en una cafetería, alguien pasó y dejó a su lado un diario, ahí había una nota que relataba la epidemia de sarampión que existía en la aldea de los motilones y como los estaba matando.

Etonces pensó “¿contra qué estaba luchado?¿porqué tanta resistencia? Si él había estudiado medicina tropical y podría ser de ayuda.

A la semana estaba en un micro hacia Machiques, una localidad al pie de los Andes. En el trayecto conversó con los pasajeros que le dieron información de los motilones y le aconsejaron que no se acerque porque terminaría muerto. Pero no les hacía caso, al fin, él había ya estado con algunos indios y eran muy amigables.

Al llegar compró una mula, la cargó con víveres y emprendió la marcha. Siguió un sendero, pero de repente se dio cuenta que ya no estaba, retrocedió, lo encontró, emprendió la marcha nuevamente, pero otra vez se encontró sin la senda; desorientado siguió adelante, pero solo encontró enredaderas, cansado pasó ahí la noche.

Al otro día tenía hambre quiso abrir una lata, pero se había olvidado el abrelatas, trato de romperla pero fue en vano, solo pudo beber el aceite. De todas maneras siguió viaje, los insectos le hacían la vida imposible, las lastimaduras que le habían provocado las

matas espinosas se le estaban hinchando y esto le producía fiebre. Estaba cansado, molesto y frustrado porque no había visto ningún indio, pero siguió adelante.

Hasta que por fin vio un grupo de chozas, era una aldea indígena, Pronto se vio rodeado de indios, que le hablaban, pero no entendía el dialecto, lo tocaban, se reían. Cuando llegó al centro de la aldea, salieron las mujeres a verlo, se reían y le hablaba, trató de decir algunas palabras que había aprendido pero tampoco lo entendían. ¿Cómo comunicarse? Pensó en tocar su flauta, ellos seguían el ritmo, y le pedían con señas que siguiera, así estuvo hasta las tres de la madrugada, luego cada uno se fue a su choza, a él lo llevaron donde dormían algunos hombres.

Al otro día le dieron un líquido asqueroso, pero tenía hambre así que lo tomó. Ninguno quería escuchar la música, así que se dedicó a tratar de aprender su dialecto. Estaba tratando de repetir las palabras de un indio cuando sintió un fuerte golpe en la espalda, cayó al suelo y fue azotado con dos látigos, mientras le gritaban espantosamente. Lo llevaron a una choza, ahí se quedó quieto y atemorizado. Unas flechas comenzaron a penetrar por el techo, rozándolo, entraban sin fuerza, pero le producían moretones. Descansaban un rato y comenzaban otra vez, lastimándolo cada vez más.

Estaba tan atemorizado que necesitaba orar, vio a Jesús en la cruz muriendo por personas tan inmundas como él consideraba a estos indios, por eso oró entregando su vida, dándole todo, muriendo si era necesario si Él le permitía hablarles de su Hijo a los motilonos.

Las flechas siguieron un rato más, hasta que definitivamente cesaron. No había razón para quedarse, el jefe le había demostrado que no lo quería ahí. Emprendió su camino, y un anciano lo llamó para mostrarle una criatura enferma, lo estaba mirando cuando se vio rodeado de otras criaturas en igual condición. Como tenía algunos antibióticos les dio media dosis a cada uno, oró pidiendo a Dios que los curara ya que la dosis era mínima. Recién al día siguiente hubo resultados, uno de los niños comenzó a sentirse bien. Al ver eso el jefe comprendió que quería ayudarlos y cambió de actitud.

Su estadía se prolongó por más de cuatro meses, en ese tiempo aprendió el idioma y comprobó que no eran los motilonos, ellos se hacían llamar yukos. Consideró que ya estaba todo hecho así que decidió volver a la civilización, estaba feliz de dejar todo eso, la comida siempre igual y espantosa, los días aburridos. Tomó su mula y emprendió el camino, pero al llegar a cierta distancia la mula retrocedió y lo tiró, cayó pesadamente desgarrándose el hombro, la mula se escapó hacía la aldea. Olson no quería volver, pero la civilización estaba lejos, no tuvo opción. Pesadamente se dirigió a la aldea, cuando llegó los indios al verlo se rieron.

Se restableció y emprendió nuevamente el camino, pero otra vez la mula lo tiró, pero esta vez lo pateó fuertemente en la cara, así sangrando y dolorido tuvo que volver a la aldea. Esta vez fue diferente, se dio cuenta que era el plan de Dios que volviera. Los indios no se rieron, el recibimiento no fue igual, el jefe al verlo tan mal herido, lo alzó y lo llevó hasta la choza. Paso una semana hasta sentirse mejor, en todo ese tiempo lo cuidaron como si fuera uno de ellos.

Si bien la convivencia había cambiado, todavía sufría de disentería y aun perdía sangre con la materia fecal. Hizo progresos con el idioma, muy pronto pudo hablar

razonablemente bien. Eso lo ayudo muchísimo y mientras más los comprendía más quería ayudarlos.

Pero todavía quería ir a los motilones, si bien ya no los podría ayudar con la epidemia, debido al tiempo transcurrido, pero esto no significaba que no debería ir. Buscó información entre los yukos, sobre los motilones, ellos los llamaban el “pueblo del petróleo”, ya que en la tierra donde vivían había mucho petróleo, pero no querían acompañarlo, porque los matarían, posiblemente lo harían los yukos del sur.

Esta vez se fue sin problemas, era la decisión de Dios que abandonara a los yukos. A partir de ese momento fue recorriendo de tribu en tribu aprendiendo los diferentes dialectos, buscando quien lo acompañara, sin lograrlo todavía. Por fin después de recorrer encontró a un joven que a cambio de un cierre relámpago (a ellos les gustaban las cosas brillantes) lo acompañaría hasta la aldea de los motilones.

Pasaron varios días a través de la selva tropical, descansando apenas. Los árboles crecían en tal profusión que rara vez podían ver el sol. Los ríos constituían un gran problema, el terreno era pantanoso. Al séptimo día de haber iniciado el viaje, todos caminaban sin decir palabra. De pronto los yukos se quedaron quietos, escuchando, y luego en un solo movimiento todos comenzaron a correr. Olson quería hacer lo mismo pero se enredo entre unas llanas, de pronto sintió una puntada en una pierna y vio que lo atravesaba una flecha, quiso pararse pero se vio rodeado de hombres con arcos y flechas apuntándolo. Al ver esto grito en el dialecto yuko, en castellano y en latín, los minutos parecían interminables. De pronto se acercó uno, le quitó la flecha y le apuntó para que se levantara. La marcha a la aldea duró tres horas.

Cuando llegó vio como una inmensa colmena de 15 mts. Lo introdujeron y lo dejaron ahí. De la herida supuraba pus, la cadera estaba hinchada y los ganglios de las axilas estaban tan hinchados que no podía bajar los brazos. Así paso los días afiebrado, sin comer y su diarrea seguía.

Estaba terriblemente hambriento, la cadera le dolía hasta los huesos, todo daba vueltas. Comenzó a llorar, y oró como hacía mucho no oraba. Dios en ese momento lo reconfortó. Le hizo saber que estaba haciendo lo que Él quería que hiciera.

Cierto día se le acercó un chico que le ofreció larvas para comer, dudó pero las comió, inesperadamente así como entraron, salieron. Al rato le ofreció pescado ahumado, lo comió y esta vez el estómago lo soportó. Cuando podía permanecer despierto veía como las mujeres se ocupaban de sus tareas. Un hombre tomó la determinación de protegerlo. Cada vez que él llegaba todos se hacían a un lado. Tenía una risa estruendosa y característica. Cuando volvía de cazar, era él el que le daba de comer, se acercaba y le decía algo. Así paso un mes, apenas podía moverse, pero un día supo que debía irse, Dios así lo quería.

Esa noche silenciosamente, se levanto temblando un poco debido al mareo. Llego hasta la puerta, sin que nadie se diera cuenta, con un poco de miedo se dirigió al sendero que lo llevaba a las montañas.

Se internó en la selva encontró un río donde limpió la herida, buscó algo para comer pero solo encontró plantas venenosas. Caminó por cuatro días, ardía en fiebre, los pies los tenía hinchados de trepar por las piedras filosas, el estómago le dolía de hambre,

estaba cerca de un arroyo tiritaba de fiebre. De pronto vio algo que se movía en el agua, lo agarró era un racimo de bananas maduras. Eso lo hizo recobrar fuerzas y siguió hasta la cima, ahí no divisó nada más que árboles, se dejó caer.

Meditó sobre las bananas y consideró que Dios no lo había abandonado, le proveía en el momento que lo necesitaba, así que pesadamente se incorporó y siguió con la certeza de que encontraría alguien. En la distancia vio que algo se movía, eran dos hombres hachando un árbol, desesperadamente les gritó.

Estos hombres lo llevaron a la casa, le dieron alimento, lo curaron y para su sorpresa estaba en Colombia. Poco a poco recobró las fuerzas y con el escaso dinero que había podido guardar en el tiempo que pasó en la selva, pudo comprar un pasaje que lo dejaría a mitad de viaje a Bogotá.

En el trayecto subieron unos soldados que buscaban a unos comunistas y como él no tenía documentos lo detuvieron para llevarlo a Bogotá y le dieron comida. Dios seguía obrando porque sin dinero comía y era llevado al lugar que quería ir.

Luego de varios interrogatorios, el jefe encargado del departamento de indios, creyó que había estado con los yukos, pero no podía comprobar que había estado con los motilones, de todas maneras se responsabilizó por él para que pudiera obtener documentos y también le dio dinero.

Vivió con un matrimonio norteamericano, paseaba por Bogotá y cada vez se sentía con más fuerzas. Se preguntaba porque debía volver y como haría para realizar la obra, pero le dijo a Dios que se lo dejaba en sus manos, que cuando quisiera pondría los medios para volver.

Y así fue, un día conversando con el gerente general de la compañía donde trabajaba el matrimonio, sobre los indios, le ofreció llevarlo hasta una zona cercana, ya que un avión iba a ir al día siguiente. Acepto rápidamente era la señal que esperaba, recordó su oración.

Acampó a las orillas de un arroyo y espero a que los motilones lo encontraran. Esta vez las provisiones eran suficiente como para mas de una semana, llevaba una lona plástica para protegerse de la lluvia y tres libros.

Había puesto en diferentes sitios “regalos”, para saber si ellos aparecían. Los revisaba todos los días, pero nada habían tocado. Pasó una semana y otra más, comenzó a impacientarse.

Después de dos meses los “regalos” habían desaparecido y fueron reemplazados por un arco y una flecha, estaban dispuestos a intercambiar regalos. Decidió quedarse cerca para verlos, mientras pescaba, cuando terminó, ya se los habían llevado y dejaron cuatro flechas clavadas, señal de advertencia de los motilones. Pero no iba a irse ahora, Se arrodillo y oró, colocó las flechas tiradas y sobre ellas colocó más regalos.

Se dirigió hacia su campamento, escuchó que lo seguían, miro hacia la selva pero no vio nada. Les gritó algo que creía que en su dialecto significaba “venga”, después descubrió que no era así. Al escuchar eso los motilones corrieron bruscamente.

Olson corrió enojado, entre las matas y llanas, había desperdiciado el encuentro, ya no volverían. Enojado tomó el hacha y comenzó a hachar un árbol para hacerse una balsa y así irse flotando por el río, luego hacho otro y otro.

En ese momento alzó la vista y ahí estaban seis motilonos apuntándolo con sus arcos y flechas, se escondió, tiró el hacha y salió con las manos abiertas para que supieran que no tenía armas. Aflojaron la tensión de los arcos, se le acercó uno. Olson le sonrió con la esperanza de que lo reconociera, ya que él era el motilón que lo había protegido y alimentado, le devolvió la sonrisa, les habló a los otros y bajaron los arcos.

Cuando llegó al hogar comunitario causó gran conmoción, todos se acercaron, lo tocaban, les extrañaba el vello de los brazos y piernas, ellos eran lampiños. Tiraban de su camisa y de los pantalones, para averiguar si era parte del cuerpo. Ellos se reían mientras lo hacían, dolía todos los tirones pero comenzó a reírse con ellos.

Esa noche le dieron de comer y una hamaca para dormir. En la noche escuchaba el silbante idioma de los motilonos, pronto los entendería.....

Pasaron muchas cosas, algunas agradables otras no tanto. Él encontró el amigo hermano que necesitaba, y a la vez murió a causa de Cristo. Toda la tribu conoció y aceptó a Jesús en sus corazones, tradujo el Nuevo Testamento en el dialecto motilón...

Una de las cosas que rescato es que Bruce Olson a pesar de no seguir con los reglamentos establecidos por la iglesia, realizó la tarea que le fue encomendada. Dios obra de manera diferente y maravillosa.

Posiblemente muchos deban depender de una organización que los apoye, y quizás sea conveniente, la tarea sea más fácil y rápida... pero en definitiva es Dios quien decide como y cuando se hace. Sólo hay que escuchar que nos dice a cada uno.

Thomas Bridges

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/11/thomas-bridges.html>

Nació en la ciudad de Lenton, Nottingham (Inglaterra) en el año 1842. Con tan sólo 13 años de edad se traslada con su padre adoptivo G.P. Despard a las Islas Malvinas y desde allí emprenden viajes regulares al canal de Beagle.

Un año más tarde llevan los primeros yahganes a las Islas y aprovechan el contacto con ellos para aprender su idioma. Este hecho le permitió al reverendo Bridges -en ocasión del viaje del Perdón desarrollado en el año 1863- hablar en la misma lengua de los nativos, ganándose su confianza.

En 1871 efectuó el primer bautismo en la Isla: el hijo de los señores Lewis, nacido en Malvinas, con el nombre de Frank Ooshooia Lewis. Ese mismo año, el 30 de septiembre de 1871 él, su mujer Mary Ann Varder y su hija Mary de nueve meses, se asentaron en la Isla, transformándose en los primeros blancos en hacerlo.

El 6 de noviembre de 1871 se realiza el primer matrimonio en Tierra del Fuego, entre dos nativos, y su ceremonia fue conducida por el reverendo Bridges.

Al año siguiente, el 18 de junio, nace el primer niño blanco en la Isla, Thomas Despard Bridges. En esta época había tan sólo 7 habitantes blancos y ningún médico. Mientras que la primera mujer blanca nació en 1879 y se llamó Bertha M. Bridges (de Reynolds).

En junio de 1884 Thomas Bridges levanta un censo de los yahganes; 273 hombres, 314 mujeres y 413 niños. Total: 1000 personas. Un año después se construye la primera escuela en la misión anglicana.

En 1886 Bridges realiza un nuevo censo, el que da por resultado 397 yahganes en todo el archipiélago (entre octubre y diciembre de 1884 había habido una gran epidemia de sarampión, por la cual mueren la mitad de los yahganes). Nuevas epidemias de escrófula, neumonía y tuberculosis diezman a la población.

Ese año, el 29 de septiembre, Thomas Bridges deja la misión y se hace ciudadano argentino. El presidente Roca, en nombre del gobierno y en agradecimiento por toda su labor con los nativos y náufragos le obsequia tierras, fundándose la primera estancia de la Isla: Haberton.

A los 56 años de edad, Bridges muere en Buenos Aires el **15 de julio de 1898**.

CUESTIONARIO #4

1. ¿Cómo murió Jim Elliot?

- A lanzazos por los aucas
- Por fiebre amarilla
- Por vejez en Ecuador

2. ¿Cuántos murieron con Jim Elliot?

- Nadie
- Cuatro hombres
- Cinco hombres

3. ¿De cuál tribu indígena fue misionero Bruce Olson por diez años?

- Los Yukos
- Los aucas
- Los motilones

4. ¿Cuántos idiomas hablaba Bruce Olson?

- 15 idiomas
- 30 idiomas
- 3 idiomas

5. ¿Quién fue el pionero en la traducción de idiomas de tribus indígenas?

- Jim Elliot
- Bruce Olson
- Sanders

6. ¿Cuáles fueron los primeros indígenas en conocer Bruce Olson?

- Los Yukos
- Los aucas
- Los motilones

7. ¿Quiénes fueron los primeros blancos en vivir en las Islas Malvinas?

- Familia Olson
- Familia Bridges
- Familia Elliot

8. ¿Cómo se llama el primer niño blanco que nació en las Islas Malvinas?

- G.P Despard
- Frank Ooshooia Lewis
- Thomas Despard Bridges

9. ¿Quién fue la primer mujer blanca que nació en las Islas Malvinas?

- Bertha M. Bridges
- Mary Ann Varder
- Sra. Lewis

10. ¿Con quienes fue que trabajó Thomas Bridges?

- Los aucas
- Los yahganes
- Los motilones

Módulo 5

Misioneros en Norteamérica

Instrucciones:

1. Lea las siguientes lecturas:
 - David Brainerd
 - Melinda Rakin
2. Realice el cuestionario 5.

David Brainerd

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2006/10/david-brainerd.html>

David Brainerd nació el 20 de abril de 1718 en Haddam, Connecticut, Estados Unidos. Murió de tuberculosis a la edad de 29 años, el 9 de octubre de 1747.

Ezequías, el padre de Brainerd, era un legislador de Connecticut y murió cuando David tenía nueve años. Él había sido un puritano riguroso. La madre de Brainerd, una mujer también piadosa, murió cuando él tenía 14 años.

Había una rara tendencia a la debilidad y a la depresión en la familia. No sólo los padres murieron tempranamente; también los hijos. Nehemías murió a los 32, Israel a los 23, Jerusha a los 34, y él mismo a los 29. Así, al sufrir la pérdida de ambos padres, como un niño sensible, heredó una cierta tendencia a la depresión.

En su corta vida padeció a menudo negros abatimientos. Él mismo dice al principio de su diario: *«Yo era en mi juventud inclinado más bien a la melancolía»*. Cuando su madre murió, se fue a vivir con su hermana casada, Jerusha. Él describió su fe durante estos años como muy celosa y seria, pero no teniendo verdadera gracia. Cuando cumplió 19, heredó una granja y trabajó en ella durante un año. Pero su corazón no estaba allí. Él anhelaba ‘una educación liberal’.

Intenta prepararse para el ministerio

Así que empezó a prepararse para entrar a la Universidad de Yale. En el verano de 1738, tenía veinte años, y se había ofrecido a Dios para entrar en el ministerio. Pero aún no era convertido. Leyó la Biblia dos veces en ese tiempo, y empezó a percibir que toda su religión era legalista y totalmente basada en sus propios esfuerzos. Dentro de su alma, contendía con Dios; se rebelaba contra el pecado original, contra la estrictez de la ley divina y contra la soberanía de Dios.

Reñía con el hecho de que no había nada que él pudiera hacer en sus propias fuerzas para consagrarse a Dios. *«Todas mis buenas apariencias no eran sino justicia propia, no estaban basadas en un deseo por la gloria de Dios; en mis oraciones, no había amor o consideración hacia él»*.

Pero entonces sucedió el milagro de su nuevo nacimiento. Tenía 21 años de edad. Dos meses después, entró en Yale a prepararse para el ministerio. En principio fue duro. Había relajo en las clases superiores, poca espiritualidad, estudios difíciles, y él contrajo sarampión, así que tuvo que volver a casa por varias semanas durante su primer año. Al año siguiente, le enviaron a casa porque estaba tan enfermo que escupía sangre. Por ese tiempo escribía: *«Por la tarde mi dolor aumentó terriblemente, y tuve que permanecer en cama. A veces casi perdía la razón por lo extremado del dolor»*.

Cuando regresó a Yale en 1740, el clima espiritual había sufrido un cambio radical. George Whitefield había estado allí, y ahora muchos estudiantes eran muy serios en su fe. Pero surgieron tensiones entre los estudiantes entusiastas y la fría Facultad. En 1741, la visita de unos predicadores de avivamiento sopló aún más las llamas del descontento.

Jonathan Edwards fue invitado a predicar a comienzos de 1741, con la esperanza de que él aplacaría un poco los ánimos y apoyaría a la Facultad. Algunas autoridades incluso

habían sido tildadas de ‘inconversas’. Edwards defraudó a las autoridades de la Facultad al declarar que el despertar era genuino. Brainerd estuvo entre la multitud que oyó a Edwards.

Esa misma mañana, las autoridades habían anunciado que cualquier estudiante que, directa o indirectamente, tildase al Rector u otra autoridad, de hipócrita, carnal o inconverso, debía en primera instancia hacer confesión pública de su ofensa, y en caso de reincidencia, ser expulsado.

En 1742 Brainerd estaba académicamente en la cima, cuando alguien le oyó por casualidad decir de uno de los tutores que tenía «menos gracia que una silla», y que él se maravillaba cómo el Rector no caía muerto al castigar a los estudiantes por su celo cristiano.

Inmediatamente fue expulsado. Esto le afectó profundamente.

En los años siguientes, intentó una y otra vez volver; muchos vinieron en su ayuda, pero todo fue en vano. Dios tenía otro plan para él. En lugar de unos años reposados en el pastorado o el salón de lectura, Dios quiso llevarlo al desierto, para que sufriese por Su causa y produjese un impacto incalculable en la historia de las misiones.

Antes de esto, Brainerd nunca había pensado ser un misionero a los indios. Pero ahora tuvo que replantear su vida entera. Una ley estadual, recientemente promulgada, señalaba que ningún ministro podía establecerse en Connecticut si no era graduado de Harvard, Yale o una Universidad europea. Así que él se sentía despojado de su llamamiento.

Una palabra ociosa, hablada de prisa, y la vida de Brainerd pareció caer en pedazos ante sus ojos. Pero Dios sabía lo que era mejor, y Brainerd llegó a aceptarlo. De hecho, sin la influencia de Brainerd tal vez el movimiento misionero moderno no hubiera tenido lugar; y esto no hubiera ocurrido si él hubiese obtenido en Yale su acreditación de ministro.

En el verano de 1742, un grupo de ministros simpatizantes del Gran Avivamiento aprobó su examen y autorizó a Brainerd para ir como misionero a los indios. Más tarde, cuando ya estaba claro del verdadero llamamiento de Dios, habría de rechazar varias invitaciones para hacerse pastor, y seguir una vida mucho más fácil y estable. La carga y el llamamiento eran superiores: «Yo no podía tener libertad para pensar en ninguna otra circunstancia o asunto en la vida: Todo mi deseo era la conversión de los paganos, y toda mi esperanza estaba en Dios, y él no me permitía agradarme o confortarme con la esperanza de ver a mis amigos, de volver a mis queridos conocidos, o disfrutar los consuelos mundanos».

Su labor como misionero

Como misionero, su primera asignación fueron los indios Housatonic en Kaunaumeeck, en Massachussets. Llegó en abril de 1743 y predicó durante un año, usando un intérprete e intentando aprender el idioma.

Brainerd describe así su primera estadía en ese lugar en 1743: «Vivo con muy pocas comodidades: mi dieta consiste en maíz hervido y comida rápida. Duermo en un

colchón de paja, mi labor es sumamente difícil; y tengo poca experiencia de éxito para confortarme ... En esta debilidad corporal, no soy poco afligido por la necesidad de comida apropiada. No tengo pan, ni puedo conseguirlo. Es forzoso viajar diez o quince millas para conseguir pan; y a veces se pone mohoso y se agría antes de que lo coma, si consigo una cantidad considerable ... Pero por la bondad divina tengo alguna comida india de la que hago pequeños pasteles. Aún me siento contento con mis circunstancias, y dulcemente resignado a Dios».

Frecuentemente se perdía en los bosques. Su cabalgadura le era robada, o envenenada, o se le accidentaba. El humo del fogón hacía a menudo el cuarto intolerable a sus pulmones y tenía que salir al frío para recuperar su respiración, y entonces no podía dormir en toda la noche. Pero la lucha con penalidades externas, tan grande como era, no era su peor forcejeo. Él tenía una resignación asombrosa y aun parece que descansaba en muchas de estas circunstancias.

Él supo donde ellas encajaban en su acercamiento Bíblico a la vida: «Tales fatigas y penalidades sirven para desarraigarme más de la tierra; y, confío, me harán el cielo mucho más dulce. Al principio, cuando me exponía al frío o la lluvia, me consolaba con los pensamientos de disfrutar una casa cómoda, un fuego caluroso, y otros consuelos exteriores; pero ahora éstos tienen menos lugar en mi corazón (a través de la gracia de Dios) y miro más al consuelo de Dios. En este mundo espero tribulación; y ya no me parece extraño; me consuela pensar que podría ser peor; cuántas pruebas mayores han soportado otros hijos de Dios, y cuánto más se reserva todavía quizás para mí. Bendito sea Dios, él es mi consuelo en mis pruebas más agudas; pues ellas son asistidas frecuentemente con gran alegría».

Uno de los mayores dolores en ese tiempo era la soledad. Él cuenta cómo tenía que soportar la charla profana de los extraños: «¡Cuánto anhelaba que algún amado cristiano conociera mi dolor! La mayoría de las charlas que oigo son de escoceses o de indios. No tengo un compañero cristiano con quien desahogar mi corazón y compartir mis dolores espirituales, a quien pedir consejo conversando sobre las cosas celestiales, y con quien orar».

La cruz debía operar todavía fuertemente en el alma de Brainerd, y la prueba de fuego llegó el 14 de septiembre de 1743. Su Diario lo registra así: «Hoy hubiera obtenido mi título (hoy es el día de la graduación), pero Dios ha tenido a bien impedírmelo. Aunque temía que me abrumara de perplejidad e incertidumbre al ver a mis compañeros graduarse, Dios me ha ayudado a decir con calma y resignación: «Sea hecha la voluntad del Señor» Ciertamente, mediante la gracia de Dios, casi puedo decir que no había tenido tanta paz espiritual por mucho tiempo».

Poco después inició una escuela para niños indios y tradujo algunos de los Salmos. Luego fue reasignado a los indios a lo largo del río Delaware. En mayo de 1744 se estableció al noreste de Belén, Pennsylvania. Predicó durante un año en Delaware, y en 1745 hizo su primera gira de predicación a los indios de Crossweeksung, Nueva Jersey.

En este lugar, Dios manifestó un poder asombroso y trajo un despertar y bendición a los indios. Allí llegó el dulce amanecer después de una larga y oscura noche. Las escenas descritas por Brainerd en su Diario dan cuenta de una genuina obra del Espíritu Santo entre esos paganos: «Por la mañana platiqué con los indios en la casa en que estábamos

alojados. Muchos de ellos estaban muy conmovidos y se les veía en gran manera emocionados, de modo que una pocas palabras daban lugar a que las lágrimas corrieran libremente, y producían muchos sollozos».

Al día siguiente escribe: «Prediqué sobre Isaías 53:3-10. Hubo una notable influencia que siguió a la exposición de la Palabra, y una gran emoción en la asamblea ... muchos estaban conmovidos; algunos ni podían estar sentados, sino que estaban echados en el suelo, como si se les hubiera atravesado el corazón, clamando incesantemente misericordia. ¡Era muy emocionante ver a los pobres indios, que unos días antes estaban vitoreando y gritando en sus fiestas idólatras y sus embriagueces, clamando ahora a Dios con una importunidad tal para ser acogidos por su querido Hijo!».

Al cabo de un año, había 130 personas en esa creciente asamblea de creyentes. Brainerd escribía el 19 de junio de 1746: «Hoy se completa un año desde la primera vez que prediqué a estos indios de Nueva Jersey. ¡Qué cosas tan asombrosas ha hecho Dios en este período de tiempo para esta pobre gente! ¡Qué cambio tan sorprendente aparece en su carácter y su conducta!».

¿Cuál era la clave del éxito de Brainerd con los indios? El amor. Si el amor es conocido por el sacrificio, entonces Brainerd amó. Pero si también es conocido por la compasión entonces Brainerd se esforzó en amar aún más. A veces él se fundió en amor.

«Siento compasión por las almas, y lamento no tener aún más. Siento mucho más bondad, mansedumbre, ternura y amor hacia toda la humanidad, que nunca ...». «Sentí mucha dulzura y ternura en la oración, mi alma entera parecía amar a mis peores enemigos, y me fue permitido orar por aquéllos que son extraños y enemigos a Dios con un gran suavidad y fervor ...». «Sentí el calor que viene de Dios después de mi oración, sobre todo en la mañana, mientras iba cabalgando. Por la tarde, pude ayudar llorando a Dios por esos pobres indios; y después que me acosté, mi corazón continuó yendo a Dios por ellos. ¡Oh, bendito sea Dios que puedo orar!».

Pero otras veces se sentía vacío de afecto o compasión por ellos. Él se culpa por predicar a las almas inmortales con tan poco ardor y con tan poco deseo por su salvación. Él amaba, pero anhelaba amar aún más.

Enfermedad y sufrimientos

Toda la comunidad cristiana se trasladó de Crossweeksung a Cran-berry en mayo de 1746, para tener su propia tierra y pueblo. Brainerd permaneció con ellos hasta que estuvo demasiado enfermo para ministrar. En agosto de ese año escribía: «Habiendo tenido sudor frío toda la noche, tosí mucha materia sangrienta esta mañana, y estuve en gran desorden de cuerpo, y no poca melancolía». Y en septiembre: «Ejercitado con una tos violenta y una fiebre considerable, no tenía apetito de ningún tipo de comida; y frecuentemente devolvía lo comido, aun sobre mi propia cama, por causa de los dolores en mi pecho y espalda. Era capaz, sin embargo, de cabalgar por el pueblo unas dos millas, todos los días, y cuidar de aquéllos que estaban construyendo una pequeña vivienda para mí entre los indios».

A menudo su agonía le hacía odiar su propia maldad interior. «Siento en mi alma que el infierno de corrupción todavía permanece en mí». A veces, este sentido de indignidad era tan intenso que se sentía expulsado de la presencia de Dios. Él llamaba a menudo su

depresión un tipo de muerte. Hay por lo menos 22 lugares en el Diario donde él anhelaba la muerte como una libertad de su miseria.

A los sufrimientos físicos se añadía su propensión natural a la melancolía y la depresión. Lo que más lo afectaba era que su dolor mental impedía su ministerio y su devoción. A veces él quedaba simplemente inmovilizado por los dolores y ya no podía trabajar. «Pocas veces he estado tan confundido sintiendo mi propia esterilidad e ineptitud en mi trabajo, que ahora. ¡Oh, qué muerto, desalentado, yermo, improductivo me veo ahora! Mi espíritu está abatido, y mi fuerza corporal tan agotada, que no puedo hacer nada en absoluto».

Es asombroso cómo a menudo Brainerd siguió adelante con las necesidades prácticas de su trabajo a pesar de estas olas de desaliento.

En noviembre de 1746 Brainerd dejó Cranberry para pasar cuatro meses tratando de recuperarse en Elizabethtown. En marzo de 1747, Brainerd hizo una última visita a sus amigos indios y entonces viajó a casa de **Jonathan Edwards** en Northampton, Massachussets. Estando allí, en el mes de mayo de 1747, los doctores le dijeron que su mal era incurable y que no viviría mucho tiempo. En los últimos dos meses de su vida el sufrimiento era increíble.

«Fue el más grande dolor que haya soportado jamás, teniendo un tipo raro de hipo que me estrangulaba y me hacía vomitar». Edwards comenta que en la semana anterior a su muerte «me decía que era imposible concebir el dolor que sentía en su pecho. Manifestaba mucha preocupación para no deshonorar a Dios manifestando impaciencia bajo su extrema agonía; su dolor era tal que decía que el pensamiento de soportarlo un minuto más era casi insoportable. Y la noche antes de que él muriera dijo a quienes le acompañaban que morir se era cosa muy distinta a lo que las personas imaginaban».

Lo que impacta al lector de estos diarios no es sólo la severidad de los sufrimientos de Brainerd, sino sobre todo cuán implacable y constante era la enfermedad. Casi siempre estaba allí.

Brainerd estuvo solo gran parte de su ministerio. Sólo las últimas 19 semanas de su vida parecen haber estado endulzadas por la compañía de la delicada hija de Edwards, Jerusha, de 17 años, quien fue su fiel enfermera. Muchos especulan que hubo un profundo amor entre ellos, e, incluso un compromiso matrimonial. Pero lo cierto es que durante su ministerio él estuvo muy solo, y solamente podía derramar su alma delante de Dios. Pero Dios lo sostuvo y lo guardó en su camino.

Brainerd murió el 9 de octubre de 1747. Fue una corta vida, pero cuán fructífera: sólo veintinueve años; ocho de ellos como creyente, y sólo cuatro como misionero.

Ahora, ¿por qué la vida de Brainerd ha tenido tal impacto? Una razón obvia es que Jonathan Edwards tomó su Diario y lo publicó como 'La vida de Brainerd' en 1749. Pero, ¿por qué este libro nunca ha dejado de imprimirse? ¿Por qué John Wesley dijo: «Todo predicador debe leer cuidadosamente 'La vida de Brainerd'»? ¿Por qué William Carey y Edwards consideraron 'La Vida de Brainerd' como un texto sagrado? Gideon Hawley, otro misionero, habló por muchos cuando escribió sobre sus esfuerzos como misionero en 1753: «Necesito grandemente algo más que humano para sostenerme. Leo

mi Biblia y 'La vida de Brainerd', los únicos libros que traje conmigo, y de ellos obtengo mi apoyo».

¿Por qué ha tenido esta vida semejante impacto? La respuesta es que la vida de Brainerd es un testimonio real, poderoso de la verdad de que Dios puede y usa hombres débiles, enfermos, desalentados, abatidos, solitarios; santos que se esfuerzan, que claman a él día y noche, para lograr cosas asombrosas para su gloria.

La clave de su ministerio

Una de las razones por la cual la vida de Brainerd tiene tan poderosos efectos es que, a pesar de todos sus conflictos y cruel enfermedad, él nunca dejó su fe o su servicio. Le consumía la pasión por terminar su carrera y honrar a su Maestro, extender el reino y avanzar en la santidad personal.

Brainerd llamaba a su pasión por más santidad y más utilidad una clase de 'grato dolor'. «Cuando realmente disfruto a Dios, siento más insaciable mi anhelo de él, y más inextinguible mi sed de santidad... ¡Oh, más santidad! ¡Oh, más de Dios en mi alma! ¡Oh, este grato dolor! Hace mi alma apurarse en pos de Dios... Oh, que yo no me rezague en mi carrera celestial!». Él hizo suya la advertencia apostólica: «...aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Efesios 5:16) Asumió el consejo: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gál. 6:9) Él se esforzó por ser, como Pablo dice, «...creciendo en la obra del Señor» (1 Cor. 15:58).

«¡Oh, yo anhelaba llenar todos los momentos restantes para Dios! Sin embargo, mi cuerpo estaba tan débil y cansado; y yo quería estar toda la noche haciendo algo para Dios. A Dios el dador de estos refrigerios, sea gloria por siempre ...». «Mi alma fue refrescada y confortada, y yo no pude sino bendecir a Dios que me había habilitado en buena medida para ser fiel en el día pasado. ¡Oh, cuán dulce es ser gastado y usado por Dios!»

Entre los medios que Brainerd usó para buscar mayor santidad y utilidad, la oración y el ayuno fueron fundamentales. Leemos de él que pasaba días enteros en oración, u orando frecuentemente, a veces buscando una familia o un amigo para orar con ellos. Oraba para su propia santificación, oraba por la conversión y pureza de sus indios; oraba por el avance del reino de Cristo alrededor del mundo y sobre todo en América.

Una vez, visitando una casa de amigos, oró largamente con ellos: «Continué luchando con Dios en oración por mi querida manada pequeña; y sobre todo por los indios; así como por mis amados amigos en un lugar y otro; hasta que fue tiempo de ir a la cama, por no incomodar a la familia, ¡pero qué desagrado encontraba en consumir tiempo en el sueño!».

Y junto con la oración, Brainerd seguía la santidad y la utilidad de su servicio con el ayuno. Una y otra vez en su Diario cuenta de días ocupados ayunando. Ayunaba por guía cuando estaba perplejo sobre los próximos pasos de su ministerio. O simplemente ayunaba con la profunda esperanza de avanzar en su propia profundidad espiritual y utilidad para llevar vida a los indios. Cuando agonizaba en la casa de Edwards exhortaba a los ministros jóvenes que le visitaban a comprometerse en días frecuentes de oración y ayuno, por lo útil que esto era. Asimismo, Brainerd ocupaba tiempo en el

estudio y entremezclaba estas tres cosas. «Gasté gran parte del día escribiendo; pero entrelazaba la oración con mis estudios ...». «He ocupado este día en la oración, la lectura y en escribir; y disfruté alguna ayuda, sobre todo corrigiendo algunas ideas en cierto asunto». Siempre estaba escribiendo y pensando sobre temas espirituales.

La vida de Brainerd es una larga tensión agónica para redimir el tiempo, no cansarse en hacer el bien y crecer en la obra del Señor. Y lo que hace su vida tan poderosa es que él avanzó en esta pasión bajo los inmensos esfuerzos y penalidades que tuvo.

El legado de Brainerd

El legado de Brainerd lo recibió primera y directamente Jonathan Edwards, el gran pastor y teólogo de Northampton: «(Reconozco) con gratitud la graciosa dispensación de la Providencia para mí y mi familia permitiendo que él viniese a mi casa en su última enfermedad, y muriese aquí: para que nosotros tuviéramos oportunidad de conocerle y compartir con él, para mostrarle ternura en tales circunstancias, y para ver su conducta, oír sus discursos finales, recibir sus consejos, y para tener el beneficio de sus oraciones antes de morir».

Edwards dijo esto aun cuando debe haber sabido que el hecho de tener a Brainerd en su casa con esa enfermedad terrible costó la vida a su hija. Jerusha había cuidado a Brainerd durante las últimas semanas de su vida, y meses después que él murió, ella murió del mismo mal.

Como resultado del inmenso impacto de la ‘La vida de Brainerd’, escrita por Edwards, muchos misioneros famosos que testifican haber sido sostenidos e inspirados por la vida de Brainerd. Cuando Guillermo Carey leyó la historia de su vida consagró su vida al servicio de Cristo en las tinieblas de la India. Roberto McCheyne leyó su diario de vida y pasó su vida sirviendo entre los judíos. Enrique Martyn leyó su biografía y se entregó por completo para consumirse en un período de seis años y medio en el servicio de su Maestro en Persia. Andrew Murray solía decir del Diario de Brainerd: «¡Cómo estos ejemplos reprochan la falta de oración y la tibieza de la mayoría de las vidas cristianas!». Y recomendaba su lectura diciendo que sólo tres de sus páginas bastaban para influenciar positivamente a cualquier siervo de Dios.

¡Una vida tan joven, y tan hermosamente sacrificada en honor del Maestro! Lo que David Brainerd escribió a su hermano, Israel, es para todos los cristianos de cualquier época un desafío: «Digo, ahora que estoy muriendo, que ni por todo lo que hay en el mundo habría yo vivido mi vida de otra manera».

Melinda Rankin

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2007/05/melinda-rankin.html>

Melinda Rankin, miembro de la Iglesia Presbiteriana, había nacido el 21 de marzo de 1811 en Littleton, New Hampshire, Estados Unidos. Se graduó como **maestra**, profesión que desempeñara desde muy jovencita.

Hacia 1847 se trasladó a Kentucky y estableció una escuela en la que trabajó durante dos años antes de encaminarse tras los pasos de su vocación a Texas. Para ese entonces, Melinda ya contaba con unos veintiocho años. Era tiempo de guerra y la vida era difícil.

Cuando terminó la guerra con México, los soldados que regresaban contaban de las personas ignorantes dominadas por los sacerdotes. La señorita Rankin sintió una carga enorme por esta gente. Escribió para periódicos y de esta manera intentó interesar a las Iglesias Protestantes y Sociedades Misioneras. Nadie parecía estar listo para ir al campo. Por fin ella dijo: **“Iré yo misma.”**

Pero México, por ese entonces era virtualmente un estado sin leyes. La señorita Rankin no podía ir allí. En cambio se estableció cerca de Brownsville, Texas, sobre el Río Grande, justamente en la ribera opuesta de Matamoros, México. Corría el año 1852. No pudo hallar una casa. Otras mujeres se habrían desalentado, pero no así Melinda. Al fin, luego de mucho buscar, apenas si consiguió que le alquilaran dos habitaciones, una que usaría como vivienda y otra para su escuelita.

Fue admirable que muchas niñas mexicanas asistieran a la escuelita de la señorita Rankin el primer día de clase.

Cierto día, una señora vino pidiendo cambiar un “santo” por una Biblia. Entonces la señorita Rankin le dio dos Biblias, una de las cuales había de llevar para una amiga de México. Esta fue la primera Biblia que pudo cruzar la frontera. **Con la ayuda de la Sociedad Bíblica Americana, pudo enviarse centenares de ejemplares a México.**

Muchos mexicanos llamaban a su puerta, suplicando que les diese un ejemplar del Libro de Dios.

Cuando estalló la guerra civil en Estados Unidos, Melinda Rankin se vio obligada a salir de Texas, debido a que ella era simpatizante de la Unión y en ese tiempo los confederados habían tomado el lugar (1862).

Regresó en 1864, cuando los unionistas retomaron Brownsville. Pero solo estuvo un breve tiempo, ya que fue forzada a huir a New Orleans cuando los confederados otra vez recapturaron la ciudad.

De allí inmediatamente se trasladó a Monterrey.

Pero las cosas se pusieron difíciles y muy peligrosas ni bien pasó la frontera, ya que se la rechazó de casa en casa. La persecución del clero católico que dominaba todo México la obligó a huídas y traslados frecuentes.

Así y todo, y después de arriesgarlo todo, aún su integridad física y la propia vida, pudo establecer la primera misión protestante en 1866. El número de convertidos se multiplicó y estos nuevos creyentes iban de casa en casa ansiosos por contarles a otros la historia que habían conocido.

1871 fue un año de muchos disturbios y batallas, pero ella logró salir ilesa. Cuando se retiró, la Iglesia que ella organizó contaba con ciento sesenta miembros mexicanos.

Parte de su obra y pensamiento se descubren en dos de sus libros: *Texas in 1850* publicado en 1850, y *Twenty Years Among the Mexicans, A Narrative of Missionary Labor*, publicado en 1875.

Ella fue quien dijo: ***“la palabra desaliento no se encuentra en el diccionario del Reino de los Cielos”***. Como Esther, una de sus inspiradoras, Melinda Rankin estuvo dispuesta a sacrificar sus comodidades y placeres a fin de poder ayudar a otros.

Melinda Rankin falleció en Bloomington, Illinois, el 6 de Diciembre de 1888.

CUESTIONARIO#5

Asocie el misionero con sus aportes según la lectura de este módulo.

- | | |
|-------------------|--|
| 1. David Brainerd | <input type="checkbox"/> Indios Housatonic |
| 2. Melinda Rakin | <input type="checkbox"/> Enseñó a niñas mexicanas |
| | <input type="checkbox"/> Escuela para niños indios |
| | <input type="checkbox"/> Primera Biblia en cruzar la frontera mexicana |
| | <input type="checkbox"/> Tradujo algunos salmos |
| | <input type="checkbox"/> Padecía de depresión |
| | <input type="checkbox"/> Envío centenares de ejemplares de la Biblia |
| | <input type="checkbox"/> Dijo: “Grato dolor” |
| | <input type="checkbox"/> Persecución del clero católico |
| | <input type="checkbox"/> Establece la primera misión protestante |

Módulo 6

Misioneros en otros lugares de América

Instrucciones:

1. Lea las siguientes lecturas:
 - Cameron Towsand
 - Guillermo Knibb
2. Realice el cuestionario 6.

Cameron Townsend: **Impulsor de la investigación lingüística entre los grupos minoritarios y defensor de su dignidad cultural**

Tomado de: <http://www.proel.org/traductores/cameron.htm>

"Desde hace muchos siglos no ha habido un hombre como Guillermo C. Townsend, quien aspiró a realizar tantas cosas, y vio tantos sueños suyos realizados durante su vida", declaró el Dr. Kenneth L. Pike, nominado al Premio Nóbel de la Paz. Los llamó "sueños", pero en realidad eran más bien intenciones decididas. Uno de los objetivos de Townsend era fomentar el estudio de cada idioma minoritario que en el mundo todavía no hubiera sido analizado ni puesto bajo forma escrita. Otro objetivo era facultar a todas las personas, dondequiera que estuvieran, para establecer y controlar su propia identidad étnica. Townsend pudo ver un progreso tremendo hacia el logro de las dos metas durante su vida. Lo que sigue es sólo un pequeño vistazo de esta historia.

En cuanto al primer "sueño", el Instituto Lingüístico de Verano (ILV), que Townsend fundó, ha realizado, en la última mitad del siglo veinte, publicaciones académicas que describen y analizan 1,724 idiomas, y actualmente su personal especializado está laborando con otros 1,053 idiomas. En cuanto al segundo sueño, para Townsend de igual importancia, él y sus colegas laboraron de forma persistente con entidades locales, gubernamentales y educativas apropiadas para ayudar a que estas personas adquieran autoestima, dignidad, e identidad nacional.

No puede cuantificarse el aporte que Townsend hizo a la comunidad académica y el aliento que infundió a los miembros de pequeños grupos étnicos para entender su propia valía personal. El mundo científico y múltiples sectores de la humanidad le deben una enorme gratitud.

La vida de Townsend fue tan diversa como los programas impulsados por él y las organizaciones que fundó. Por ejemplo, insistía en que los miembros del ILV estuvieran dispuestos a servir a los demás científica, material y espiritualmente. Desde el principio de su carrera, Townsend quedó dedicado a cada una de estas tres áreas. Opinaba que no era suficiente que una persona estuviera interesada en servir a la gente a menos que tuviera la preparación científica para hacer un aporte pertinente y efectivo. Sostenía que bien era probable que el servicio, basado en el fundamento de la investigación científica, tendría un impacto más duradero que el servicio motivado por altos ideales pero sin la comprensión debida de la gente a la que se sirve.

Sostenía también que era de especial importancia realizar un estudio cuidadoso del idioma de la gente y, por medio de este idioma, obtener una perspectiva de sus metas y anhelos. Pero un estudio científico en el que el investigador se interese simplemente para recolectar datos sobre la gente estudiada, y no en ayudarlos a alcanzar sus dignas metas, puede tener cierto valor para el mundo científico, pero habrá pasado por alto los valores humanos. Townsend afirmó que el conocimiento científico debería servir como medio para proporcionar a la gente en vías de desarrollo una diversidad de opciones para mejorar su diario vivir. Adicionalmente, enseñó que a menos que una minoría pudiera adaptarse a su situación en un mundo cambiante y, con ayuda económica, aprender algo de los conocimientos adquiridos por la humanidad, esta gente podría sumirse en la apatía y la desesperación.

Townsend creía que el componente espiritual era crucial para un programa completo para los grupos minoritarios. La religión natural, definida como la búsqueda por el hombre de una explicación que integre su vida y el mundo en que vive, indica que toda persona tiene necesidades espirituales profundas e insatisfechas. Creía que un esfuerzo adecuado por servir a las comunidades donde se hablan lenguas minoritarias debía considerar esta dimensión espiritual. Puede no ser conveniente para algunos individuos o para el gobierno involucrarse en tales asuntos, pero lo es para una organización privada. Dicha organización puede dedicarse a las tareas propias de la investigación científica y al servicio práctico, y al mismo tiempo a la orientación espiritual. Este objetivo de tres facetas moldeó la carrera de Townsend.

Townsend nació en California en 1896. Cuando tenía 21 años y estudiaba en el Occidental College, sintió la necesidad de involucrarse en un trabajo espiritual con el pueblo centroamericano. Eligiendo como la norma de todos los aspectos de su vida el documento más importante de la cultura occidental, la Biblia (la base de su propia orientación espiritual), Townsend fue a América Central para poner este volumen histórico a disposición de ese pueblo. Al mezclarse muy de cerca con la gran población indígena, vio la necesidad de laborar en el plano científico y práctico junto con el espiritual. Por consiguiente, él y su esposa Elvira se instalaron entre los indígenas cakchiquel de Guatemala. Se dedicaron con tesón a la tarea de aprender este idioma que carecía de forma escrita. En 1926 Townsend publicó un análisis estructural del sistema verbal cakchiquel y por ende se convirtió en uno de los primeros hombres en tener éxito en describir el complicado sistema gramatical de un idioma vernáculo a base de su propia estructura. Antes, la mayoría de los que habían intentado analizar los idiomas indígenas americanos habían tratado de forzar sus análisis al molde del latín debido a su influencia europea. El trabajo de Townsend fue ensalzado por el catedrático Edward Sapir, uno de los grandes lingüistas en el ámbito mundial de esa época, quien enseñó que toda lengua debe describirse desde el punto de vista de su propia estructura. Parte del trabajo de Townsend sobre el sistema verbal cakchiquel fue publicada bajo el título "*Comparaciones Morfológicas entre Cakchiquel y Náhuatl*" en *Investigaciones Lingüísticas* (1937, no. 4).

Cuando Townsend se enteró de la existencia de otros idiomas de la familia maya, empezó a contemplar estudios intensivos que comparan las estructuras gramaticales y los sistemas fonológicos entre esas lenguas con el propósito de reconstruir la lengua antecedente que tuvieran en común. Posteriormente esto afectó la orientación de la labor del ILV.

Sin embargo, a medida que avanzaba con el aspecto científico del trabajo, empezó a materializar las consecuencias culturales y prácticas de su sueño. Confeccionó un alfabeto para el idioma cakchiquel adaptado tanto como fuera posible al alfabeto castellano, el idioma mayoritario. Elaboró una técnica especial para enseñar a la gente a leer, denominada "*Método Psicofonémico*", e hizo cartillas en las que incorporó su técnica. El propósito de esta innovación era enseñar a la gente a leer utilizando sólo una pequeña parte del alfabeto en las primeras lecciones y después presentar gradualmente las otras letras.

Para publicar estas cartillas Townsend estableció una pequeña imprenta. Para enseñar la lectura, instituyó campañas de alfabetización para adultos y también para niños con la

ayuda de los educadores locales. Fundó varias escuelas para niños indígenas; estableció una pequeña clínica y una cooperativa cafetalera; ayudó a construir pequeñas represas para el riego, e introdujo semillas y métodos agrícolas mejorados.

En cuanto al aspecto espiritual, Townsend y sus talentosos co-traductores del cakchiquel tradujeron con diligencia el Nuevo Testamento a su idioma, publicándolo en forma bilingüe. A medida que se formaban pequeños grupos de estudio, los cakchiquel encontraron en las páginas del Nuevo Testamento traducido a su idioma, una defensa ante la intrusión del mundo industrializado y su secularismo inevitable. Fue durante la segunda década de este tipo de labor, en 1931, que el destacado educador mexicano, el catedrático Moisés Sáenz, providencialmente se enteró del programa de tres facetas de Townsend mientras viajaba por Guatemala. Visitó las escuelas que Townsend había fundado, conversó con los niños y sus padres, vio con buenos ojos el impacto positivo en la cultura cakchiquel, e invitó a Townsend a México a realizar el mismo tipo de labor.

Las obligaciones de su labor en Guatemala no le permitieron aceptar la invitación del Dr. Sáenz en aquella época. Después, Townsend se enfermó de tuberculosis y se vio forzado a regresar a California. Pero, a medida que su salud mejoraba, hizo planes para realizar otras labores en América Latina. Fue a México a estudiar las posibilidades de emprender el programa propuesto por el Dr. Sáenz. Sin embargo, se convenció que era poco lo que un hombre solo podría realizar entre los cincuenta grupos minoritarios de México. (En la actualidad, se sabe que las 20 familias lingüísticas de México pueden abarcar desde 150 hasta 200 variantes lingüísticas.) Por eso, y pesar de la Gran Depresión en los Estados Unidos, Townsend se atrevió a iniciar una escuela de capacitación que reclutaba y preparaba a hombres y mujeres jóvenes para laborar con él. Por consiguiente, en el verano de 1934 él, junto con un joven cakchiquel y tres estudiantes, se encontraban viviendo en una granja abandonada en el estado de Arkansas. ¡Ésta fue la primera sesión del Instituto Lingüístico de Verano! Los estudiantes adquirieron experiencia en la vida primitiva y aprendieron técnicas de supervivencia en el rústico interior de las montañas Ozark. Se sentaban en barrilitos donados. La teoría lingüística utilizada en esta sesión se derivó principalmente del trabajo de Townsend sobre el idioma cakchiquel, y el joven cakchiquel constituyó una ayuda valiosa para poner en práctica la teoría presentada. Como se mencionó, tres estudiantes asistieron a la primera sesión; al siguiente año llegaron cinco. Ese año hubo clases de fonética para enseñar técnicas de reconocimiento y transcripción de sonidos previamente desconocidos y para coleccionar alfabetos que reflejaran con precisión el sistema de sonidos del idioma estudiado y, hasta donde fuera posible, asemejarse a la ortografía del idioma mayoritario. Se hicieron contrastes de las estructuras de los idiomas indígenas americanos con las de los idiomas indoeuropeos. Se formalizó el Método Psicofonémico de Townsend para la enseñanza de lectura. Se puso énfasis en una profunda comprensión de las culturas y de los pueblos minoritarios.

Ese otoño, 1935, Townsend y su esposa, Elvira, con unos cuantos estudiantes, viajaron a México para empezar su nueva labor. Los Townsends se instalaron en un diminuto pueblo de lengua y cultura náhuatl, a dos horas de viaje de la ciudad de México. Así como Sáenz había dado su apoyo entusiasta, el Dr. Mariano Silva y Aceves, ex-rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y en ese entonces Director del Instituto Mexicano de Investigación Lingüística, a su vez ayudó a Townsend en el aspecto académico del programa. El Secretario de Trabajo, el Lic. Genaro Vásquez,

intensamente interesado en un programa cultural para los indígenas, autorizó que su departamento publicara las cartillas que Townsend había preparado para enseñar a leer a los nahua-hablantes.

El Presidente de México, General Lázaro Cárdenas, se enteró de que los Townsend vivían en un pueblo náhuatl empobrecido y los visitó allí. Expresó cierto interés por los esfuerzos lingüísticos que Townsend había realizado y por las cartillas en náhuatl que había elaborado, pero estaba especialmente entusiasmado por los proyectos de ayuda práctica que los Townsend ya habían empezado. El Presidente Cárdenas rápidamente vio la necesidad de añadir esta ayuda especializada al programa educativo del gobierno en las áreas indígenas. Invitó a Townsend a que trajera todo el personal que pudiera reclutar para que estudiara las lenguas minoritarias de México y para enseñar a la gente, siguiendo el ejemplo de Townsend, especialmente en lo referente a proyectos prácticos.

Con este estímulo, los Townsend reclutaron más jóvenes en los Estados Unidos y regresaron a México el otoño siguiente, 1936, con un grupo más grande de estudiantes. En parejas, los estudiantes se diseminaron por varios pueblos apartados de México para empezar la tarea prodigiosa de aprender un idioma no escrito. Mientras tanto, en el pueblo náhuatl de Teteicingo donde laboraban los Townsend, el programa de ayuda práctica se amplió para introducir el cultivo de un huerto de naranjas y agregar clases de costura a la escuela primaria en la comunidad. Todo fue adelantado con la cooperación de los funcionarios gubernamentales impulsados por Cárdenas.

Townsend tenía un profundo respeto para con la gente entre la cual trabajó por más de sesenta años en América Latina. Le complacía estar con ellos y escuchar sus opiniones. Desde el inicio de sus labores tuvo amigos de todos los estratos sociales: conoció a 42 jefes de estado, una gran cantidad de ministros, científicos, educadores, ricos, pobres, católicos, evangélicos, comunistas. Los apreciaba y procuraba servir a todos. Fue durante una de las visitas del Presidente Cárdenas a su pueblo que un nahua-hablante dijo de Townsend: *"Nos trata igual como trata al presidente. Si el Presidente Cárdenas viene, deja su comida para conversar con él. Si uno de nosotros viene, igualmente deja su comida para conversar con nosotros"*.

Sobre la base de sus quince años de contacto con el Presidente Cárdenas, Townsend escribió una biografía del renombrado estadista. Admiraba mucho al General y creía que la historia de su vida inspiraría a muchos y fomentaría la comprensión entre las naciones. La biografía fue publicada en 1952. Después de la muerte de Cárdenas en 1970, Townsend amplió la biografía de este eminente líder mexicano, publicada en inglés y castellano. El Presidente Ramón Magsaysay, de las Filipinas, derivó el modelo de su gobierno populista de los principios encontrados en la primera edición de la biografía.

En 1944 la labor del ILV en México avanzaba bien con personal capacitado, pero en el otoño de ese año se requirió la presencia de Townsend en California por la enfermedad de su esposa y su muerte subsiguiente. Afligido, pero no incapacitado, regresó a México y comenzó a trazar planes para responder a una invitación del gobierno peruano a empezar el trabajo del ILV en ese país. En 1946 se casó con Elaine Nhelke, una ex supervisora de educación especial en Chicago, y pocas semanas después los dos guiaron a un grupo de veinte jóvenes lingüistas y personal de apoyo del ILV a iniciar el trabajo en la selva oriental del Perú, donde cuarenta grupos indígenas se encontraban

desparramados en 736,445 kilómetros cuadrados de selva. La mayoría de los pequeños pueblos era accesible sólo por río. Estas personas hablaban idiomas que nunca habían sido analizados ni contaban con una forma escrita.

Después de un viaje de reconocimiento por vía aérea y fluvial de la topografía de la zona que duró seis semanas, Townsend y sus colegas empezaron a resolver los enormes problemas logísticos que esta vasta e inhóspita zona planteaba. En primer lugar, se tenía que abrir a fuerzas en plena selva un lugar para edificar un centro de abastecimiento que también serviría como centro de estudios etnolingüísticos. Se establecieron a orillas de una laguna llamada Yarinacocha. Al principio parecía que los problemas eran insuperables, pero empezó a llegar ayuda de parte de amigos en los Estados Unidos, México y Europa. Para solucionar los problemas de transporte, grupos cívicos y amigos donaron pequeños hidroaviones para que los lingüistas pudieran volar a comunidades remotas. El más notable fue el obsequio de un hidroavión bimotor Catalina, el "Moisés Sáenz", obsequio de los amigos mexicanos al gobierno peruano para la labor del ILV. Durante veinte años este avión anfibia, honrando la memoria del educador mexicano que invitó a Townsend a su país, voló miles de kilómetros en la región amazónica del Perú.

Con la publicación de los resultados de los estudios lingüísticos del personal del ILV, el gobierno peruano, por sugerencia de Townsend, estableció un centro de capacitación en Yarinacocha para preparar a gente indígena talentosa. Los nuevos maestros enseñarían los conceptos básicos sobre la educación en sus respectivas lenguas nativas y, progresivamente, en castellano. Se utilizaron avionetas de un solo motor junto con el "Moisés Sáenz" para llevar a los futuros maestros a Yarinacocha desde los ríos aislados de la selva. Este programa continúa hasta la fecha con un director peruano y educadores peruanos que enseñan en castellano. Para los nuevos maestros, los lingüistas del ILV han constituido un puente a los idiomas vernáculos, ya que complementaban la instrucción, traduciendo las partes difíciles de las clases en castellano y algunas porciones de los textos a esas lenguas, para asegurar su comprensión. Una vez que los estudiantes quedan adecuadamente capacitados, el gobierno, a través de su nuevo sistema de educación bilingüe, creado especialmente para este fin, los nombra oficialmente como maestros de escuelas en sus respectivos pueblos, con sueldos de maestros rurales.

Otro sueño de Townsend era promover la buena voluntad en el ámbito internacional. Las donaciones de aviones fueron una manera efectiva de realizarlo. Usando su don de aliento persistente, Townsend persuadió a varios ciudadanos prominentes y a funcionarios de varias ciudades en los Estados Unidos a donar avionetas especiales de alto rendimiento y de corto despegue y aterrizaje (STOL) a varios países donde el ILV laboraba. Cada avión fue entregado al embajador del país receptor por el alcalde de la ciudad donante. Estas ceremonias fueron ocasiones para fortalecer los lazos de amistad y divulgar las metas en común.

Mientras tanto, continuaba la capacitación de jóvenes en los cursos lingüísticos. La pericia creciente de los lingüistas del campo del ILV, laborando en centenares de idiomas no escritos, llamó la atención del mundo académico. En 1942 la Universidad de Oklahoma invitó al ILV a presentar cursos en sus instalaciones como afiliado de su departamento lingüístico. En 1952, por invitación de la Universidad de North Dakota, también se ofrecieron allí los cursos de verano del ILV, y con el tiempo en la Universidad de Washington en Seattle; en la Universidad de Texas en Arlington; y en la

Universidad de Oregon. Se establecieron otros cursos del ILV en Australia, Alemania, Brasil, Canadá, Francia, Inglaterra, Japón, México, Nueva Zelanda, la República de África del Sur y Singapur. También se han establecido cursos especiales para capacitar a estudiantes naturales de la región en casi todos los países donde trabaja el ILV. Cerca de 40,000 estudiantes que representan a muchos países y organizaciones han recibido capacitación lingüística en los cursos del ILV hasta el fin del siglo XX.

El número creciente de personal lingüístico y de apoyo ha permitido que el ILV expanda su labor a muchos países. Al terminar el siglo XX el personal del ILV está compuesto por aproximadamente 5,000 miembros procedentes de más de 40 países. Más de 70 países están representados por los 1,576 idiomas estudiados por el personal del ILV. Normalmente trabajan por invitación de un gobierno, una universidad o una comunidad donde se habla una lengua minoritaria, y a menudo, en virtud de los términos de un convenio de cooperación cultural.

La más reciente base de datos bibliográficos del ILV incluye 27,373 entradas, de las cuales 21,512 se relacionan con 1,724 idiomas específicos (5,861 de las entradas son más generales y no se relacionan con ningún idioma en particular). Un poco más de la mitad de las entradas son trabajos en lengua vernáculo publicados en idiomas minoritarios para hablantes de dichos idiomas. La otra mitad son libros y artículos académicos cuya autoría se atribuye a miembros del ILV o han sido editados por ellos. En la Bibliografía del ILV se encuentran tres ítems significativos que reflejan la realización del anhelo de Townsend durante su vida: la de reconstruir familias lingüísticas. El primero es una tesis sobre proto-mixteco presentada en la Universidad de Pennsylvania por Robert Longacre. El segundo es la tesis de Sarah Gudchinsky sobre la reconstrucción del proto-popoteca, la proto-lengua que dio origen tanto al mixteco como al popoloca de México. El tercero, una tesis presentada a la Universidad de Pennsylvania por el Dr. Calvin Rensch sobre el proto-otomangue, se considera que marca un hito importantísimo en la ciencia de la lingüística comparativa.

Un erudito de quien Townsend era mentor fue el Dr. Richard S. Pittman. En 1951, continuando la visión de Townsend, publicó un modesto catálogo de las lenguas del mundo, *The Ethnologue*, que ha seguido creciendo en cantidad y calidad. En el año 2000 el ILV tiene programada la publicación de la decimocuarta edición con más de 1,000 páginas. Presenta una relación de 6,809 lenguas habladas en el mundo hoy en día. El volumen procura reunir la mejor información disponible sobre estas lenguas incluyendo información detallada como su ubicación, número de hablantes, y denominación de las variantes. Desde 1996 este volumen ha estado también en el Internet, y miles de usuarios de computadoras lo consultan, tanto eruditos como el público en general.

Townsend dictó clases sobre lingüística en las dos universidades más antiguas del hemisferio occidental: la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos del Perú. En 1966 la Universidad de San Marcos le otorgó la distinción de Doctor Honoris Causa. Además recibió condecoraciones de cinco gobiernos latinoamericanos. En 1972 Townsend fue proclamado "Benefactor de las Poblaciones Lingüísticamente Aisladas de América" por el Séptimo Congreso Indigenista Interamericano. El documento fue firmado por el Dr. Galo Plaza, Secretario General de la Organización de Estados Americanos.

Por muchos años Townsend estaba interesado en el área geográfica del Cáucaso en la entonces Unión Soviética, un territorio único en su gran diversidad lingüística. Bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, Townsend y su esposa Elaine viajaron por toda esa región así como por otras. Sus viajes comprendieron muchas visitas a instituciones educativas y lingüísticas y fueron la base para el libro de Townsend *THEY FOUND A COMMON LANGUAGE* (publicado en 1972 por Harper & Row, New York y posteriormente publicado en castellano por la Secretaría de Educación Pública de México.)

La gran experiencia de Townsend en educación bilingüe en Guatemala, México y Sudamérica, lo hizo merecedor de un amplio reconocimiento y respeto evidenciados por una invitación a presentar un discurso sobre educación bilingüe ante el Congreso de la UNESCO en octubre de 1972 en Turkmenia, Asia Central. Como consecuencia de su optimista presentación allí, el presidente de Pakistán invitó a los Townsend a visitar su país al año siguiente como huéspedes oficiales de su gobierno para asesorar a los educadores con respecto a los problemas complejos que enfrentan en ese país debido al multilingüismo.

En retrospectiva, apenas se tiene que señalar que durante su larga carrera Townsend no era de los que se sentaban en una oficina. Habitualmente estaba en el campo con los obreros al calor de los hechos. Guatemala fue su campo de acción de 1917 a 1934; México lo fue de 1935 a 1946; Perú lo fue de 1946 a 1963 -, Y Colombia de 1963 a 1968. Después de 1968 Townsend y su esposa realizaron once viajes desde su hogar en Carolina del Norte, EE. UU., a la entonces Unión Soviética.

No obstante, de una u otra manera encontró tiempo para escribir. Su inspiración procedió de su constante involucramiento en el desarrollo social. Como se ha mencionado previamente, su primer libro fue la biografía del General Lázaro Cárdenas de México, escrita en el año 1952. Este libro describe los grandes cambios sociales que tuvieron lugar durante el régimen de Cárdenas como presidente. Sus folletos, tales como "The Truth About Mexico's Oil" (1940) de 86 páginas, tratan asuntos más populares; también escribió muchos artículos para la prensa. Sus otras publicaciones se encuentran anotadas en la bibliografía presentada a continuación.

Townsend fue una combinación extraordinaria de idealista y trabajador social con los pies puestos firmemente en la tierra - una mezcla que algunas veces asombraba a sus amigos y confundía a sus oponentes. Fue exitoso a la luz de sus propósitos declarados, y esos logros le trajeron aclamación en el ámbito internacional. Pero él atribuía este éxito no a sí mismo sino al poder de Dios a quien constantemente buscaba para que lo fortaleciera, pues consideraba insignificantes los esfuerzos de un hombre cualquiera frente a las necesidades tan vastas del mundo.

Guillermo Knibb

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2007/02/guillermo-knibb.html>

La Sociedad Misionera Bautista empezó su trabajo en la isla de Jamaica en 1813, enviando a un misionero llamado Juan Rowe, que desgraciadamente murió a los pocos años. Otros tres misioneros también murieron en ese tiempo debido al clima y, sin embargo, la obra iba hacia adelante. Diez años después de la muerte de Rowe había ocho iglesias con cinco mil miembros.

El héroe del trabajo en Jamaica se llamaba Guillermo Knibb. Tomás, un hermano suyo, fue uno de los misioneros que murieron en el campo de labor. Tomás había sobrevivido solamente cuatro meses y Guillermo resolvió ir a ocupar su lugar. Su madre le dijo al despedirlo: “Preferiría saber que te has ahogado, antes de enterarme que has abandonado la causa que vas a servir”.

En 1824 salió para Jamaica. No tenía más que 21 años. Ya en el viaje pudo darse cuenta de los horrores de la esclavitud, porque su barco era uno de los llamados “negreros”, encargado de llevar esclavos a América. Desde aquel momento decidió luchar contra ese terrible mal, “el monstruo”, como él decía.

Era un gran predicador y tenía mucho éxito, especialmente entre los negros que veían en el cristianismo el único consuelo posible a sus dolores. Pero eso también tenía malas consecuencias, porque los dueños de los esclavos se sentían molestos y conseguían que el gobierno fastidiara bastante a Knibb y a los demás misioneros.

Mientras tanto, en Inglaterra, había muchos que se estaban dando cuenta que la esclavitud tenía que desaparecer y hacían mucha propaganda. El gobierno empezó a estudiar el asunto, pero se limitó a sancionar una ley prohibiendo algunos abusos. Por supuesto que en los países que estaban lejos, como Jamaica, los abusos siguieron.

Pero allí pasaron cosas peores. Los negros habían oído un rumor que la libertad iba a ser decretada el día de Navidad de 1831 y, como la ley no llegó, resolvieron rebelarse y matar a sus amos. Al día siguiente, parecieron incendios por todas partes; los esclavos robaban armas y salían a asesinar y destruir. Los blancos no se portaron mejor y, echando la culpa a los misioneros, se pusieron a incendiar templos y a apresar a los misioneros. A Knibb lo trataron muy brutalmente y estuvieron a punto de matarlo. Pero al fin, los negros fueron vencidos y las autoridades pusieron en libertad a los misioneros.

Knibb resolvió entonces ir a Inglaterra, acompañado por el misionero Tomás Burchell, para hablar a favor de sus amigos esclavos. Hablaron por todas partes, contando cosas horripilantes, que consiguieron conmover al país. Algunos miembros del gobierno se interesaron seriamente y resolvieron acabar con la esclavitud. El 1º de Agosto de 1834 se publicó una ley, dando la libertad a todos los esclavos.

Pero en Jamaica, las autoridades, aunque aceptaron la ley, la cambiaron por otra que creaba un sistema de trabajo casi igual al de la esclavitud. Si los negros no se rebelaron de nuevo fue porque esta vez los misioneros tenían mucha mayor influencia. En 1837, ya había dieciséis mil miembros repartidos en muchas Iglesias.

Knibb siguió luchando, aún a riesgo de su vida y consiguió finalmente que fuera abolido el nuevo sistema. La ley decía que, desde el 1º de Agosto de 1838, todos los negros serían completamente libres.

El 31 de Julio era el último día de la esclavitud. Catorce mil negros adultos y cinco mil niños se reunieron bajo la dirección de Knibb para esperar el gran momento. Mientras cantaban y oraban, muchos ellos lloraban de alegría.

Knibb, delante de la multitud, los dirigía a la luz de los faroles. A sus pies había un ataúd donde habían colocado un látigo, una cadena y un collar de hierro, o sea tres instrumentos que usaban sus crueles amos para maltratarlos.

En medio de un silencio impresionante, oyeron como el reloj próximo daba la primer campanada de la medianoche. Knibb de pié gritó: “¡La hora se acerca! ¡El monstruo está muriendo!”. El monstruo, es claro, era la esclavitud. A medida que sonaba la hora, repetía las mismas palabras y, cuando se oyó el último golpe, exclamó: “¡El monstruo ha muerto! ¡Enterrémoslo y que desaparezca para siempre! ¡Los negros son libres!”. Y entonces entonaron un himno de alabanza a Dios, mientras izaban la bandera inglesa para señalar que ellos también eran libres, y enterraban el ataúd, con el látigo, la cadena y el collar de hierro en una fosa que ya tenían preparada.

Así terminó la esclavitud en Jamaica, pacíficamente, gracias a la influencia de los misioneros. En Haití, una isla muy cercana, los negros derramaron mucha sangre antes de conseguir su libertad. Habían rechazado a los misioneros y no conocían el Evangelio. No tenían quien luchase por su independencia.

Knibb murió relativamente joven, a los 42 años, en 1845, y su muerte fue llorada por toda la isla. En su entierro hubo más de ocho mil personas.

CUESTIONARIO #6

1. ¿Quién fue el fundador del Instituto Lingüístico de Verano?

- Cameron Townsend Guillermo Knibb Kenneth L. Pike

2. ¿En quienes se enfocó el trabajo de Cameron Townsend?

- Cakchikel Grupos minoritarios Náhuat

3. ¿Cómo se llama el método que elaboró Cameron Townsend para enseñar a leer?

- Método Inductivo
 Método Científico
 Método Psicofonémico

4. ¿Cuántos países están representados por idiomas estudiados en el ILV?

- 70 países 5 países 100

5. ¿En cuál país fue el campo de acción de Cameron Townsend de 1917-1934?

- México Guatemala Perú

6. ¿Quién es el héroe del trabajo en Jamaica?

- Cameron Townsend Juan Rowe Guillermo Knibb

7. ¿Cuál organización misionera envió a Guillermo Knibb?

- Sociedad Misionera Bautista
 Misión al Interior de China
 Misión Latinoamericana

8. ¿En contra de qué luchó Guillermo Knibb?

- Negros Esclavitud Pecado

9. ¿Quiénes ayudaron a que la esclavitud fuera abolida por Inglaterra en Agosto de 1834?

- Negros Amos de los negros Misioneros

10. ¿Cuáles eran los tres instrumentos que usaban los amos de los negros para maltratarlos?

- látigo, cadena y collar de hierro
 Martillo, cuchillo y clavos
 Crueldad, indiferencia y discriminación

Módulo 7

Misioneros en otros lugares de Asia

Instrucciones:

1. Lea las siguientes lecturas:
 - Adoniram Judson
 - Dan Beach Bradley
2. Realice el cuestionario 7

Adoniram Judson

El Padre de los misioneros bautistas

Tomado de: <http://biografias.blogspot.com/2007/06/dan-beach-bradley.html>

Así llaman muchos a **Adoniram Judson** (1788-1850) quien además fue lingüista y traductor de la Biblia. Nacido en Massachussets en 1778 en el seno de una familia cristiana. En 1834 concluyó una traducción completa de la Biblia en idioma birmano. Durante la guerra anglo birmana, permaneció veintinueve meses en prisión. En 1845 regresó a Estados Unidos, mas en 1847 se embarcó nuevamente hacia Birmania donde trabajaría durante los últimos años de su vida en la realización de un diccionario inglés-birmano. Falleció en 1850 y su cuerpo fue entregado al mar.

Sus comienzos

Adoniram Judson nació en un hogar cristiano, en el seno de una familia congregacional. Su padre era pastor congregacional con férreas convicciones. Fue un niño precoz. A la edad de tres años dominaba la lectura como para leer fluidamente la Biblia. A los diez años, ya sabía griego y latín. Su padre lo mandó a los mejores colegios de Nueva Inglaterra, y finalmente a la Universidad de Brown, de donde egresó como el mejor alumno de su promoción.

Allí se fue convirtiendo en un ateo absoluto, circunstancia que ocultó a su familia hasta que tuvo cerca de veinte años. En ése momento decidió viajar a Nueva York para estudiar teatro.

Allí trabó amistades con vagabundos, jugadores y todo tipo de personas de baja calaña. Su distaba mucho del sueño neoyorquino, y pudo ver como sus expectativas se diluían rápidamente.

Una noche, se dirigió a Sheffield y se hospedó en la posada de un pueblito donde nunca había estado antes. La única habitación disponible estaba al lado de la de un joven que estaba muy enfermo, a punto de morir. Esa noche Adoniram no pudo dormir, escuchando los lamentos y quejas del enfermo. A la mañana siguiente, al preguntar por la salud del joven, le informaron que había muerto al amanecer. Su nombre era Jacob Eames.

El corazón de Adoniram dio un vuelco. La primera cosa que se le vino a la mente fue: *«Él no creía en Dios; él no era salvo; él está en el infierno»*. Sin darse cuenta cómo, se encontró viajando de regreso a su casa. Desde entonces todas sus dudas acerca de Dios y de la Biblia se desvanecieron. No pasó mucho tiempo después que él mismo se volvió a Dios, dedicándole su vida entera.

En el camino de Dios

Por esa época eran conocidos y muy respetados los misioneros en los países de tierras lejanas. Sus libros eran un tesoro preciado para cristianos e investigadores. Este fue el primer contacto con lo que sería una voz cada vez más fuerte al llamado ministerial. Adoniram contaría que en un día de febrero de 1810, las palabras *“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio”* se transformarían en un mensaje tan claro y fuerte como una voz audible. Ese mismo día consagró su vida respondiendo al llamado al oriente. Más lo primero que pensó fue en el Medio Oriente, en Palestina, para trabajar con los judíos. Finalmente el camino lo llevaría a Birmania.

Aún en su tierra natal, y dedicando su vida al ministerio, la llama de su amor por la vocación a la que había sido llamado, lo mantenía expectante ante la oportunidad para viajar.

A Judson se le ofreció en ese mismo tiempo un puesto en el cuerpo docente de la Universidad de Brown, invitación que él rechazó. Luego, sus padres le instaron a que aceptase hacerse pastor asociado con el Dr. Griffin en la iglesia de la calle Park, que era en ese entonces «la iglesia más grande de Boston». Pero él también lo rechazó. Y cuando su madre y hermana, con muchas lágrimas, le recordaban los peligros de una tierra pagana, contrastándolos con las comodidades del campo doméstico, volvió a verificarse la antigua escena del libro de los Hechos. *«¿Qué hacéis llorando y afligiéndome el corazón?, porque yo no sólo estoy presto a ser atado; más aún: a morir en la India por el nombre del Señor Jesús».*

«Ataría a mi hija a una casilla postal antes que dejar que se case con ese misionero», decía toda la ciudad acerca de Adoniram cuando él estaba buscando una esposa. Nunca antes una mujer norteamericana había ido a la India como misionera.

Adoniram puso sus ojos en una joven llamada Ann Hasseltine, hija de un diácono.

Ann había tenido su primera experiencia con Cristo a la edad de dieciséis años. Cierta domingo, mientras se preparaba para el culto, quedó profundamente impresionada por estas palabras: «Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta». Su vida fue repentinamente transformada. Desde entonces, todo el ardor que había demostrado en la vida mundana, ahora lo sentía en la obra de Cristo. Por algunos años antes de aceptar el llamado para ser misionera, trabajó como profesora y se esforzaba por ganar a sus alumnos para Cristo.

Seis meses antes de salir para India, Judson escribió una carta al padre de ella, pidiéndole su hija. En parte de la carta decía: *«Deseo preguntarle si usted puede consentirme partir con su hija la próxima primavera, para no verla nunca más en este mundo; si usted aprueba su ida y su sometimiento a las penalidades y sufrimientos de la vida misionera; si usted puede consentir en su exposición a los peligros del océano, a la influencia fatal del clima del sur de India; a todo tipo de necesidad y dolor; a la degradación, a los insultos, a la persecución, y quizás a una muerte violenta. ¿Puede consentir usted en todo esto, por causa de Aquel que abandonó su morada celestial, y murió por ella y por usted; por causa de las perdidas almas inmortales; por causa de Sion, y la gloria de Dios? ¿Puede usted consentir en todo esto, en la esperanza de encontrarse pronto a su hija en la gloria, con la corona de justicia, gozosa con las aclamaciones de alabanza que tributarán a su Salvador los paganos salvados –por su intermedio– del infortunio y la eterna desesperación?».*

Increíblemente, el padre dijo que ella debía decidir por sí misma. Ella escribió a su amiga Lydia Kimball: *«Me siento deseosa y expectante, si nada en la Providencia lo impide, pasar mis días en este mundo en las tierras de los paganos. Sí, Lydia, tengo la determinación de dejar todas mis comodidades y goces aquí, sacrificar mi afecto a los parientes y amigos, e ir donde Dios, en su Providencia, tenga un lugar para establecerme».* Adoniram y Ann se casaron.

Rumbo al Oriente

Se embarcaron con rumbo a la India en 1812. Su travesía duró cuatro meses. Llegaron a Calcuta en el verano de 1812, llenos de entusiasmo, para predicar el evangelio. Pero recibieron órdenes perentorias del gobierno británico de que dejaran el país inmediatamente y volvieran a América.

Triste de corazón, la pequeña compañía volvió a la Isla de Francia, admirada de que fuese tan violentamente cerrada la puerta que le había parecido tan grande y eficaz. Pero con una determinación invencible, volvieron a la India, llegando a Madras en junio del año siguiente. De nuevo fracasó su propósito y de nuevo les fue ordenado que se fuesen del país. Ellos decidieron irse a Rangún, Birmania (hoy Myanmar).

William Carey el gran misionero que por ese tiempo vivía en la India, les advirtió que no fuesen allí, pues era un país cerrado, con un despotismo anárquico, rebelión constante e intolerancia religiosa. Además, estaba el triste récord de que todos los misioneros anteriores habían muerto. Sin embargo, nada de eso hizo cambiar de opinión a Adoniram Judson.

Mientras Adoniram y Ann finalmente se establecían en su hogar en el campo misionero de Birmania, ellos se dieron cuenta que debían de aprender el idioma. En todo lugar en el cual estuvieran, en mercados, en la calle, ellos podían escuchar una lengua extraña. Con sólo escuchar uno podía desanimarse, pero los Judson determinaron que iban a aprender el idioma. Su misión era ganarles a ellos para Cristo – ¿cómo podrían hacerlo si ellos no podrían ni siquiera llevarles el mensaje de salvación? No había diccionarios, ni libros que pudiesen ayudar.

Adoniram se propuso entonces aprender el idioma y la única forma que conoció era balbuceando y señalando, como cuando un niño recién empieza a hablar. Adoniram encontró a un hombre a quien le pagaba para que les enseñase el idioma – es decir, sentarse y hablar con ellos todo el día. Finalmente decidieron preparar su propio diccionario y gramática.

La cárcel (*)

Mientras el país comenzaba a alborotarse a causa del gobierno, los Judson comenzaron a temer por sus vidas y su misión, la cual estaba empezando a crecer. Inglaterra le había declarado la guerra a Birmania.

Un día, mientras Judson trabajaba en la traducción de la Biblia al birmano, dos policías llegaron a la casa. Ellos habían visto a Adoniram entrar a un banco británico por la mañana y asumieron que él era un espía inglés. Mientras él abría la puerta, uno de los hombres dijo: «Moung Judson, usted es llamado por el Rey». Esto significaba sólo una cosa – Arresto.

A Judson lo llevaron a la cárcel, mientras que Ann fue puesta bajo custodia militar estricta.

La cárcel era imposible de describir. El hacinamiento, la sociedad y la convivencia con lo peor del estado humano, hacían de ese lugar algo terrible. Judson había sido siempre un amante de la limpieza, y eso hacía que sus sufrimientos fueran aún peores. Para estar seguros de que los presos no se escaparían, los ataron con tres cadenas en

cada pié y unos meses después agregaron otros dos pares. Este era solo uno de las formas varias de crueldad a la que eran sometidos. Era claro que no solo era encarcelamiento sino la peor de las torturas.

Mientras tanto, la señora Judson hacía todo lo que podía por ayudar a su esposo. Por intermedio del gobernador, consiguió que se le permitiese visitarlo, cosa que hizo siempre que pudo. Además la autorizó para llevarle comida y almohadas. Esto de las almohadas pasó a ser trascendental en el anecdotario de Judson. El misionero había traducido al birmano, con mucho trabajo, todo el Nuevo Testamento y, cuando fue apresado, su esposa enterró el manuscrito en el fondo de su casa. Pero llegó el otoño y en Birmania (Myanmar) llueve mucho en es época, de modo que era imposible dejarlo enterrado porque se iba a echar a perder. Entonces Judson y su esposa tuvieron una idea. Ella hizo una almohada grande y gruesa, metió adentro el Nuevo Testamento y se lo llevó a su esposo a la cárcel, que era el último lugar donde irían a buscarlo.

Poco después, la señora tuvo una niña a la que nombró María. Debido a que tenía que cuidar a la pequeña, durante unos días Ann no visitó a su esposo. Entonces los carceleros aprovecharon para molestarlo nuevamente. Entre otras cosas, le robaron su almohada, que era lo que más él quería, porque adentro estaba el Nuevo Testamento. Cuando Ann se enteró, hizo otra mucho más linda y más atractiva, y le ofreció al carcelero de cambiársela, cosa que éste aceptó con agrado.

Ann siguió visitando al gobernador para pedir por la libertad de su esposo. El gobernador “se lavaba las manos” diciendo que no podía hacer nada. Lo único que permitió fue que llevaran a Judson al patio de la prisión y lo pusieran allí, en una jaula. Era una jaula para animales, tan baja que no se podía poner de pié, pero, así y todo, era mejor que la celda llena de suciedad, inmundicias y peores “compañeros”. Además, se le permitía a Ann permanecer mucho más tiempo que el concedido a las visitas regulares a los alojados en las celdas.

Un día, estando Adoniram muy enfermo, su esposa fue a visitarlo. Pero el gobernador mandó llamarla de inmediata con la excusa de que viese un reloj que él no lograba hacer funcionar. La señora Judson no sabía que esa era la forma en la que, en un gesto de piedad, el gobernador quería evitarle el dolor de ver como trasladaban a su esposo. Al mediodía, con una temperatura que hacía hervir la arena, hicieron marchar a Judson. Él estaba con fiebre, descalzo, y sus sufrimientos eran tan grandes que casi no podía caminar; y para peor, sus piernas se habían endurecido y sus músculos atrofiados por la falta de ejercicio durante su encarcelamiento. Así hicieron más de doce kilómetros. Judson se encontraba tan debilitado que otros detenidos lo ayudaron a continuar. Otro de los presos murió en el camino.

Como estaban tan cansados, el oficial a cargo, que los llevaba, comprendió que había peligro de que murieran todos antes de llegar y, para evitarlo, los dejó dormir durante la noche y hasta les dio algo de agua y comida. Esto les permitió soportar lo que aún faltaba hasta llegar a la otra cárcel que se llamaba Cung-pen-la.

Dios protegió el manuscrito de la Biblia. Un discípulo de Judson que quería tener un recuerdo de su maestro, se llevó la almohada, sin saber que tenía adentro. Esto permitió que mucho tiempo después pudieran recuperarlo. Allí el rigor del encarcelamiento fue

aún peor. Así y todo, su esposa, que para entonces había tenido ya tres hijitos, siguió visitándolo.

El avance inglés sobre Birmania consistía un serio peligro para los detenidos. Judson era norteamericano, aún así los birmanos lo consideraban como si fuera un espía inglés. Pero para sorpresa de Judson, cierto día fue convocado para servir de traductor e intermediario entre los birmanos e ingleses. Tan pronto como estuvo fuera, corrió a su casa, ya que su esposa no lo visitaba desde hacía un tiempo. La encontró gravemente enferma. Pronto moriría.

En principio solo le dieron la libertad a medias, ya que solo podía ir a donde lo mandaran. Finalmente se firmó la paz y Judson pudo dedicarse plenamente a predicar el Evangelio y a trabajar sobre la traducción de la Biblia.

Recogiendo frutos

Seis años después de su arribo a Birmania, bautizaron a su primer convertido, **Maung Nau**. La siembra fue larga y dura. La siega aún más, durante años. Pero en 1831 había un nuevo espíritu en la tierra. Judson escribió: *«La búsqueda de Dios se está extendiendo por todas partes, a lo largo y ancho del territorio. Hemos distribuido casi 10.000 tratados, dándolos sólo a aquellos que preguntan. Muchos han venido a pedir consejo. Algunos han viajado dos o tres meses, de las fronteras de Siam y China, para decirnos: ‘Señor, hemos oído que hay un infierno eterno, y tenemos miedo de él. Dénos un escrito que nos diga cómo escapar de él’. Otros, de las fronteras de Kathay: ‘Señor, nosotros hemos visto un tratado que habla sobre un Dios eterno. ¿Es quien regala tales escritos? En ese caso, le rogamos nos dé uno, porque queremos saber la verdad antes de que muramos’. Otros, del interior del país, donde el nombre de Jesucristo es un poco conocido: ‘¿Es usted el hombre de Jesucristo? Dénos un escrito que nos hable sobre Jesucristo’».*

Durante los seis largos años que siguieron a la muerte de Ann, trabajó solo, hasta que finalmente se casó con **Sarah Hall Boardman**, la viuda de otro misionero. La nueva esposa, que gozaba los frutos de los incesantes esfuerzos que había realizado en Birmania, se mostró tan solícita y cariñosa como Ann.

Judson perseveró durante veinte años para completar la mayor contribución que se podía hacer a Birmania: la traducción de la Biblia entera a la propia lengua del pueblo. En poco tiempo, esa Biblia fue distribuida en toda Birmania. Hoy, muchos años después, todavía se usa esa misma traducción. Y los birmanos la llaman con mucha propiedad la «**Biblia Almohada**».

De vuelta en su tierra

Después de trabajar con tesón en el campo extranjero durante treinta y dos años, y para salvar la vida de Sarah, se embarcó con ella y tres de los hijos de regreso a América, su tierra natal. No obstante, en vez de mejorar de la enfermedad que sufría, ella murió durante el viaje. Fue sepultada en Santa Helena. Así llegó Judson a su tierra: solo y enlutado. Quien durante tantos años había estado ausente de su tierra, se sentía ahora desconcertado por el recibimiento que le daban en las ciudades de su país. Se sorprendió al comprobar que todas las casas se abrían para recibirlo. Grandes multitudes venían para oírlo predicar. Sin embargo, después de haber pasado treinta y dos años en Birmania, se sentía como extranjero en su propia tierra, y no quería levantarse para

hablar en público en su lengua materna. Además, sufría de los pulmones y era necesario que otro repitiese al auditorio lo que él apenas podía decir balbuceando.

Judson sólo tenía una pasión: volver y dar su vida por Birmania. Su estancia en los Estados Unidos fue breve. Duró el tiempo suficiente para dejar a sus hijos establecidos y encontrar un barco de retorno. Todo lo que quedaba de la vida que él había conocido en Nueva Inglaterra era su hermana. Ella había mantenido su cuarto exactamente como había sido 33 años antes y haría lo mismo hasta el día en que ella murió. Para asombro de todos, Judson se enamoró por tercera vez, esta vez de Emily Chubbuck, con quien se casó el 2 de junio de 1846. Ella tenía 29 años; él 57. Ella era una escritora famosa y había dejado su fama y su carrera para ir con Judson a Birmania. Llegaron en noviembre de 1846. Y Dios les dio cuatro de los años más felices que cada uno de ellos había conocido.

Los últimos destellos del otoño

En su primer aniversario, 2 de junio de 1847, ella escribió: *«Ha sido lejos el año más feliz de mi vida; y, lo que aún es a mis ojos más importante, mi marido dice que ha sido el más feliz de su vida. Yo nunca he visto otro hombre que pudiese hablar tan bien, día tras día, sobre cualquier tema, religioso, literario, científico, político, y – sobre bebés».*

Ellos tenían un hijo, pero entonces los viejos males atacaron a Adoniram por última vez. La única esperanza era enviar al enfermo en un viaje. El 3 de abril de 1850 lo llevaron al *Aristide Marie* que zarpaba hacia la Isla de Francia, con un amigo, Thomas Ranney, para cuidarlo. En su miseria él era despertado de vez en cuando por un dolor tan terrible que acababa vomitando. Una de sus últimas frases fue: *«¡Cuán pocos hay que mueren tan duramente!».*

Pasadas las 4 de la tarde del viernes 12 de abril de 1850, Adoniram Judson murió en el mar, lejos de toda su familia y de la iglesia birmana. Fue sepultado en el océano. *«La tripulación se reunió en silencio. No hubo ninguna oración. El capitán dio la orden. El ataúd resbaló a través de un tablón hasta las aguas, a sólo unos cientos de millas al oeste de las montañas de Birmania. El Aristide Marie prosiguió su ruta hacia la Isla de Francia».*

Diez días más tarde, Emily dio a luz a su segundo hijo, que murió al nacer. Ella supo cuatro meses después que su marido estaba muerto. Volvió a Nueva Inglaterra y murió de tuberculosis tres años más tarde, a la edad de 37 años.

La plenitud del hombre en Cristo (*)

Adoniram Judson acostumbraba pasar mucho tiempo orando de madrugada y de noche. Él disfrutaba mucho de la comunión con Dios mientras caminaba de un lado a otro. Sus hijos, al oír sus pasos firmes y resueltos dentro del cuarto, sabían que su padre estaba elevando sus plegarias al trono de la gracia. Su consejo era: *«Planifica tus asuntos, si te es posible, de manera que puedas pasar de dos a tres horas, todos los días, no solamente adorando a Dios, sino orando en secreto».*

Emily cuenta que, durante su última enfermedad, ella le leyó la noticia de cierto periódico, referente a la conversión de algunos judíos en **Palestina**, justamente donde Judson había querido ir a trabajar antes de ir a Birmania.

Esos judíos, después de leer la historia de los sufrimientos de Judson en la prisión de Ava, se sintieron inspirados a pedir también un misionero, y así fue como se inició una gran obra entre ellos.

Al oír esto, los ojos de Judson se llenaron de lágrimas. Con el semblante solemne y la gloria de los cielos estampada en su rostro, tomó la mano de su esposa, y le dijo: *«Querida, esto me espanta. No lo comprendo. Me refiero a la noticia que leíste. Nunca oré sinceramente por algo y que no lo recibiese, pues aunque tarde, siempre lo recibí, de alguna manera, tal vez en la forma menos esperada, pero siempre llegó a mí. Sin embargo, respecto a este asunto ¡yo tenía tan poca fe! Que Dios me perdone, y si en su gracia me quiere usar como su instrumento, que limpie toda la incredulidad de mi corazón».*

Durante los últimos días de su vida habló muchas veces del amor de Cristo. Con los ojos iluminados y las lágrimas corriéndole por el rostro, exclamaba: *«¡Oh, el amor de Cristo! ¡El maravilloso amor de Cristo, la bendita obra del amor de Cristo!».* En cierta ocasión él dijo: *«Tuve tales visiones del amor condescendiente de Cristo y de las glorias de los cielos, como pocas veces, creo, son concedidas a los hombres. ¡Oh, el amor de Cristo! Es el misterio de la inspiración de la vida y la fuente de la felicidad en los cielos. ¡Oh, el amor de Jesús! ¡No lo podemos comprender ahora, pero qué magnífica experiencia será para toda la eternidad!».*

En 1850, el año de su muerte, había sesenta y tres iglesias y más de siete mil bautizados. Un biógrafo comenta respecto de Adoniram Judson: *«Él tenía 24 años cuando llegó a Birmania, y trabajó allí durante 38 años hasta su muerte a los 61, con un solo viaje a casa de Nueva Inglaterra después de 33 años. El precio que él pagó fue inmenso. Él fue una semilla que cayó a tierra y murió. Él «aborreció su vida en este mundo» y fue una «semilla que cayó a tierra y murió».* En sus sufrimientos, *«llenó lo que estaba faltando de las aflicciones de Cristo»* en la inalcanzable Birmania. Por consiguiente, su vida llevó mucho fruto y él vive para disfrutarlo hoy y siempre. Él podría, sin ninguna duda, decir: *«Valió la pena».*

En la ciudad de Malden, Massachussets, hay un recordatorio que dice:

In Memoriam

Rev. Adoniram Judson

Nació el 9 de Agosto de 1788.

Murió el 12 de abril de 1850.

Lugar de nacimiento: Malden.

Lugar de sepultura: El océano.

Su obra: Los salvos de Birmania y la Biblia birmana.

Sus memorias: Están en lo alto.

Fuentes: *Worldwide Missions*, *Canclini, Arnoldo*. Aventuras de Fe, **Aguas vivas* (*) y otras

Dan Beach Bradley

Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2007/06/dan-beach-bradley.html>

Dan Beach Bradley nació el 18 de julio de 1804 en Marcellus, Nueva York. Sus padres fueron Judge Dan Bradley, pastor evangélico, y Eunice Beach, quien murió luego de dar a luz a Dan.

Comienzos

Con la idea de prepararse para la vida misionera estudió Medicina al tiempo que se preparaba en el Seminario.

Mientras residía en Nueva York, tuvo la ocasión de escuchar a Charles Finney, principal impulsor del gran avivamiento en Estados Unidos. La influencia de Finney fue decisiva en la decisión de consagrar su vida a la obra misionera.

Con esta idea se presentó en la *American Board Of Comisioners of Foreing Missions* (ABCFM) en donde fue aceptado en 1832. En abril de 1833 se graduó en el *College of Physicians and Surgeons Of New York* (*Colegio de Médicos y Cirujanos de Nueva York*)

En 1834, y luego de un breve noviazgo, se casó con Emilie Royce, una joven de Clinton, Nueva York, que como él tenía vocación misionera.

Primer viaje al Oriente

Ese mismo año, los esposos Bradley junto una compañía de misioneros bautistas y de la ABCFM partieron hacia Oriente. Luego de seis agotadores meses llegaron a Singapur. Debíó pasar otro medio año hasta que, al fin, lograron establecerse en Siam (Tailandia) El primer año fue en extremo difícil. Dan Bradley sufría de diarrea crónica y su esposa también enfermó.

Entretanto desarrollaban su labor, Dan y Eunice tuvieron cinco hijos, uno de los cuales falleció a poco de nacer y otro vivió tan solo un año. En 1848, Eunice, que había contraído tuberculosis, falleció. Así es que Dan Bradley quedó solo con sus tres hijos, todos menores de seis años.

Paréntesis en el servicio

El servicio de Bradley fue interrumpido por breve tiempo. Dan Bradey había hecho manifiesta su postura a favor de la controversial *doctrina del perfeccionamiento cristiano*, que sostenía que es posible acceder a una completa libertad del pecado, estando aun en vida sobre la tierra. La ABCFM juzgó esto como herético e hizo que Bradley regresara a América.

En diciembre de 1847 Bradley renunció a la ABCFM y encaró su visión sobre Siam sin apoyo económico. En enero de 1848 se asoció a la AMA (American Missionary Association). Mientras buscaba fondos para su trabajo en Siam, conoció a Sarah Blanchy quien se transformó en su segunda esposa, el 1º de octubre de 1848.

Segundo viaje al Oriente

Hacia fines de ese mismo año embarcaron rumbo a Siam. En mayo de 1850 y luego de muchas dificultades, el matrimonio Bradley Blanchy se estableció en Bangkok. Este sería el único tiempo en el que estuvo fuera de Siam en 35 años de servicio misionero.

Como la AMA solo le enviaba un apoyo limitado, parte del tiempo en Bangkok estuvo destinado a conseguir dinero para sostener la misión. Así es que las donaciones que recibía por su trabajo médico iban todas para ese fin. Vale decir que Bradley brindaba asistencia en forma totalmente gratuita.

Obra y legado

A pesar de haber predicado y repartido literatura durante tantos años, no se registra que haya logrado ninguna conversión al Cristianismo. Sin embargo, su obra fue prolífica y su legado importante. Realizó una notable tarea como escritor y editor. Escribió el primer diccionario siamés inglés y fabricó la primera imprenta con caracteres siameses. En 1844 publicó el primer periódico en la historia de Tailandia, "*The Bangkok Reporter*".

Introdujo la medicina occidental en el país y con ello la vacunación, la técnica quirúrgica, el uso de fármacos y conceptos sobre obstetricia moderna.

Su aporte a Siam y a la región resultó decisivo en el control de la viruela. Los planes de vacunación introducidos por él y el éxito de sus métodos le dieron un lugar en la historia de la medicina en Oriente.

Además de la labor misionera y el aporte a la ciencia y las comunicaciones, Bradley desempeñó un importante papel como embajador no oficial de Estados Unidos ante los reyes siameses Mongkut y Chulalongkorn, sobre quienes tuvo mucha influencia. En el marco de esta relación de Bradley con los monarcas progresistas, es que él recomendó a Anna Leonnowens para que enseñara el idioma inglés a la familia real. La vida de Anna Leonnowens inspiraría a varias versiones del cine de Hollywood sobre ella.

Dan Beach Bradley, misionero, lingüista, escritor, médico y funcionario, falleció el 23 de junio de 1873. Producto de su matrimonio con Sarah, Dan tuvo cinco hijos. Algunos de sus descendientes continuaron la obra misionera y recogerían los frutos de ella. Dan Beach Bradley, otro protestante que dejó su huella en la historia.

CUESTIONARIO #7

1. ¿Cuáles fueron los mayores aportes de Adoniram Judson? Escoga todas las opciones posibles

- | | |
|---|---|
| <input type="checkbox"/> Traducción de la Biblia al Birmano | <input type="checkbox"/> Escuelas de enseñanza primaria |
| <input type="checkbox"/> Diccionario inglés-birmano | <input type="checkbox"/> Capacitación de misioneros |
| <input type="checkbox"/> Solo Nuevo Testamento al Birmano | <input type="checkbox"/> Primer diccionario siamés-inglés |
| <input type="checkbox"/> Solo Antiguo Testamento en Birmano | <input type="checkbox"/> Planes de vacunación |

2. ¿Cuál país fue Adoniram Judson dos veces pero no pudo quedarse?

- | | | |
|------------------------------------|--------------------------------|-----------------------------------|
| <input type="checkbox"/> Palestina | <input type="checkbox"/> India | <input type="checkbox"/> Birmania |
|------------------------------------|--------------------------------|-----------------------------------|

3. ¿Cómo se llamo el primer convertido de Birmania?

- | | | |
|--|---|------------------------------------|
| <input type="checkbox"/> Sarah Hall Boardman | <input type="checkbox"/> Ann Hasseltine | <input type="checkbox"/> Maung Nau |
|--|---|------------------------------------|

4. ¿Como llaman los birmanos a la traducción que hizo Adoniram Judson?

- | | | |
|--|---------------------------------------|---------------------------------------|
| <input type="checkbox"/> Biblia Almohada | <input type="checkbox"/> Santa Biblia | <input type="checkbox"/> Reina Valera |
|--|---------------------------------------|---------------------------------------|

5. ¿Cuántas iglesias habian en Birmania para cuando murió Adoniram Judson?

- | | | |
|----------------------------|-----------------------------|-------------------------------|
| <input type="checkbox"/> 2 | <input type="checkbox"/> 63 | <input type="checkbox"/> 1200 |
|----------------------------|-----------------------------|-------------------------------|

6. ¿Cuál era la profesión de Dan Beach Brandley?

- | | | |
|-----------------------------------|--------------------------------------|---------------------------------|
| <input type="checkbox"/> Zapatero | <input type="checkbox"/> Comerciante | <input type="checkbox"/> Medico |
|-----------------------------------|--------------------------------------|---------------------------------|

7. ¿Cuál fue el lugar donde trabajo casi toda su vida Dan Beach Bradley?

- | | | |
|-------------------------------|-----------------------------------|----------------------------------|
| <input type="checkbox"/> Siam | <input type="checkbox"/> Singapur | <input type="checkbox"/> Bangkok |
|-------------------------------|-----------------------------------|----------------------------------|

8. ¿Cuáles fueron algunos aportes de Dan Beach Bradley? Escoga todas las opciones posibles

- | | |
|---|---|
| <input type="checkbox"/> Traducción de la Biblia al Birmano | <input type="checkbox"/> Escuelas de enseñanza primaria |
| <input type="checkbox"/> Diccionario inglés-birmano | <input type="checkbox"/> Capacitación de misioneros |
| <input type="checkbox"/> Solo Nuevo Testamento al Birmano | <input type="checkbox"/> Primer diccionario siamés-inglés |
| <input type="checkbox"/> Solo Antiguo Testamento en Birmano | <input type="checkbox"/> Planes de vacunación |

BIBLIOGRAFIA

Anónimo. **Adoniram Judson: El Padre de los misioneros bautistas.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2007/03/adoniram-judson.html>

Anónimo. **Bruce Olson.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/12/bruce-olson.html>

Anónimo. **Cameron Townsend: Impulsor de la investigación lingüística entre los grupos minoritarios y defensor de su dignidad cultural.** Tomado de: <http://www.proel.org/traductores/cameron.htm>

Anónimo. Dañeiluk, Daniel. **María “Ma” Slessor.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2007/02/en-una-fra-maana-de-diciembre-del-ao.html>

Anónimo. **David Brainerd.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/10/david-brainerd.html>

Anónimo. **David Livingstone.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/09/david-livingstone.html>

Anónimo. **Eliza Davis-George.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/12/eliza-davis-george.html>

Anónimo. **Guillermo Knibb.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2007/02/guillermo-knibb.html>

Anónimo. **Harmon Schmelzenbach.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/11/harmon-schmelzenbach.html>

Anónimo. **Henry Martyn.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/11/henry-martyn.html>

Anónimo. **Hudson Taylor.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/09/hudson-taylor.html>

Anónimo. **James “Jim” Elliot.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2007/01/james-jim-elliott.html>

Anónimo. **La Secuestradora Amistosa: Amy Carmichael.** Tomado de: Reforma Siglo XXI, Marzo 2004

Anónimo. **Robert Morrison, el primer misionero protestante en China.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2007/03/robert-morrison.html>

Anónimo. **Roberto Moffat.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/10/robert-moffat.html>

Anónimo. **Samuel Hebich.** Tomado de: <http://biografas.blogspot.com/2006/10/samuel-hebich.html>

Anónimo. **Thomas Bridges.** Tomado de:
<http://biografas.blogspot.com/2006/11/thomas-bridges.html>

Dañeiluk, Daniel y Dañeiluk, Stephanie. **Dan Beach Bradley.** Tomado de:
<http://biografas.blogspot.com/2007/06/dan-beach-bradley.html>

Dañeiluk, Daniel. **Dixon Hoste.** Tomado de:
<http://biografas.blogspot.com/2007/04/dixon-e-hoste.html>

Dañeiluk, Daniel. **Gladys Aylward: Misionera en China.** Tomado de:
<http://biografas.blogspot.com/2006/11/gladys-aylward.html>

Dañeiluk, Daniel. **Guillermo Carey.** Tomado de:
<http://biografas.blogspot.com/2006/10/guillermo-carey.html>

Dañeiluk, Daniel. **Melinda Rankin.** Tomado de:
<http://biografas.blogspot.com/2007/05/melinda-rankin.html>

RESPUESTAS

CUESTIONARIO #1

1. Tsae A-Ko
2. Ying Wa College
3. Hudson Taylor
4. Mary Ann Aldersey
5. Hudson Taylor
6. Dixon Hoste
7. Dixon Hoste
8. Gladys Aylward
9. 200 niños
10. Gladys Aylward

CUESTIONARIO #2

1. Guillermo Carey
2. Más de Treinta lenguas
3. Cuarenta y cuatro idiomas y dialectos
4. Henry Martin
5. David Brainerd
6. Fidelia Fiske
7. Misión Basel
8. Niñas de los templos hindues
9. Japón
10. Se disfrazó de india y visito los templos

CUESTIONARIO #3

1. David Livingstone
2. Sociedad Misionera de Londres
3. Antiguo y Nuevo Testamento y El Progreso del Peregrino
4. Roberto Moffat
5. Cuidar a sus ancianos
6. Harmon Schmelzenbach
7. Africanos
8. La Reina de Okoyong
9. María Slessor
10. Eliza Davis-George

CUESTIONARIO #4

1. A lanzazos por los aucas
2. Cuatro hombres
3. Los motilones
4. 15 idiomas
5. Bruce Olson
6. Los Yukos
7. Familia Bridges
8. Thomas Despard Bridges
9. Bertha M. Bridges
10. Los yahganes

CUESTIONARIO #5

- 1
- 2
- 1
- 2
- 1
- 1
- 2
- 2
- 1
- 2

CUESTIONARIO #6

1. Cameron Townsend
2. Grupos minoritarios
3. Método Psicofonémico
4. 70 países
5. Guatemala
6. Guillermo Knibb
7. Sociedad Misionera Bautista
8. Esclavitud
9. Misioneros
10. Látigo, cadena y collar de hierro

CUESTIONARIO #7

1. Traducción de la Biblia al Birmano, Diccionario inglés-birmano
2. India
3. Maung Nau
4. Biblia Almohada
5. 63
6. Medico
7. Siam
8. Primer diccionario siamés-inglés, Planes de vacunación